
Mi dulce
Emily
LADY MACNOBLE

Mi dulce

Emily



LADY MACNOBLE

Copyright © 2026 LADY MACNOBLE

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en modo alguno sin el permiso previo y por escrito de la autora.

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes. Los personajes son ficticios, aunque haya usado nombres de antiguos clanes de Escocia y localizaciones de estos. Esta novela está escrita con el propósito de entretener y divertir al lector.

Prólogo

Escocia, 1590
Tierras del clan Campbell

Tres meses después de la separación de las hermanas…

El amanecer apenas despuntaba sobre las murallas del castillo Campbell, cuando Emily Talamh inició su jornada.

Desde que había llegado allí, su vida había sido una sucesión de tareas interminables, madrugadas frías y silencios impuestos. El *laird* Evander Campbell había cumplido su palabra: la mantenía a salvo. Pero la seguridad tenía un precio, y en aquella fortaleza lo pagaba con sudor, discreción y sumisión.

Emily se aferraba a la esperanza de que Ginevra y Harper seguían vivas. Y libres. Incluso aún odiándolas por haberla abandonado allí a su suerte.

Ese pensamiento era su única compañía cuando el cansancio o la tristeza amenazaban con desbordarla.

Aquella mañana, como tantas otras, estaba en el patio interior con las manos sumergidas en agua helada. Una cubeta de

madera, un tablón, una pastilla de jabón áspero y un montón de ropa ajena formaban su pequeño mundo. Repetía el gesto automático de restregar una camisa gruesa de lana mientras exhalaba vapor por el frío.

A su lado trabajaba Elsie, una muchacha regordeta, siempre despeinada y eternamente risueña, que no parecía darse cuenta de la dureza del día a día. Era la pinche de cocina, aunque durante las mañanas ayudaba con la colada antes de bajar a preparar los fogones para el desayuno de toda la fortaleza.

—Si sigues frotando así, niña —rio Elsie, salpicándola con agua—, vas a dejar al *laird* sin camisa.

Emily sonrió, aunque sin verdadero humor.

—Ojalá. Así tendría que lavar una menos.

Ambas se sobresaltaron cuando una voz áspera resonó en el patio.

—¡No habléis, trabajad! —tronó Ramsay, el administrador del castillo desde hacía más de treinta años.

Un hombre enjuto, de rostro hundido y mirada que parecía verlo todo. Tenía un talento especial para aparecer siempre que alguien suspiraba demasiado alto.

Elsie volvió a frotar como si le fuera la vida en ello. Emily también, reprimiendo el temblor en sus manos.

Pero, si algo hacía más difícil la vida de Emily, no era Ramsay. Era Brìgh, la hija del *laird* Evander: una joven de su misma edad, dieciséis años, con un carácter tan afilado como sus trenzas siempre perfectas. Caprichosa, insolente, acostumbrada a que todos la obedecieran.

Y Emily, por desgracia, era su objetivo favorito.

Brìgh llevaba semanas inventándole tareas absurdas, burlándose de su origen, de su ropa, de su forma de hablar. Su madre, la señora Mavis Campbell, la respaldaba en cada gesto, siendo una mujer tan altiva como glacial.

Emily procuraba evitar a las dos tanto como podía.

El aire estaba quieto cuando un sonido rompió la monotonía del trabajo.

Era el galope firme de un caballo acercándose por el camino principal.

Emily levantó la cabeza justo cuando el animal entró al patio con elegancia, espantando hojas y levantando algo de polvo. Era negro como el carbón, con la brida adornada en plata. Cuando el jinete tiró de las riendas, Emily sintió que el corazón se le detenía.

Descendió del caballo un joven *highlander*, alto, de hombros anchos, con el cabello oscuro atado en la nuca y una barba incipiente que suavizaba un rostro de facciones firmes. Sus ojos, de un azul sorprendente, contrastaban con el frío de la mañana.

No podía mirar a otro sitio.

—¡El joven Aidan Campbell ha regresado! —gritó Elsie, con un júbilo poco habitual. □—Debemos anunciarlo, tiene que ser recibido como se merece, lleva muchos meses fuera de casa, y ha vuelto como todo un hombre.

Aidan Campbell.

El hijo del *laird,* su heredero.

Emily tragó saliva. Él se sacudió la capa, dejando caer unas gotas de rocío, y avanzó hacia la entrada. Pero entonces, sus ojos se desviaron fugazmente hacia ella.

Emily sintió que todo su cuerpo se tensaba como si la hubieran sorprendido robando algo.

—Emily, termina eso y tiéndelo antes de que el viento cambie —le dijo Elsie, sacándola de su ensimismamiento.

Emily, consciente de que llevaba demasiado tiempo quieta, se apresuró a sacar la última prenda lavada. Tomó el cesto de mimbre y, al incorporarse, su pie resbaló en el barro húmedo.

El mundo se inclinó, y el cesto voló.

Ella cayó de espaldas con un chapoteo vergonzoso.

—¡Emily! —exclamó Elsie.

Pero antes de que pudiera reaccionar, una sombra se interponía sobre ella. Aidan se había acercado en dos zancadas y se agachaba para ayudarla.

—¿Estás bien? —preguntó, extendiendo una mano fuerte, cálida, y sorprendentemente amable.

Emily clavó la mirada en sus ojos. Un instante.

Uno solo. Y sintió que algo profundo, e inesperado, se encendía en su interior.

Como si él fuera luz después de meses de oscuridad.

El contacto de sus dedos temblorosos sobre la mano de él fue suficiente para que su corazón latiera con fuerza.

Pero entonces, una voz aguda y llena de desdén cortó el momento.

—Aidan, ¡por el amor de Dios! —protestó Brìgh desde las escaleras del patio—. ¿Qué haces tocando a esa chica? ¡Está llena de barro!

Aidan no apartó la mirada de Emily.

—Estoy ayudando a alguien que ha caído —respondió, seco pero educado.

Brìgh chasqueó la lengua, furiosa.

—Pues que se levante sola. Está aquí para trabajar, no para llamar la atención. Anda, ven. Padre quiere verte.

Aidan apretó la mandíbula, pero finalmente se incorporó. Emily bajó la vista, incapaz de sostenerla más. El calor le ardía en el cuello, el pecho, las mejillas…

—Gracias —susurró, apenas audible.

—No tienes por qué —respondió él, antes de alejarse.

Brìgh lanzó una última mirada venenosa a la muchacha antes de seguirlo.

Emily recogió rápidamente el cesto, con los dedos torpes por la humillación y la mezcla confusa de emociones. Sin mirar a nadie, salió corriendo hacia la puerta lateral de la fortaleza, buscando refugio donde nadie pudiera verla.

Emily subió las escaleras interiores casi sin sentir los peldaños. El murmullo de voces del patio quedó atrás, apagado entre los muros de piedra. Ya en el pasillo estrecho que llevaba a las habitaciones del servicio, se apoyó contra la pared, sujetando el cesto contra su pecho para esconder cómo le temblaban las manos.

Inspiró hondo, pues le faltaba el aliento.

Y entonces cerró los ojos, recordando el breve contacto de sus manos. El olor varonil y la calidez que emanaba de su cuerpo.

«*No puede pasar nada*», se dijo, intentando calmarse. «*No debo llamar la atención. No debo destacar. No debo arriesgarme. No debo… no debo sentir esto*».

Pero la imagen de los ojos azules de Aidan brilló en su mente como un relámpago.

Era ridículo, ingenuo. Peligroso.

Y aun así, mientras dejaba el cesto en el suelo y se recogía el cabello mojado detrás de las orejas, una idea absurda, temeraria y completamente inevitable cruzó por su mente:

«Si con una sola mirada puede hacerme sentir esto… ¿qué pasará cuando vuelva a verlo?».

Capítulo 1

Escocia, 1590
Tierras del clan Campbell

Emily apenas llevaba unos meses en el castillo de los Campbell, pero cada amanecer seguía pesándole igual. Aún no estaba acostumbrada al bullicio constante, a los pasillos interminables ni a la sensación de ser siempre observada por alguien que esperaba que fallara.

Aun así, cuando Ramsay la llamó desde la puerta de la cocina, ella dejó lo que estaba haciendo y acudió de inmediato.

—Emily, ve al gran salón —gruñó él, con el ceño fruncido—. Elsie necesita ayuda con el servicio. Date prisa.

Emily se limpió las manos en el delantal, se arregló el cabello rápidamente y tomó la bandeja que Ramsay le tendió. Sobre ella había una jarrita de vino especiado que ella debía servir personalmente, y varios panes recién hechos.

El murmullo del gran salón retumbaba ya desde el pasillo. Al entrar, Emily quedó deslumbrada un instante por la luz de las antorchas y el ambiente festivo. Toda la familia Campbell estaba reunida: el *laird* Evander, en la cabecera; su esposa Mavis; y junto a

ellos, la muchacha que Emily más temía: Brìgh, la hija única del matrimonio, tan hermosa como venenosa.

Y por supuesto, Aidan, quien acababa de regresar tras meses fuera sirviendo al clan en diversas tareas militares.

—Ve, ve —susurró Elsie empujándola por detrás.

Emily tragó saliva, obligándose a avanzar. Con toda la concentración que pudo reunir, depositó los panes, llenó copas y se acercó por fin al *laird* para servirle el vino.

Fue entonces cuando sintió un pequeño empujón por detrás, y una risa maliciosa que la acompañaba.

Su pie tropezó con algo, y el mundo se inclinó sin que pudiera hacer nada al respecto.

Emily trató de corregir el equilibrio, pero la jarra se desbordó y el vino oscuro cayó directamente sobre las ropas del *laird* Evander, manchando la tela como sangre fresca.

—¡Emily! —estalló Mavis, incorporándose con indignación—. ¿Cómo te atreves? ¡Mira lo que has hecho!

Las mejillas de Emily ardieron al instante. Intentó disculparse, pero Brìgh intervino, sin molestarse siquiera en disimular su sonrisa.

—Ay, pobrecita… —dijo con falsa compasión—. Es que no se puede esperar nada de una recogida de la calle. Ni siquiera sabe atender una mesa, puede que solo sirva para dar de comer a los gorrinos.

El estómago de Emily se encogió de vergüenza.

—No pasa nada —intervino el *laird* Evander con calma, levantándose un poco para sacudirse sus ropas—. Ha sido un accidente.

Pero Mavis no estaba dispuesta a permitirlo.

—Un accidente provocado por su torpeza —insistió—. ¡Y en mitad de la celebración por el regreso de Aidan!

Emily bajó la cabeza, deseando desaparecer.

Y entonces escuchó una voz masculina diciendo con firmeza:

—Madre, padre ya ha aclarado que ha sido un accidente. No es necesario tanto drama.

Era Aidan, que la miró brevemente con comprensión.

—No hay motivo para convertir esto en un drama —añadió—. Deja que se marche. Parece asustada.

Brìgh chasqueó la lengua con molestia.

—¡¿Por qué la defiendes?! —protestó—. No es más que una criada.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan cruel, Brìgh? La dulce niña que dejé atrás cuando marché al ejército parece que ha desaparecido.

Emily sintió el corazón en la garganta. ¿Qué debía hacer? ¿Marcharse? Estaba allí en medio, siendo la causante de todo aquello.

—¡Vete, niña! —ordenó Mavis con frialdad—. Antes de que causes otro desastre.

Emily salió casi corriendo. Las lágrimas ya nublaban su visión cuando cruzó el patio interior, y no se detuvo hasta llegar a las caballerizas.

Allí, el olor a heno, a cuero, a establos… todo le resultaba reconfortante.

Se deslizó dentro de la cuadra de Freyja, una yegua castaña a la que solía visitar desde su llegada al castillo. El animal resopló suavemente cuando ella apoyó la frente en su cuello.

—No lo hice a propósito —susurró Emily, conteniendo un sollozo—. Yo… nunca hago nada bien para ellos. No sé por qué sigo aquí dejando que me humillen.

Freyja movió la cabeza, como si entendiera.

Emily se quedó así un largo rato, respirando hondo hasta que el temblor de su cuerpo comenzó a desaparecer. Cuando por fin levantó la vista, se limpió la cara con el dorso de la mano.

—Debería marcharme —murmuró.

—¿Estás bien?

La voz la sobresaltó. Se giró rápidamente y vio a Aidan, de pie frente a la puerta del establo, con las manos apoyadas en la madera, estudiándola con sincera preocupación.

—Lo… lo siento —balbuceó Emily—. No sabía que vendría aquí. Me marcharé enseguida…

—No quiero que te marches —la interrumpió él, acercándose un paso—. Quería asegurarme de que estabas bien.

Emily apretó los dedos contra el lomo de la yegua, como si necesitara anclarse a algo.

—Yo… solo necesitaba un momento.

—Lo entiendo.

Él entró despacio, procurando no asustar al animal.

—Mi hermana puede ser complicada.

—Cruel —corrigió Emily en un susurro, arrepintiéndose enseguida—. Lo siento. No debería hablar así.

Aidan ladeó una sonrisa.

—En realidad, has sido bastante amable.

Luego la miró con más atención, como si intentara descifrar algo en su expresión.

—No dejes que te hunda. Hablaré con ella y no volverá a molestarte.

Emily negó con la cabeza.

—No es necesario. Solo soy una sirvienta, y no deseo importunarlo.

—No. —La palabra retumbó entre las paredes de madera—. Tú eres una muchacha que trabaja duro, y mereces respeto.

Emily sintió un calor inesperado recorrerle el pecho. No sabía qué decir.

—Gracias —dijo al fin.

Aidan la observó un momento más, con una dulzura que le hizo desviar la mirada.

—Parece que le gustas —afirmó él mientras acariciaba las crines del animal—. Cuando me fui recuerdo que era bastante arisca.

—Creo que solo necesitaba algo de compañía. Me gusta peinarla, y como ve, a veces le cuento mis problemas. —Ella sonrió por primera vez y a Aidan le pareció preciosa.

—¿La has montado alguna vez? —preguntó él.

—¡Jamás se me ocurriría! Sería muy osado por mi parte, además tampoco sabría cómo hacerlo. Me conformo con poder acariciarla.

—Yo podría enseñarte.

—¿Usted? ¿Por qué haría algo así?

—No necesito ninguna razón para hacerlo.

Ella lo miró con sorpresa, tratando de averiguar sus intenciones, pero su rostro le resultó inescrutable.

—Eso no sería correcto —le aseguró—. No creo que, a su madre, o a su hermana le agradase la idea. Además, no tengo tiempo para eso, debo cumplir con mis obligaciones. Pero le agradezco mucho su ofrecimiento.

Emily dio un par de pasos para salir de la cuadra, pero Aidan apenas se apartó, y sus cuerpos se rozaron levemente. Aquel mínimo contacto hizo que a Emily se le entrecortara la respiración. ¿Qué demonios le pasaba? Ella no era una muchacha fácilmente impresionable.

—Nadie tiene por qué enterarse. Así que te espero esta tarde después de tu jornada, justo donde acaba el camino y empieza el bosque. No me hagas tener que entrar a buscarte. —Aidan le sonrió con picardía, y ella no pudo evitar corresponderlo con una tímida sonrisa.

—Lo pensaré. —Fue lo único que contestó antes de desaparecer hacia el patio.

Aidan se quedó allí un instante, mirando cómo la figura de Emily desaparecía hacia el exterior. Por alguna razón que no podía explicar aquella muchacha despertaba en él un instinto de protección que lo desarmaba. Deseaba conocerla, pasar tiempo con ella. Y lo haría sin importarle la opinión de los demás.

Capítulo 2

Escocia, 1590
Tierras del clan Campbell

Emily pasó el resto del día con la mente completamente dividida. Una parte de ella quería ir al encuentro, y la otra estaba convencida de que era una locura.

«¿Hasta dónde sería capaz de llegar Aidan si no acudía? Él mismo había dicho que iría a buscarla. ¿De verdad lo haría? ¿Entraría en la cocina?».

Ese pensamiento la estremeció, aunque debía reconocer que deseaba verlo. Hablar con él había despertado algo en su interior, una sensación cálida y vibrante. Aidan la hacía sentir vista. Escuchada e importante, y eso era terriblemente peligroso.

Durante la comida apenas probó bocado. Elsie, en cambio, parloteaba sin descanso mientras devoraba una hogaza de pan.

—No sabes el día que pasé ayer —se quejaba—. Fui a casa para ver a mis hermanos, y te prometo que están cada vez peor. ¡Un

día de estos pienso venderlos como esclavos a los MacLaed! Son demonios, Emily. ¡Demonios!

Emily sonrió débilmente.

—Seguro que no son para tanto.

—¿No? —Elsie puso los ojos en blanco—. Tú no los has visto en plena guerra de barro. Y luego mi madre me echa la culpa a mí por no vigilarlos. ¡Como si yo hubiera podido contener semejante ataque salvaje!

Emily rio de verdad entonces, sin poder evitarlo.

Fue justo en ese instante cuando Ramsay irrumpió en la cocina.

El rostro del hombre era un mapa permanente de fastidio, como si cada ruido menor fuera una afrenta personal.

—¿Qué es este alboroto? —bufó—. ¿Os parece esto una taberna? ¡Moderad esas risas!

Ambas se tensaron de inmediato, y sus carcajadas desaparecieron de forma abrupta.

Ramsay dirigió su mirada cortante hacia Emily.

—¿Has terminado tus tareas?

—Sí, señor.

—Bien, porque la señorita Brìgh ha pedido que vayas a su alcoba. Dice que necesita tu ayuda.

El estómago de Emily se hundió de golpe.

Preferiría fregar el suelo del establo entero antes que subir a esa alcoba. La sola idea de quedarse a solas con Brìgh la revolvía por dentro.

Por un segundo, un único segundo, se imaginó respondiendo que no. Negándose. Aun si eso le costaba el despido. Respiró profundo. Iba a hacerlo, a decirlo.

Pero Elsie, que la conocía demasiado bien, saltó antes de que la palabra saliera de sus labios.

—Iré yo, Ramsay. —Se levantó de golpe—. Brìgh me lo pidió antes, pero estaba ocupada. Ahora estoy libre.

Ramsay la observó un instante, calibrando si creerse aquella mentira improvisada. Al final gruñó.

—Bien. Pero daos prisa, las dos. No quiero ruido en esta cocina.

Cuando se marchó, Emily soltó un suspiro tan grande que casi la dejó sin fuerzas.

—Elsie, gracias —susurró.

—Tranquila —respondió la muchacha guiñándole un ojo—. Sé que últimamente no has estado bien con Brìgh, ella puede ser muy mezquina cuando se lo propone. Y lo que ha pasado en el comedor…

—Eso ya no importa. No volveré a dejar que me trate así, te lo aseguro —la interrumpió con los ojos anegados en lágrimas—. No me importa si me echan, es más, puede que sea lo mejor.

—No digas eso, ¿qué haría yo sin ti? —Elsie sujetó su mano con cariño sobre la mesa.

Emily respiró profundo mientras la miraba con cariño. Si no hubiese sido por Elsie su vida allí se hubiera convertido en un verdadero infierno.

—Vamos, ve y descansa. Deja que yo me ocupe por hoy. Mañana será otro día.

Elsie se levantó con energía, y tras acomodarse las faldas, puso su mano sobre el hombro de su amiga.

—La próxima vez que visite a mi madre tú vendrás conmigo. Estoy segura de que después de que conozcas a mis hermanos, la señorita Brìgh te parecerá un dulce angelito.



El corazón de Emily latía tan deprisa que casi podía oírlo en sus oídos cuando salió hacia el sendero que bordeaba el bosque.

Cada paso era una mezcla de nervios y de ilusión. Se sentía como si estuviera cometiendo un pecado, pero uno del que no quería arrepentirse.

Lo vio antes de que él la viera a ella.

Estaba apoyado contra el tronco de un roble alto, con los brazos cruzados, la postura relajada, y una pierna ligeramente doblada. Su yegua estaba ensillada y lista, atada a una rama baja.

Emily se detuvo, sin aire.

Era hermoso, y su sonrisa… su sonrisa parecía que pudiese detener el mundo. Su cabello castaño oscuro era ligeramente ondulado y la brisa del atardecer lo movía, dejando mechones sueltos que rozaban su frente.

El sol caía detrás del bosque, tiñendo el cielo de un dorado cálido que envolvía su figura como si la naturaleza lo favoreciera sin pudor.

Emily pensó, por un instante absurdo, que ese muchacho no podía ser real.

Se giró para marcharse, pues pensó que estaba loca. Definitivamente loca. Pero entonces Aidan levantó la cabeza y la llamó con una voz suave, segura, que la atravesó de pies a cabeza.

—Emily. Sabía que vendrías.

Ella se quedó quieta. Como atrapada.

La forma en que él pronunciaba su nombre le resultó tierna, casi cómplice, e hizo que le temblasen las manos.

—Yo… no estaba segura —logró decir.

Aidan sonrió, de lado, como si aquello le resultara adorable.

—Ven. —Hizo un gesto hacia la yegua—. Te llevaré a un lugar donde podamos estar tranquilos.

Emily abrió los ojos un poco más, sorprendida.

—¿Lejos de aquí? —preguntó, con un hilo de voz.

—No estés asustada —respondió él acercándose despacio—. No voy a llevarte con los lobos, te lo prometo.

Ella tragó saliva.

—No me dan miedo los lobos, he convivido muchos años con ellos.

Aidan la miró con atención, y ella supo que había metido la pata. Nadie debía saber de su pasado. De cómo había crecido en medio del bosque oculta en una cabaña junto a su madre y sus dos hermanas.

—Estoy bromeando —dijo al fin, mientras se ruborizaba.

Aidan sonrió, después tomó su mano de forma tierna, y Emily sintió su calidez, su seguridad.

—Sube —dijo con tono amable—. Te ayudaré.

Emily miró la montura como si fuera un desafío imposible.

—Yo… no sé… —balbuceó.

—Lo sé —respondió él, completamente tranquilo.

Se colocó a su lado, rodeándola por la cintura con una mano firme.

Emily sintió el calor atravesarle la ropa, un calor que le subió por la espalda y la dejó sin respiración.

—Te tengo —susurró él.

Y la ayudó a subir.

Ella dejó escapar un leve jadeo cuando quedó sentada. Nunca había estado tan cerca de alguien. Nunca había sentido algo parecido a aquel contacto.

Aidan sonrió al verla así, nerviosa, casi hechizada.

—Tranquila —le dijo mientras ajustaba las riendas—. No te voy a dejar caer.

Emily bajó la mirada, incapaz de sostenerla en la suya.

No sabía qué era peor: el miedo a montar…
o el miedo a lo que aquel muchacho estaba empezando a despertar en su corazón.

Aidan tomó a la yegua por el ramal y comenzó a caminar despacio, señalándole con calma cómo debía sentarse.

—La espalda recta, pero sin rigidez —le indicó—. Y deja que tu cintura siga el movimiento natural del animal. No luches contra él, entrégate al paso.

Emily asintió, sintiendo que el corazón le latía con fuerza.

Cruzaron el bosque bajo un cielo que ya comenzaba a teñirse de naranja. Cada rayo del sol colándose entre las ramas parecía iluminar el bosque como si tuviese magia.

Emily observaba a Aidan cuando no miraba: la forma en que guiaba al caballo con naturalidad, la manera en que la brisa movía su cabello castaño oscuro, y cómo el atardecer le dibujaba un perfil casi perfecto.

Finalmente, el bosque se abrió ante ellos y apareció una cala escondida, de arena blanca y suave. El mar, tranquilo, reflejaba un cielo encendido.

—Aquí no tendrás miedo de caerte —dijo Aidan—. La arena te recibirá con más cariño que Ramsay cualquier mañana.

Emily soltó una risita nerviosa.

Él le dio más cuerda al animal, permitiendo que la yegua ampliara el círculo alrededor suyo. Primero al paso. Emily se balanceaba torpemente, intentando recordar cada instrucción. Pero poco a poco empezó a encontrar el ritmo, a sentir que su cuerpo se acomodaba.

—¿Lista? —preguntó Aidan con una sonrisa ladeada.

—Creo que sí…

Con un suave chasquido de su lengua, la yegua pasó al trote. Emily ahogó un gritito sorprendida, pero enseguida se echó a reír. Apretó las piernas y se dejó llevar. Era como si hubiese hecho aquello toda la vida.

Aidan la observaba desde el centro del círculo, fascinado. El cabello de Emily volaba libre, como si el viento se empeñara en jugar con él. Sus mejillas se habían teñido de rosa, y sus ojos brillaban.

Le pareció tan condenadamente hermosa…

—Confías en mí, ¿verdad, Emily? —le dijo.

Ella dudó apenas un segundo, pero luego la respuesta brotó sincera:

—Sí. Confío en ti.

—Entonces suelta las manos.

Emily se quedó sin aliento, pero obedeció. Extendió los brazos a los lados, como si quisiera abrazar el viento. Cerró los ojos unos segundos y sintió el mundo moverse bajo ella.

Escuchó el sonido del mar, el trote suave de la yegua, y la libertad absoluta.

Se olvidó de la cocina, de Brìgh, y de los gritos de Ramsay. Por un instante solo existió el atardecer, el mar y la sensación de volar.

Finalmente, Aidan hizo un gesto y la yegua se detuvo. Caminó hacia ella con expresión satisfecha.

—Lo has hecho muy bien —dijo con cierto orgullo en la voz.

Sin darle tiempo a bajarse, Aidan subió a la grupa de la yegua y se colocó justo detrás de ella. Emily sintió sus brazos a ambos lados, sus muslos rozando los suyos, y un calor inesperado le subió desde el pecho hasta el cuello. Nunca había estado tan cerca de un hombre de esa forma. Tan cercana y tan íntima.

El regreso al castillo fue un galope suave pero firme. Emily estaba atenta a todo, al sonido del mar alejándose, al paso del animal entre los árboles, pero sobre todo a la respiración de Aidan pegada a su espalda, cálida y tranquilizadora. Sentía cada

movimiento del caballo, y cada movimiento de él. Era como si el cuerpo de Aidan la envolviera, fuerte pero cuidadoso.

Cuando llegaron al inicio del camino que conducía a la fortaleza, Aidan tiró suavemente de las riendas y detuvo a la yegua. El sol casi había desaparecido, apenas quedaba una línea dorada sobre el horizonte.

Aidan se inclinó ligeramente, tan cerca de su oído que Emily contuvo la respiración.

—Mañana —susurró—. Aquí mismo y a la misma hora.

Un escalofrío dulce le recorrió la espalda.

Ella asintió, sin poder articular palabra.

Y entonces fue cuando Aidan vio a su padre. Estaba de pie en la puerta de la fortaleza, observándolos desde lejos con el ceño fruncido, y las manos cruzadas detrás de la espalda.

Aidan lo saludó con un gesto de cabeza, pero el *laird*, tras un momento, se dio media vuelta y entró en la fortaleza sin decir nada.

Emily —que también lo había visto—, tragó saliva. El corazón todavía le palpitaba con fuerza.

—Ve —le dijo Aidan con suavidad, mientras la ayudaba a bajar de la montura—. No olvides lo de mañana.

Ella sonrió con dulzura, y se despidió de él con un simple gesto con la mano.



Aidan entró en la fortaleza, después de dejar a la yegua en su cuadra. Las antorchas iluminaban apenas las paredes de piedra, y el eco de sus pasos resonó en el gran vestíbulo.

No llegó muy lejos.

Evander Campbell lo esperaba junto a las escaleras, de pie, inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho. Su semblante era duro, casi pétreo. Aidan se detuvo en seco. Conocía ese gesto: su padre estaba enfadado. Y seriamente.

—¿Qué hacías con esa muchacha, Aidan? —preguntó sin rodeos.

Aidan parpadeó, confundido.

—Solo hemos salido a montar a caballo, nada más —respondió con sinceridad.

Evander dio un paso hacia él. No levantó la voz, pero el tono firme bastó para tensar el aire.

—No es apropiado. Ella es una sirvienta.

Aidan respiró hondo, intentando no alterar más la situación.

—Padre… Emily es una muchacha dulce. Es educada, respetuosa. No entiendo por qué le molesta.

—¡Te prohíbo que te enamores de ella! —rugió Evander de repente.

Aidan sintió un vuelco en el pecho. No esperaba ese estallido. Dio un paso atrás, sorprendido.

—Padre, no lo comprendo. ¿Qué le sucede? Solo hemos montado a caballo. Nada más.

Evander negó con la cabeza, apretando la mandíbula.

—No me gusta para ti. Debes casarte bien, como corresponde al heredero del clan Campbell. Es mi culpa, ya debería haberte buscado una esposa. Una alianza que haga a nuestro clan más grande y próspero.

Aidan frunció el ceño, dolido.

—No lo entiendo. Siempre me ha dado libertad para decidir. Siempre.

—Y te la seguiré dando —admitió Evander, evitando su mirada por primera vez—. Pero no con ella. Cualquiera menos ella.

Hubo un silencio espeso entre ambos. Aidan sintió un golpe seco en el pecho, una mezcla de frustración y desconcierto.

—¿Es que acaso pasa algo con Emily? —preguntó, dando un paso adelante—. ¿Qué me oculta, padre?

Evander mantuvo esa breve evasión de mirada que lo delató. Luego endureció el rostro.

—No te oculto nada. —Pero su voz no sonaba tan firme como antes—. Solo te diré esto, Aidan: tienes dos opciones. O eliges a una esposa que no sea esa muchacha, o la buscaré yo mismo. Tienes un mes. Nada más.

Aidan quedó paralizado. Un mes. Como si su padre quisiera arrancarlo de raíz, como si temiera algo que él aún no veía.

—Padre, ¿por qué? ¿Qué problema tiene con ella? —insistió, pues estaba del todo desconcertado.

Evander no contestó. Simplemente se dio media vuelta y subió las escaleras con pasos pesados, dejando tras de sí un silencio cortante.

Aidan se quedó allí, en medio del vestíbulo, tratando de comprender. Su pecho subía y bajaba con una mezcla de rabia y confusión.

No sabía qué le ocurría a su padre.

De todas las muchachas del castillo, la única prohibida tenía que ser Emily. Había algo más, debía de haberlo, y pensaba averiguarlo.

Capítulo 3

Escocia, 1590
Tierras del clan Campbell

Emily se incorporó de golpe, con el corazón desbocado y la respiración entrecortada. Durante unos segundos no supo dónde estaba ni qué hora era; solo sentía el temblor en sus manos y el sudor frío que le perlaba la frente. La habitación estaba en penumbra, apenas iluminada por la luz pálida de la luna que se filtraba por la ventana. El silencio era tan intenso que podía escuchar sus propios latidos golpeando contra sus costillas.

Se llevó una mano al pecho, intentando calmar el temblor que la atenazaba.

Había tenido una premonición.

La segunda en toda su vida.

Parpadeó lentamente, luchando por volver al presente. Las sombras de la estancia parecían moverse aún, como si quisieran retener la imagen que había visto hacía apenas un instante. La voz seguía resonando en su mente, demasiado real, demasiado cercana.

«Ten cuidado… estás jugando con fuego».

Emily tragó saliva, sintiendo cómo se le erizaba la piel. Allí, tan nítida como si estuviera junto a ella, había visto a su madre. Ella había pronunciado su nombre con una ternura que le atravesó el pecho.

—Aléjate de él… o sufrirás —susurró al vacío, repitiendo las palabras entrecortadamente, como si al decirlas en voz alta perdieran fuerza.

Pero no la perdieron.

Todo lo contrario: la habitación pareció más fría.

Emily apretó las sábanas con fuerza. No sabía si temblaba por miedo o por la sensación de que aquello, fuese lo que fuese, no debía ignorarse. Sus hermanas siempre habían hablado de visiones, de advertencias. Ella nunca había querido creer que, algún día, también la alcanzarían.

Y sin embargo ahí estaban.

Aun así, una parte de ella se rebeló. Se opuso a aceptar lo que significaba. Cerró los ojos con fuerza y negó lentamente con la cabeza.

—No, no puede ser un aviso real. No puede —dijo, casi como en un ruego.

Porque sabía exactamente de quién hablaba el sueño. Sabía de quién debía «alejarse».

Y no quería. No podía.

Aidan había despertado en ella algo demasiado intenso, demasiado hermoso como para renunciar a ello por una visión que quizá había interpretado mal.

Se deslizó de nuevo bajo la manta, intentando que el temblor cesara. Se abrazó a sí misma, buscando calor, buscando consuelo.

—Lo ignoraré —se dijo, con voz rota pero decidida—. Nada malo puede venir de sentir algo así.

Intentó calmar su respiración, aunque sabía que tardaría en volver a dormirse.

Aun así, Emily cerró los ojos y decidió que seguiría viendo a Aidan. Que seguiría dejándose llevar por aquello que la hacía sentir viva.



Durante las semanas siguientes, Emily y Aidan continuaron viéndose a espaldas del *laird* Evander. No había sido idea de ella, pero tampoco fue capaz de negarse. Bastaba que él le sonriera para que su determinación se desmoronara como arena. Cada tarde, cuando el sol empezaba a descender, Emily se escabullía del castillo con los nervios a flor de piel, y siempre encontraba a Aidan esperándola justo donde comenzaba el bosque, apoyado en el mismo roble, con el rostro relajado y esa sonrisa pícara que tanto le gustaba, como si supiera que ella nunca faltaría.

Y así fue.

Montaban juntos durante horas. A veces galopaban por los prados, riéndose como dos jóvenes que habían olvidado sus obligaciones. Otras veces, Aidan insistía en enseñarle nuevas cosas sobre la equitación: cómo galopar a toda velocidad, a anticipar el movimiento del caballo, y a cómo sentir su fuerza bajo ella. Emily aprendía rápido; o quizá era que se sentía segura a su lado. Aidan

parecía estar allí para sostenerla incluso antes de que ella lo necesitara.

En esos paseos la conversación fluía con naturalidad. Emily le hablaba de los días duros en la fortaleza, o de lo mucho que le gustaba Freyja. Él le contaba historias de sus viajes con el ejército del clan, de las aldeas remotas que había visto y de sus sueños futuros, aunque siempre había un tema que evitaban: el *laird* Evander.

Era como si ambos supieran que aquello era un hilo tenso, listo para romperse si lo tocaban antes de tiempo.

Una tarde, sin embargo, el aire tenía un color distinto. El cielo se teñía de dorados y violetas cuando llegaron a la pequeña cala escondida. El mar estaba sereno, las olas murmuraban suavemente, y la arena blanca parecía brillar bajo la luz suave del atardecer.

Aidan desmontó y ayudó a Emily a bajar del caballo. Ella sintió —como siempre—, ese leve estremecimiento cuando sus manos rozaron las de él.

—Este lugar es mágico —afirmó Emily, contemplando el horizonte.

—No tanto como lo eres tú —respondió él con sinceridad.

Ella giró la cabeza, sorprendida, pero Aidan no apartó la mirada. Se acercó despacio, como si temiera espantarla, aunque Emily no tenía intención alguna de moverse.

Caminaron hasta la orilla y se sentaron sobre una roca grande y lisa. No hablaron durante un rato; no hacía falta. La brisa les revolvía el cabello, el sol descendía, y el silencio entre ellos era cómodo, e íntimo.

Aidan fue el primero en romperlo.

—Emily… —su voz parecía sostener un peso largo tiempo guardado—. Hay algo que debo decirte.

Ella lo miró, con el corazón encogido entre una esperanza cálida y un miedo inexplicable.

—Desde que regresé al castillo, no dejo de pensar en ti —continuó él, muy bajito—. No sé cómo ha ocurrido, pero cada vez que te veo siento que… que no quiero alejarme. Que te necesito cerca.

Emily inspiró lentamente. El pecho le ardía.

—Aidan…

Él levantó una mano y le apartó un mechón de cabello que el viento había enredado en su mejilla. Su toque era suave, casi reverente.

—Emily, me gustas. Más de lo que debería. Más de lo que sé que mi padre aprobaría. —Tragó saliva—. Pero no me importa. No puedo ignorar lo que siento por ti.

Ella sintió que el mundo se detenía, que la arena, el mar y el cielo desaparecían en un único punto: la mirada de él. Sincera y vulnerable. Hermosa.

—A mí también me gustas, Aidan —confesó con un hilo de voz—. Mucho más de lo que me atrevo a admitir.

Él sonrió complacido por sus palabras. Repleto al sentirse correspondido.

—Emily…

Antes de que pudiera añadir nada más, Aidan inclinó el rostro y la besó.

Fue un beso delicado al principio, como una pregunta. Los labios de Aidan eran cálidos, suaves, y temblaban apenas contra los suyos. Emily respondió sin pensarlo, como si hubiera estado esperando aquello desde el primer día. El beso se profundizó un poco, y ella sintió cómo su corazón golpeaba con fuerza, como si quisiera romperle el pecho.

Cuando se separaron, ambos respiraban con el latido acelerado del otro.

—Quiero casarme contigo —dijo Aidan, aún con la frente apoyada en la de ella—. Te lo prometo, Emily. Hablaré con mi padre. Lo entenderá cuando vea lo buena, noble y valiosa que eres.

Emily abrió los ojos lentamente. El miedo volvió por un instante, pero algo en la voz de Aidan la sostuvo.

—¿Y si no lo hace? ¿Y si no me acepta? —preguntó en un susurro.

—Entonces lucharé —aseguró él, con una determinación que le endureció la mirada—. No voy a perderte. No voy a dejar que nadie, ni siquiera él, decida a quién puedo amar.

Sus palabras se incrustaron en el corazón de Emily como un juramento sagrado. Ella apoyó su cabeza en el hombro de él y se quedó mirando el sol desaparecer tras el mar.

Por primera vez desde que llegó al castillo, sintió que su vida podía ser algo más que obedecer órdenes y soportar humillaciones.

Sintió que, tal vez, el destino había puesto a Aidan Campbell en su camino para cambiarlo todo.



Aidan y Emily regresaron a la fortaleza cuando ya apenas quedaba luz. Rieron un poco en el trayecto, todavía temblando por el primer beso, y con el corazón acelerado por todo lo que habían confesado. Una vez en las caballerizas, desmontaron juntos y empezaron a quitar a los caballos los arreos, cuando una sombra se interpuso entre ellos.

Brìgh.

La muchacha, siempre altiva, siempre afilada, tenía los brazos cruzados y la mirada llena de veneno.

—¿Se puede saber qué hacéis aquí a estas horas? —espetó, mirando a Emily de arriba abajo—. ¿Qué hace esta… criatura contigo, Aidan? ¿No te da vergüenza rebajarte así?

Emily bajó la mirada, acostumbrada a ese veneno. Pero Aidan no.

Aidan dio un paso adelante, tensando la mandíbula.

—Brìgh, no volverás a hablarle así. ¿Me oyes?

Ella abrió los ojos, incrédula.

—¿Perdona?

—Has escuchado bien. Emily será mi futura esposa. Tendrás que respetarla.

El silencio fue inmediato. Brìgh se quedó blanca, sin capacidad siquiera de replicar. Abrió la boca, la cerró, la volvió a abrir, y al final, solo soltó un bufido de furia. Sus ojos lanzaron chispas a Emily y luego se marchó hecha un huracán hacia la fortaleza.

Emily estaba paralizada.

Aidan se giró hacia ella, tomó su rostro entre las manos, y la besó suavemente en la frente.

—Todo irá bien —la tranquilizó—. Confía en mí. Voy a hablar con mi padre ahora mismo.

Y se marchó, dejándola con el corazón agitado y un miedo dulce en el pecho. Emily respiró hondo un par de veces, llevándose las manos a las mejillas para enfriar el rubor. Necesitaba hacer algo, cualquier cosa, para no pensar demasiado. Así que se dirigió a las cocinas y retomó sus tareas.



Aidan caminaba con paso decidido por el pasillo que llevaba al despacho del *laird*. No llamó. Simplemente entró.

Evander estaba sentado detrás de su escritorio, escribiendo con gesto concentrado y una copa de *whisky* en la mano. La chimenea —cargada de leña casi hasta los topes—, lanzaba destellos anaranjados sobre su rostro.

—Aidan —dijo con una sonrisa tranquila—. ¿Quieres un trago?

—No. —Aidan se mantuvo firme—. Necesito hablar con vos, padre. Muy seriamente.

Evander enarcó una ceja, pero dejó la copa sobre la mesa.

—Te escucho.

Aidan respiró hondo.

—Estoy enamorado de Emily.

Evander se quedó inmóvil. Su rostro perdió todo rastro de serenidad, y la pluma cayó de sus dedos.

—No —susurró—. No, no puede ser.

—Lo es. Y voy a casarme con ella.

Evander se levantó bruscamente, tan violento que la silla se tambaleó.

—¡No puedes! ¡Es imposible!

—¿Por qué? —Aidan dio un paso hacia él—. ¡Dígame por qué! Emily es buena, noble, dulce… ¡La amo! Y si no nos deja casarnos, me escaparé con ella.

—¡Basta! —rugió Evander—. ¡No puedes hacer algo semejante! Sería… aberrante.

Aidan frunció el ceño, estaba confundido, y también dolido. En el fondo pensaba que su padre aceptaría la situación tras confesar sus sentimientos por ella abiertamente.

—¿Aberrante? ¿Por qué? ¿Qué me está ocultando?

Evander apretó los dientes. Caminó hacia la puerta, la cerró con pestillo, y regresó con pasos pesados. Habló muy bajo, como si temiera que las paredes escucharan.

—No puedes casarte con ella porque… es tu hermana.

El mundo de Aidan se detuvo.

—¿Mi… qué? —susurró con la voz quebrada.

—Emily es hija de Fenella.

—¿Fenella? —Aidan sintió un escalofrío—. ¿La hechicera? ¿La mujer a la que madre detestaba?

Evander asintió con un temblor apenas perceptible.

—Tuve tres hijas con Fenella. Harper, Ginevra, y Emily. Su madre las crio en una cabaña apartada dentro de nuestras tierras. Les di lo que pude. Cuando Fenella murió, las mayores vinieron aquí. Trajeron a Emily. Me pidieron el favor de cuidarla.

—¿El favor de cuidar a tu propia hija? —Aidan se llevó las manos a la cabeza—. ¡¿Qué demonios has hecho?! ¿Cómo pudiste abandonarlas? ¿Cómo pudiste ocultarlo? ¡Eres un mal padre!

Evander apretó los labios.

—Cállate. No lo saben. Y no deben saberlo jamás. Son hijas ilegítimas. Sería un escándalo que…

—¡¿Cómo eres así?! —gritó Aidan, con lágrimas en los ojos—. ¡No puedo creer que tú seas mi padre! Me has arruinado la vida. ¡Yo la amo, por el amor de Dios!

Evander dio un paso hacia él, pero Aidan retrocedió.

—No puedo con esto… No lo soportaré.

Aidan sintió que su corazón moría allí mismo.

—Aidan, tranquilízate… yo…

—Me marcharé —declaró él, temblando de furia—. No me quedaré ni un día más en esta casa. Y para mí… estás muerto.

Aidan salió del despacho como un vendaval. Subió a su habitación, vació un macuto, cogió un par de cosas junto con su *claymore*, y bajó a las caballerizas con el corazón desgarrado.

Y allí estaba ella, en el patio, inclinada sobre una cuba de agua, llenando una olla. Aidan sintió que algo se rompía dentro de él.

Caminó hacia allí, con paso rápido y decidido, pero completamente devastado.

Ella lo vio acercarse y sonrió. Era una sonrisa pequeñita, pero muy dulce. Esa sonrisa lo mató.

Aidan la tomó de la mano.

—Emily. —Su voz era un susurro roto—. Tengo que marcharme.

Emily parpadeó, confundida.

—¿Qué…? ¿Qué dices?

—Lo siento. —Aidan tragó saliva, luchando por mantener el control—. Lo que ha pasado entre nosotros fue real. Lo juro. Pero ahora… ahora sé que no podemos estar juntos. Jamás. Es imposible.

Emily retrocedió un paso, aterrada.

—Aidan, no… no lo entiendo. Hace un momento que te me has declarado, y ahora… ¿qué ha cambiado ahora? ¿Es por tu padre?

Ver su rostro descompuesto fue una tortura para él.

—Lo siento, Emily. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Debes olvidarme. No volveré. No volverás a verme. Encontrarás otro amor. Alguien que sí pueda amarte sin restricciones.

—¡Aidan! —su voz se quebró—. ¡Por favor, dime qué sucede! ¡Dime qué ha pasado!

Él la abrazó con una desesperación que la dejó sin aliento. Aspiró su aroma por última vez, sabiendo que era la única forma en que podría seguir respirando después de aquello.

—Perdóname —susurró contra su cabello—. Por favor, perdóname.

La besó en la frente, muy despacio. Luego se apartó antes de que su resolución pudiera romperse.

Se subió a un caballo y salió a galope por el camino, sin mirar atrás.

Emily cayó de rodillas en el suelo del patio cuando lo vio desaparecer entre los árboles. Las lágrimas le nublaron la vista, y la garganta se le cerró.

—¡Dijiste que lucharías por mí! —gritó al viento—. ¡Dijiste que lucharías por mí!

Su voz se quebró en miles de pedazos.

—Eres un mentiroso… —susurró con un sollozo—. No te lo perdonaré jamás…

Se abrazó las rodillas, temblando, destrozada.

—Aidan… te voy a odiar… —aseguró entre lágrimas—. A partir de ahora, te voy a odiar. Me has roto el corazón…

Y lloró como nunca antes había llorado en su vida. Lloró hasta que se quedó sin lágrimas y la noche la envolvió por completo, hasta que el frío se caló en sus huesos y la desolación pudrió los sentimientos que albergaba por él. Y así, como sumergida en un maldito sueño, se quedó como congelada en el tiempo hasta que sintió unos brazos cálidos envolverla.

—Ven conmigo Emily, la noche está demasiado fría para que te quedes aquí.

Emily escuchó la voz de Elsie en la lejanía. Era como si ella ya no perteneciese a este mundo. Como si su ser se hubiese despegado de su cuerpo y la mirase desde otra perspectiva.

Se levantó por inercia y se dejó llevar adentro.

Debía haber hecho caso a su sueño, y ahora pagaba las consecuencias. Había sido una estúpida.

Capítulo 4

Escocia, 1591
Tierras del clan Campbell

Habían pasado dos meses desde que Aidan desapareció entre los árboles, sin mirar atrás, sin darle una explicación que pudiera coserle el alma. Y, aun así, cada amanecer Emily seguía esperando ver su silueta cruzando el patio. Cada tarde esperaba escuchar el sonido de su caballo. Cada noche imaginaba su voz diciéndole que todo había sido un error, que había vuelto para luchar por ella.

Pero nada de eso ocurría.

El tiempo no curaba nada; lo empeoraba.

Emily se movía por la fortaleza como un fantasma. Nadie sabía bien qué hacer con ella. Ramsay le seguía dando tareas, Elsie intentaba distraerla, pero Emily apenas hablaba, apenas comía. Cada día estaba más delgada, más pálida, y más rota.

A veces pensaba que quería marcharse.

Otras, que quizá no importaría simplemente… desaparecer.

Aquella mañana se encontraba junto al río, lavando ropa en silencio, con el agua helada entumeciéndole las manos. La luz gris del amanecer envolvía todo de un tono triste y apagado. Ni siquiera los pájaros parecían cantar.

Fue entonces cuando escuchó pasos detrás de ella.

Brìgh.

Emily cerró los ojos con cansancio, rogando que siguiera su camino. Pero no lo hizo.

—Creías que te casarías con él, ¿verdad? —escupió Brìgh, cruzándose de brazos—. Qué ingenua eres.

Emily bajó la mirada hacia el agua. No tenía fuerzas para discutir.

—Solo eras entretenimiento, Emily. Y ni siquiera del bueno. ¿Cómo una sirvienta como tú iba a casarse con alguien así? —soltó una carcajada cruel—. ¡Con un futuro *laird*! Es ridículo solo pensarlo. Él te dejó atrás porque eso es lo que hacen los hombres como él con las muchachas como tú.

Emily sintió cómo cada palabra era un golpe seco en el pecho.

No respondió. No podía. Las lágrimas le nublaron la vista y, sin decir nada, se levantó y echó a correr.

Brìgh la llamó, entre risas, pero Emily ya no la escuchaba.

Cruzó el patio, ignoró las miradas curiosas, atravesó la empalizada y se internó en el bosque, dejando atrás la fortaleza y todo lo que la había destruido. Corrió hasta que le faltó el aliento, y luego siguió caminando.

Caminó durante horas, sin rumbo, sin pensar, sin sentir. Los árboles parecían cerrarse sobre ella, la luz apenas se filtraba entre ellos, y el aire era cada vez más frío. Llegó a un punto en el que no sabía si buscaba salir o perderse para siempre.

Cuando al fin levantó la vista, se encontró frente a un paisaje que jamás había visto:
un lago oscuro, inmenso, quieto como un espejo, en lo alto de un risco que se abría sobre el bosque. El viento agitaba apenas la superficie, y las rocas húmedas brillaban como si invitaran a acercarse.

Emily avanzó sin pensar. No había razón para seguir allí. No había nadie que la quisiera.

Aidan la había abandonado sin una explicación que la apaciguara. Y el dolor que sentía en el pecho, era insoportable.

Dio un paso, y después otro.

El precipicio respiraba frente a ella.

«Quizá abajo todo termine.

Quizá abajo haya paz».

No lo dudó más.

Se lanzó.

El aire le cortó la piel. El grito nunca llegó a salir, y el agua la envolvió como un muro helado, robándole el aliento de inmediato. Las corrientes la arrastraron hacia el fondo, y ella no luchó. No quería luchar. Cerró los ojos, dejando que la oscuridad la abrazara.

Todo parecía perdido.

Hasta que, de repente, sintió una mano aferrarse a la suya.

Fuerte, decidida, y que tiraba de ella hacia arriba.

Intentó abrir los ojos, pero el agua era demasiado fría y su cuerpo ya no respondía. Su mente se hundía en un silencio dulce, acogedor…

La mano tiró de ella una vez más, con desesperación, con fuerza. Y Emily, exánime, sintió que su cuerpo ascendía.

Pero no llegó a ver la superficie.

Se desmayó, dejándose caer en los brazos de quien fuera que luchaba por sacarla con vida.

Capítulo 5

Escocia, 1591
Tierras del clan Campbell

Cuando Emily abrió los ojos, lo primero que vio fue un rostro que creía perdido para siempre.

Harper.

Por un segundo pensó que había muerto. Que aquel rostro hermoso y serio, enmarcado por el cabello empapado y oscuro, no podía estar realmente allí. Que su mente, enredada aún en la oscuridad del lago, le estaba gastando una última broma.

Su primer impulso fue levantar la mano y tocar la mejilla de su hermana, asegurarse de que no era una visión más.

Y Harper, sonrió. Fue una sonrisa temblorosa, y rota por la preocupación.

Emily se dio cuenta entonces de que estaba envuelta en pieles gruesas, con una gran hoguera ardiendo a unos pasos. Su

ropa mojada había desaparecido. Harper temblaba levemente, aún calada de agua, también envuelta en pieles.

A su lado, una cabeza pelirroja se inclinó hacia ella.

Ginevra. Que, sin contenerse, la rodeó con los brazos, sollozando con fuerza.

Harper la abrazó también, y las dos lloraban sobre ella, pero Emily… Emily no podía articular palabra. Su cuerpo entero estaba en *shock.* Su mente era un vacío doloroso. Era como si no entendiera cómo había llegado allí, como si su propio acto —aquel salto—, perteneciera a otra persona.

Había querido morir. Había querido desaparecer. Y ahora, no sabía ni cómo seguir respirando.

—¿Estáis aquí de verdad? —Fue lo primero que logró susurrar.

Harper y Ginevra asintieron.

Harper tomó aire, con su voz aún trémula.

—Emily ¿qué has hecho? ¿Por qué has podido hacer algo así? —preguntó en un tono desesperado—. ¿Por qué, Emily?

Emily apartó la mirada hacia la hoguera, hacia cualquier lugar donde no tuviera que mirar los ojos de sus hermanas.

—No lo entenderíais —contestó con vergüenza.

—Tuvimos una visión. Te vimos caer al agua, y hemos venido a buscarte tan pronto como hemos podido —dijo Ginevra con suavidad.

Emily soltó una risa amarga que se quebró en cuanto salió de su garganta.

—¿Ahora? ¿Ahora venís a buscarme? Me abandonasteis. —Se incorporó un poco, para poder mirarlas a los ojos—. Me dejasteis sola allí, en ese castillo, con esa gente. No sabéis lo mal que lo he pasado.

Ambas bajaron la mirada.

—Lo sentimos —dijo Harper—. Lo sentimos de verdad. Hicimos caso a madre y ahora sé que no debimos hacerlo. Debimos quedarnos juntas. Todas hemos pasado por momentos terribles. Ya te lo explicaremos. Con calma. En casa.

Emily parpadeó, confundida.

—¿Casa? Yo no tengo casa.

—Por supuesto que sí —replicó Harper sin dudar—. Tu casa está donde estemos nosotras.

Emily iba a responder, pero entonces vio algo que le heló la sangre. En las muñecas de Harper había heridas. No cicatrices antiguas, sino marcas recientes, y dolorosas de ver.

—¿Qué… qué te ha pasado? —preguntó en un hilo de voz.

Harper escondió las manos bajo las pieles.

—No te preocupes ahora por eso. —Intentó sonreír—. Para nosotras también ha sido muy duro, Emily. Pero ya no volverás a estar sola. No volveremos a separarnos.

Emily sintió las lágrimas brotarle sin poder evitarlo.

—¿Me lo prometes? —susurró, como una niña pequeña buscando una verdad absoluta.

—Te lo prometo —respondió Harper, abrazándola. Ginevra se unió a las dos, cerrando el círculo. Las tres, juntas de nuevo.
Por fin.

Emily respiró hondo y, al hacerlo, reparó por primera vez en lo que las rodeaba.

Un contingente completo. Un pequeño ejército, con estándares y capas con los colores de los MacDougall. Caballos ensillados, una carreta preparada, hombres vigilando el perímetro y preparando el viaje.

Parpadeó, confundida.

—¿Qué es todo esto?

Harper intercambió una mirada rápida con Ginevra.

—Es una historia larga —respondió ella—. Te la contaremos de camino a las tierras MacDougall. Pero antes, quiero presentarte a alguien.

Un guerrero joven, de rostro serio y ojos intensos, avanzó hacia ellas. Harper lo tomó suavemente de la mano.

—Emily —dijo, con una sonrisa tímida—, él es Dave MacDougall. Mi prometido.

Emily abrió los ojos con sorpresa.

Apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que Ginevra hiciera lo mismo.

—Y él es Arthur —anunció, buscando el brazo del hombre que se acercaba—. Mi esposo.

La sorpresa se transformó en un vacío extraño en el pecho. Sus hermanas tenían vida, destino, futuro… Y entonces, inevitablemente, le vino a la mente el nombre que había intentado arrancarse del alma.

Aidan.

Por un instante volvió a sentir la caída del precipicio en el estómago. Pero no. No lloraría más. No volvería a romperse por él. Lo que había hecho había sido una locura y no la repetiría jamás.

Sonrió con educación a sus nuevos cuñados.

Luego se puso en pie, aún envuelta en pieles, algo temblorosa pero decidida.

—Estoy lista —dijo con voz firme—. Lista para ir a casa.

Harper y Ginevra la ayudaron a subir a la carreta, y las ruedas comenzaron a crujir sobre el camino.

Atrás quedaban los Campbell.

Atrás quedaba el lago, y atrás quedaba Aidan. No volvería a pensar en él. Lo borraría de su vida al igual que él había decidido dejarla.

Capítulo 6

Escocia 1596
Dunstaffnage Castle, propiedad del clan MacDougall

Cinco años después…

A sus veintidós años, Emily se había convertido en una figura que combinaba la gracia de una joven *highlander* con la serenidad de alguien que había crecido y madurado entre los paisajes agrestes de los MacDougall. Su cabello castaño, ahora más oscuro y con un brillo cálido, enmarcaba un rostro de pómulos definidos y ojos azules tan profundos como el cielo sobre las Highlands.

Su figura esbelta y fuerte reflejaba los años en los que había aprendido a cazar y a manejar la *claymore* junto a Bryson, el primo de Dave, quien se había convertido en su compañero de aventuras y un verdadero referente.

Emily se movía por la fortaleza con la confianza de quien ha encontrado un hogar inesperado. Las gemelas, ahora convertidas en jovencitas de dieciséis años, la seguían como si fuera una hermana

mayor a la que confiaban sus travesuras y secretos. Y aunque Emily afirmaba una y otra vez que no creía en el amor, Harper no dejaba de recordarle con dulzura que la vida siempre guardaba sorpresas, y que merecía algo más que aventuras en el bosque con Bryson.

—Deberías buscar el amor, hermana —le dijo Harper una tarde, observándola dejar las liebres recién cazadas sobre la mesa de la cocina—. No andar siempre cazando con Bryson como una salvaje.

Emily rio con una chispa de ironía.

—¿Y tú me lo dices? Tú, que eras la más indómita de todas nosotras.

—Lo sé, pero ahora soy madre, y soy feliz. Y deseo que tú también lo seas. Recuerdo con mucho cariño mi boda, fue un día muy especial para mí, y me gustaría eso mismo para ti.

Emily se encogió de hombros, con una sonrisa resignada. No quería hablar de aquello que había quedado atrás.

—No me casaré, Harper. Ya no creo en el amor. Sabes que me rompieron el corazón una vez, y no dejaré que eso vuelva a pasar.

Harper asintió, comprendiendo sus razones, aunque no las compartiera. Era joven, y todavía podía conocer a alguien. Solo debía encontrar a la persona indicada, y ella misma se encargaría de que así fuese.

Elora entró en la cocina con las mangas remangadas y una cesta llena de hierbas aromáticas colgándole del brazo. Al ver las liebres frescas sobre la mesa, chasqueó la lengua con aprobación.

—Perfecto —dijo mientras dejaba el cesto sobre la mesa—. Estas piezas quedarán de maravilla esta noche. Haré un estofado con cebollas y cerveza negra. Morven ya está preparando la mesa del gran salón. Será un banquete en condiciones.

Emily, que estaba afilando su cuchillo para despellejar una de las liebres, alzó la vista de golpe.

—¿Banquete? —repitió, frunciendo el ceño—. ¿Qué banquete?

Elora parpadeó, sorprendida.

—¿No te lo ha dicho tu hermana? Viene gente de visita esta noche. Invitados importantes.

Emily giró la cabeza muy despacio hacia Harper, que estaba apoyada contra el marco de la puerta con los brazos cruzados, observándolas.

—¿Invitados? —repitió con esa mezcla de indignación y resignación que solo Harper lograba provocar en ella—. ¿Algo más que no me hayas dicho?

Harper soltó un suspiro cansado, aunque en sus ojos había diversión.

—Son compromisos del clan, Emily. No tenemos opción. Además, Dave quiere que todas estemos presentes. Así que deja las liebres y sube a arreglarte —dijo con seriedad, pero de pronto su tono cambió a otro más dulce—. Vamos hazlo por mí.

Emily resopló, sabía que, con Harper, era imposible escapar. Además, cuando la miraba así la desmontaba por dentro. Así que dejó el cuchillo y salió de la cocina con pasos fuertes, como si con cada uno de ellos quisiera dejar claro su absoluto desacuerdo.



Cuando llegó a su alcoba, cerró la puerta tras de sí con un bufido. Pero el enfado se desvaneció en cuanto vio una misiva colocada cuidadosamente sobre su cama. Reconoció la letra del dorso al instante, era de Ginevra.

Emily sonrió sin querer mientras rompía el sello y desplegaba la carta.

Mi queridísima Emily:

No sabes cuánto te extraño. La casa está más ruidosa que nunca, pero no cambiaría esta vida por nada del mundo. Elvor ya tiene cuatro años y no deja de corretear por todas partes; juro que tiene más energía que diez guerreros juntos. Y Callum, que va camino de los dos, no me deja dormir ni un instante, pero tiene los ojos más dulces que he visto jamás.

Arthur dice que tienen tu espíritu: indomables, tercos y valientes.

Ojalá estuvieras aquí para ver cómo crecen. Espero que esta primavera vengas a vernos, los niños te extrañan, y yo también. Escríbeme pronto, ya sabes cuánto me gusta leer tus misivas.

Te quiere con el alma,
Ginevra.

Emily apretó la carta contra su pecho unos segundos. Siempre le pasaba lo mismo: las palabras de Ginevra le acariciaban el corazón y, al mismo tiempo, le recordaban lo mucho que la extrañaba.

Se sentó a la pequeña mesa de su alcoba, tomó una pluma y un trozo de pergamino, y escribió una respuesta rápida antes de prepararse:

Mi queridísima Ginevra,

Hoy he pensado en ti más de lo habitual, quizá porque todo en esta fortaleza parece avanzar demasiado deprisa mientras yo sigo buscándome a mí misma entre estas montañas. Las gemelas no me dan respiro —ya te imaginas cómo son—, aparecen en mi puerta a

todas horas, inventando travesuras nuevas cada día. Me hacen reír, aunque no siempre lo admito, y a veces siento que vuelvo a ser la muchacha de quince años que corría contigo y con Harper entre los árboles, creyendo que el mundo era un lugar amable.

Harper me ha obligado —sí, obligado— a prepararme para un banquete esta noche. Al parecer vienen invitados importantes y no quiere que dé mala impresión. Qué pesada puede llegar a ser… y cuánto la quiero.

Echo muchísimo de menos a Elvor y a Callum. Me pregunto si Elvor sigue empeñado en trepar a todos los muebles, y si Callum continúa mirándolo todo como si pudiera descifrar los misterios del universo. Son tan distintos y tan tuyos. Ojalá los tuviera aquí ahora mismo para achucharles las mejillas hasta que protestaran.

Aquí, Maeve crece como la mala hierba. Te prometo que lleva de cabeza a sus padres. Harper trata de educarla como a una señorita, y Dave… Dave la consiente en todo. Tiene unos ojos tan azules que a veces me duele mirarlos; son los tuyos, Ginevra, y también los míos. Cuando corre hacia mí balbuceando mi nombre, siento un nudo extraño en el pecho, es como si uniera a mí un pedazo de nuestra infancia que creía perdido. Me recuerda tanto a nosotras tres, descalzas y despeinadas, persiguiendo mariposas entre los brezos…

Prometo que pronto iré a visitarte, os extraño demasiado.

Con todo mi cariño,

Emily.

Cuando terminó, dejó la carta apoyada de pie sobre el tintero, así por la mañana la vería y se acordaría de bajarla y entregársela al mensajero del clan. Luego se acercó al baúl donde guardaba sus mejores vestidos —que no eran muchos— y, con un suspiro largo, eligió el menos desgastado.



Emily estaba ajustándose la cinta del vestido cuando escuchó un golpeteo rápido en la puerta.

—¡Emily! ¿Podemos pasar? —la voz de Bethany sonó cantarina, e impaciente.

Antes de que pudiera responder, la puerta se abrió de par en par y las gemelas MacDougall irrumpieron en la alcoba como dos ráfagas de viento.

Bethany llevaba un vestido azul claro que le resaltaba los ojos, y Annie uno verde que hacía juego con su carácter más sereno. Ambas habían trenzado sus melenas rubias con cintas y pequeñas flores que parecían recién cogidas del jardín. Estaban radiantes, y peligrosamente emocionadas.

—¡Hermana! —exclamó Annie—. ¿Aún no estás lista?

Emily alzó una ceja.

—Estaba en ello hasta que dos huracanes decidieron entrar sin llamar.

Bethany ignoró el comentario y se acercó a examinar el vestido de Emily como si fuera la costurera personal de la corte.

—Vas preciosa —determinó con una seriedad exagerada—. Aunque deberíamos darte un toque en el cabello.

—No necesito ningún toque —replicó Emily, apartando suavemente sus manos—. Solo es una cena.

—¡Una cena con invitados! —intervino Annie, con los ojos muy abiertos—. ¿Es que no lo sabes?

Emily se detuvo a mitad de trenza, confusa.

—¿Qué invitados exactamente?

Las gemelas se miraron entre ellas, pero fue Bethany quien no aguantó la emoción.

—Dicen que viene un capitán —susurró, como si revelara un secreto prohibido—. Joven. Muy joven. Y guapísimo. Procedente de tierras aliadas del norte.

Annie asintió vigorosamente.

—Y también vienen varios de sus hombres. Harper dijo que son de confianza y que Dave los ha invitado por motivos de clan, pero eso no quita que puedan ser encantadores. —Sus mejillas se colorearon—. ¿Te imaginas si uno de ellos nos pidiera bailar?

Emily parpadeó, completamente ajena a la información.

—No tenía ni idea de que también habría música, pensaba que sería algo más informal —admitió mientras se recogía una trenza suelta—. Harper solo me dijo que me arreglara.

Las gemelas rieron al unísono, idénticas incluso en la travesura de sus sonrisas.

—¡Por eso estamos aquí! —dijo Bethany, saltando sobre el borde de la cama como si aún tuviera ocho años—. Queríamos ver qué te ponías. No vaya a ser que el capitán se enamore de nosotras y tú le robes la atención.

Emily rodó los ojos, aunque una sonrisa se le escapó sin remedio.

—No me interesa ningún capitán. Ni ningún hombre —dijo, intentando sonar firme.

Pero Annie se acercó, la tomó de las manos y la miró con ese cariño que solo ella tenía.

—Emily, ¿por qué siempre eres tan aguafiestas? —preguntó con descaro—. Tal vez esta noche sea diferente. Tal vez esta noche conozcas al hombre de tus sueños.

—Lo dudo, pero me alegraré por vosotras si bailáis durante toda la noche y acabáis extasiadas —dijo finalmente—. Ah, y sea quien sea ese capitán, espero que al menos venga limpio y no huela a caballo.

Las gemelas estallaron en risas.

—¡Vamos! —dijo Bethany, tomándola del brazo—. Nosotras te escoltamos.

Y así, entre risas y nervios, las tres salieron de la alcoba para dirigirse al gran salón.

Capítulo 7

Escocia 1596
Dunstaffnage Castle, propiedad del clan MacDougall

El murmullo del gran salón se volvió más intenso cuando Emily, escoltada por las gemelas, cruzó el umbral. Esa noche el lugar estaba irreconocible, había antorchas encendidas en cada columna, mesas largas cubiertas con lino limpio, y escudos de clanes aliados adornando las paredes.

Los MacDougall no recibían solo a un capitán.
Aquello era una reunión de alianzas.

Emily distinguió enseguida los tartanes mezclados entre los invitados: el rojo profundo y negro de los MacKinnon, el azul oscuro con líneas blancas de los Fraser, y el verde intenso cruzado por franjas negras y rojas de los MacRae.

Todos conversaban entre sí, bebiendo hidromiel, intercambiando saludos y evaluando con cautela a los

representantes de otros clanes. El ambiente era diplomático, pero también tenso, como si todos esperaran noticias que nadie quería decir en voz alta.

Harper se acercó a ellas nada más verlas entrar.

—Estás preciosa, Emily —dijo, acomodándole un mechón suelto detrás de la oreja—. Y vosotras dos también —añadió hacia las gemelas, que sonrieron satisfechas.

—¿Qué hacen aquí tantos clanes? —preguntó Emily, recorriendo con la mirada la sala.

Harper tomó aire, pero antes de responder miró alrededor para asegurarse de que nadie escuchaba demasiado cerca.

—Porque los MacLaed están empezando a moverse —explicó en un susurro—. Y Dave cree que podría haber conflictos pronto. Quiere reforzar alianzas.

Emily asintió lentamente. Los MacLaed, ese nombre ya era suficiente para que todas las conversaciones se tensaran. Su reputación de ambición y violencia les había precedido siempre.

Pero antes de que respondiera, un guardia golpeó la lanza contra el suelo.

El sonido cortó el aire del salón como un filo.

—¡Aquí el nuevo líder del clan Campbell y su guardia!

Un silencio expectante cayó sobre todos los presentes.

Emily sintió cómo se le tensaba la espalda. Aquello no podía ser real. Los Campbell, un nombre que había querido olvidar durante años.

—¿El nuevo líder del clan? —susurró—. ¿Y el *laird* Evander?

Harper se volvió hacia ella, sorprendida.

—¿No lo sabías? —preguntó con delicadeza—. Evander Campbell falleció hace apenas unas semanas. Quien viene esta noche es… su hijo. El nuevo *laird*. Créeme, yo tampoco sabía que venía hasta hace un momento.

Emily se quedó inmóvil. Ni siquiera pudo tragar saliva.

«¿Aidan? No. No puede ser».

Las puertas del salón se abrieron lentamente. Primero aparecieron los guerreros Campbell, vistiendo el tartán azul oscuro

cruzado por franjas verdes y blancas, los colores tradicionales de su clan.

Y justo detrás, avanzando con paso firme y presencia imponente…

Entró él.

Aidan.

No el muchacho impulsivo que un día le prometió amor eterno. No el joven que huyó dejando su corazón hecho pedazos.

Este hombre era distinto.

El *laird* Campbell.

El aire pareció abandonarla por completo.

No escuchó los murmullos a su alrededor ni la exclamación maravillada de Bethany.

Solo vio cómo Aidan avanzaba, alto y más fuerte que en sus recuerdos, con los hombros amplios de un guerrero experimentado y la mirada endurecida por los años.

Los MacKinnon murmuraron algo entre ellos.

Los Fraser evaluaron su porte con respeto, y los MacRae lo saludaron inclinando ligeramente la cabeza.

Porque Aidan Campbell ya no era un simple capitán. Era un líder.

Emily sintió cómo el pulso le martilleaba las sienes, como las manos se le humedecían, y como el vestido pareció apretarle el pecho.

Y entonces él levantó la vista.

Sus ojos —los mismos que ella había amado, los mismos que la habían mirado con devoción cinco años atrás—, la encontraron, y el mundo se redujo a ese instante.

Aidan se detuvo a medio paso.

Su expresión, por un momento, se quebró. Fueron solo segundos. Luego retomó su postura de líder.

Él no la había olvidado. Y ese reconocimiento abrió en su pecho una herida antigua, aún viva.

Harper la tomó del brazo, preocupada.

—Emily, ¿estás bien?

Emily no pudo mentir.

—No —susurró con los labios apenas moviéndose—. No lo estoy.

Las gemelas, ajenas al torbellino emocional, suspiraron encantadas.

—¡Es incluso más guapo de lo que decían! —aseguró Bethany.

—Y joven ¡mucho más joven de lo que imaginaba! Aunque ahora ya no es un capitán, ahora es un *laird* —añadió Annie.

Pero Emily solo veía una cosa: al hombre que la había abandonado.

Dave avanzó para recibirlo, pero Emily ya no escuchó nada. No sentía nada, excepto un antiguo temblor en el pecho que la golpeó como un fantasma.



Los últimos murmullos del salón se apagaron cuando Dave se levantó de su asiento principal. La mesa de honor estaba formada por él, Harper, Ginevra, Arthur, Bryson y Emily, sentada entre las

gemelas como si necesitara un ancla para no dejarse arrastrar por los recuerdos.

Los Campbell, los MacKinnon, los Fraser y los MacRae ocupaban sus lugares siguiendo el protocolo. Las antorchas iluminaban los tartanes y los estandartes colgados en los muros, otorgando al salón un aire solemne y expectante. Las armas de los invitados habían quedado entregadas a los guardias en la entrada: allí dentro no había más que palabras, política, y alianzas.

Dave alzó su copa.

—Os he reunido esta noche —comenzó con voz firme—, porque los MacLaed han empezado a moverse de nuevo. Han tomado tierras al norte, han atacado caravanas y han enviado mensajes que solo esconden amenazas. —Miró uno por uno a los *lairds*—. No permitiré que pongan a prueba la defensa del clan MacDougall sin recibir una respuesta contundente. Pero esa respuesta no será suficiente si actuamos solos. Necesitamos una alianza, una verdadera hermandad.

El *laird* MacKinnon asintió.

El *laird* Fraser apoyó los brazos sobre la mesa, atento.

Los MacRae escuchaban con gesto grave.

Y Aidan Campbell, sentado entre los representantes de su clan, guardaba silencio absoluto.

No por duda. Sino porque no podía apartar la vista de Emily.

Ella estaba sentada erguida, con las manos cruzadas sobre el regazo y el vestido verde oscuro abrazándole la cintura. El escote, discreto pero elegante, revelaba la curva suave de su cuello. Su cabello castaño, brillante y suelto salvo por un broche plateado que sujetaba dos trenzas que salían de sus sienes, parecía más largo que en su recuerdo. La luz de las antorchas jugaba en él, iluminando sus mechones como hilos de cobre.

Pero no era su belleza lo que lo partió en dos.

Era su expresión.

Emily permanecía ajena a la fiesta, sin levantar la vista del mantel. No miraba a nadie, no sonreía, no parecía presente. Había serenidad en sus rasgos, sí, pero también ese brillo apagado en los ojos, esa dureza aprendida que solo aparece tras un corazón roto.

Aidan lo reconoció al instante.

Y sintió un golpe en el pecho tan repentino que casi le cortó el aliento.

«Dios… Emily».

Cinco años sin verla. Cinco años repitiéndose que era mejor así. Cinco años intentando enterrar lo que había sentido por ella, y bastó un solo vistazo para que todo regresara con la misma fuerza devastadora.

El cariño. El anhelo. La ternura.

El deseo inconfesable, y la culpa.

Porque no tenía derecho a sentir nada de eso.

«Ella es tu hermana».

La frase que había perseguido su conciencia desde aquel día volvió como un látigo ardiente.

«Esto es pecado. Es ruin. No debo mirarla así».

Pero su corazón no entendía de prohibiciones ni linajes.

Abrió los ojos y la vio mover apenas los dedos, nerviosa por algo que nadie más parecía notar. Y en ese gesto pequeño, frágil, sintió que todo dentro de él se tambaleaba.

Emily no tenía idea de lo que él sabía.

Ni de por qué había desaparecido sin explicación.

Tampoco de cuánto la había llorado,

ni de lo mucho que había intentado odiarla, para no odiarse a sí mismo.

Y ahora estaba allí.

A pocos metros. Más hermosa de lo que jamás la recordaría.

Aidan tragó saliva y miró de nuevo a Dave, que seguía hablando de rutas, alianzas y patrullas conjuntas. Pero sus palabras ya no alcanzaban el corazón del joven líder Campbell. Porque todo su mundo —su tormento, su debilidad, su ruina—, estaba sentada al otro extremo de la mesa. Con un vestido verde, y una belleza que lo destrozaba.



Emily mantenía la vista fija en un punto invisible del mantel, intentando ignorar el bullicio, las risas y los chasquidos de platos a su alrededor. Nunca había sido especialmente amante de los banquetes, pero aquel, aquel le resultaba insoportable. Sentía el pecho tenso, y la respiración atrapada bajo el corsé del vestido.

Fue entonces cuando lo sintió.

Un cosquilleo, una presión constante que apenas la dejaba pensar. El tipo de sensación que se enciende en la columna sube por la nuca y eriza cada vello del cuerpo.

Y todo era culpa de él.

Sentía su mirada en su cuerpo, pero no una mirada cualquiera. Una mirada que la conocía, que la había amado, pero que también la había destruido.

Su corazón dio un vuelco tan brusco que casi la obligó a respirar hondo para no delatarse. Con todo el autocontrol que había construido durante cinco años, levantó la vista muy despacio.

Y allí estaba.

Aidan Campbell.

Sentado entre los suyos, vestido con los colores de un *laird*, el porte más adulto, los rasgos afilados por los años y la responsabilidad. Pero sus ojos, sus ojos seguían siendo los mismos. Azules, intensos, capaces de leerla sin que dijera una sola palabra.

La miraba como si el tiempo no hubiera pasado. Como si aún perteneciera a él.

Como si hubiera olvidado todas las razones por las que la había dejado quebrada.

Emily sintió el mundo contraerse.

La sangre le golpeó en los oídos, y el estómago se le encogió como un puño.

Quiso mirar a otro lado. Fingir indiferencia, ser la mujer fuerte que había aprendido a ser en tierras MacDougall, pero una parte de ella, una parte que creía muerta, tembló.

Forzó la mirada a permanecer en alto, queriendo demostrarle que no iba a apartarse. Que ya no era la niña que él había dejado atrás. Pero hacerlo solo empeoró la situación.

Porque Aidan no apartó los ojos.

Ni por un segundo.

Y en esa mirada intensa, sin palabras, Emily leyó algo que no esperaba: Dolor, y un anhelo tan vivo que le cortó la respiración.

Su pecho se apretó con violencia, como si una mano invisible intentara romperle las costillas. Y antes de que pudiera evitarlo, una oleada de recuerdos la atravesó: sus risas clandestinas, la primera vez que él la tocó, el primer beso, su propuesta de matrimonio, el abandono que casi la mata.

Emily parpadeó, obligándose a romper ese contacto. Bajó la mirada, clavándola en el mantel.

Respiró hondo, una, dos veces. Y se dijo a sí misma que sería indiferente para ella. Que no iba a permitir que su regreso la desarmara.

Pero, aun así, sus manos temblaban ligeramente sobre el regazo.

«No te atrevas a mirarme así, Aidan.

No vuelvas a remover lo que enterré».

No lo soportó más. Se levantó con cautela, y con paso decidido salió del gran salón para tomar aire fresco. Bajó la escalera de la entrada a toda prisa, y giró a la derecha buscando el jardín trasero. Se topó de bruces con la balaustrada que dividía el jardín, y se apoyó en ella tratando de recuperar la respiración. Ni siquiera sabía por qué la tenía tan agitada. Clavó los dedos en el mármol frío, y miró al horizonte tratando de apaciguar sus pensamientos. La luna estaba creciente, y apenas una suave brisa mecía las hojas de los árboles cercanos. Sintió un escalofrío, y se llevó los brazos al cuerpo tratando de entrar en calor.

Entonces escuchó unos pasos a su espalda, y temió voltearse. Sabía que era él. No podía ser otro.

Emily cerró los ojos con fuerza al sentir un tartán posarse sobre sus hombros. Era cálido, y pesado, y su olor tan familiar que dolía.

Hierba, madera, un toque de humo y algo más, algo que había intentado olvidar durante cinco años. Ese aroma que pertenecía solo a él.

Un latigazo de emociones la atravesó.

Y antes de que pudiera apartarse, antes siquiera de que pudiera prepararse, escuchó su voz a su espalda:

—Emily…

Su corazón dio un vuelco traicionero.

Se obligó a darse la vuelta, a enfrentarlo. Porque huir sería como admitir que aún la tenía en su poder.

Aidan estaba allí. Sus ojos azules, esos mismos que tantas veces la habían mirado con ternura, la observaban ahora con una mezcla de anhelo y sufrimiento.

Y Emily sintió cómo la garganta se le cerraba.

—Lo siento tanto… —murmuró él, dando un paso hacia ella—. Nunca te expliqué… nunca pude…

Pero ella negó con la cabeza antes de que pudiera continuar.

—No. —La palabra salió firme, tensa, aunque sus labios temblaban—. Llegas cinco años tarde.

Aidan abrió la boca, dispuesto a hablar, pero Emily alzó la mano, obligándolo a callar.

—No digas nada — dijo, bajando la mirada un instante para recomponerse—. No voy a escuchar excusas. Ya no me importa. No tienes que explicarte, Aidan Campbell. No hace falta, ha pasado demasiado tiempo.

Él frunció el ceño, dolido por sus palabras.

—Emily, por favor, Sólo déjame…

—He dicho que no. —Ella retrocedió un paso, con el tartán aún aferrado a sus hombros—. ¿Qué pretendes? ¿Que escuche lo que debías haberme dicho hace años? Ya no me interesa. Te he olvidado, Aidan, ahora solo eres un mal recuerdo del pasado.

Aidan apretó los puños, con la desesperación vibrando en su voz.

—No te abandoné porque quisiera. Nunca quise hacerte daño. Tú tienes que saberlo. Yo…

—No tengo que saber nada —lo interrumpió ella, con un susurro quebrado pero firme—. Aprendí a seguir adelante sin ti. Así que no vengas ahora a remover el pasado.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, y odió que él fuera testigo.

Aidan apretó la mandíbula, tratando de contener sus emociones.

—No puedo mirarte y quedarme callado, Emily. No después de todo. No después de verte esta noche.

—¡Calla! —chilló ella, alterada—. Yo he dejado el pasado atrás Aidan, y tú deberías hacer lo mismo. Ya no te guardo rencor, ahora me eres indiferente.

Aidan bajó la cabeza un instante, como si sus palabras lo hubieran herido más de lo que esperaba.

El viento susurró entre los árboles, frío, casi cruel.

Cuando volvió a mirarla, había dolor sí, pero también una obstinación en ella que no conocía. La muchacha que él recordaba se había esfumado, y ahora ante él estaba una mujer nueva. Poderosa y valiente.

—Bien, entiendo que no desees escucharme ahora. Esto ha sido muy repentino, pero no me iré de las tierras MacDougall hasta que tú y yo conversemos. Lo que tengo que decirte es de vital

importancia para ti y tus hermanas —dijo él con voz baja, pero firme.

—¿Y mis hermanas qué tienen que ver en todo esto? —replicó, con la voz a punto de romperse.

Aidan cerró los ojos tratando de pensar, tratando de encontrar las palabras.

¿Cómo decirle a alguien a quien amas que es tu hermana?

—Te espero mañana al amanecer en las caballerizas. Daremos un paseo, y te explicaré todo.

—¿Crees que iré contigo alguna parte?

—Si no lo haces, tendré que reunirme con Dave y explicarle todo a él. Lo que vengo a decir no será un secreto por mucho tiempo. Quería contártelo a ti primero, pero no me dejas otra opción.

Emily lo miró entonces con verdadera preocupación.

—Entonces dime ahora de qué se trata.

—Mañana, al amanecer. Ahora debo reunirme con los otros *lairds* o pensarán que no me tomo en serio esta reunión.

—Bien, mañana al amanecer, y espero que todo esto sea importante, Aidan.

—Lo es. —Aidan alargó su mano sin poder contenerse y tocó su rostro.

Conforme sintió su calor supo que no debería haberlo hecho, que aquello estaba mal, pero no pudo evitarlo. Su cuerpo reaccionaba por voluntad propia cuando estaba cerca de ella.

Emily tardó un momento en ser consciente de ello, pero acabó apartándose de forma brusca.

—Hasta mañana, *laird* Campbell.

Se volteó y se alejó de él lo más rápido que pudo, porque temía que, si no lo hacía de inmediato, no podría hacerlo, pues lo seguía amando. Se había dado cuenta en el mismo instante en que lo había vuelto a ver, y aunque se negaba a aceptarlo, su corazón, su traicionero corazón, no mentía.

Capítulo 8

Escocia 1596
Dunstaffnage Castle, propiedad del clan MacDougall

Cuando Emily volvió a entrar en el gran salón, Harper la vio enseguida. No hacía falta ser su hermana para advertir que algo había sucedido: tenía los pómulos encendidos, la respiración agitada, y ese brillo en los ojos que solo aparece en alguien cuando está a punto de quebrarse.

Harper se inclinó un poco hacia ella y preguntó con suavidad, tratando de no llamar la atención de los invitados:

—¿Emily? ¿Qué ha pasado?

Emily negó con la cabeza con un gesto brusco.

—No preguntes —contestó, con la voz tensa y contenida—. Por favor, no lo hagas.

Harper quiso insistir, pero algo en el temblor de su hermana la detuvo.

Emily dio un paso atrás, respiró hondo y dijo:

—Me voy a retirar. No puedo… no puedo soportar toda esta presión esta noche.

—Entonces vete, cariño —respondió Harper enseguida—. Descansa.

Las gemelas, desde el otro lado de la mesa, alzaron la vista.

—¿Ya? ¡Pero si la fiesta acaba de empezar! —protestó Bethany, con un mohín.

Emily logró esbozar una sonrisa cansada. Se acercó, besó la frente de una y luego la cabeza de la otra.

—Divertíos por mí —les dijo con suavidad.

Y sin esperar más, salió del salón mientras el bullicio del banquete quedaba atrás como si perteneciera a otro mundo.



No durmió. O, si lo hizo, fueron apenas segundos atrapados entre sobresaltos. Pasó gran parte de la noche tumbada en la cama, con el corazón golpeándole las costillas y el nombre de Aidan latiéndole en la garganta como una herida abierta.

Cuando el cielo comenzaba apenas a palidecer, Emily ya se estaba vistiendo.
Le temblaban los dedos al ajustarse las cintas del vestido. No sabía por qué iba.

Pero iba.

Porque una parte de ella necesitaba respuestas. Y otra, más traicionera, necesitaba mirarlo sin la multitud alrededor.

Bajó las escaleras principales en silencio. La fortaleza estaba aún dormida, envuelta en un gris azulado. Y, tal como sospechaba, él estaba allí.

Aidan se encontraba junto a la entrada, apoyado contra una columna de piedra, con la capa ceñida sobre los hombros y la expresión tensa. Cuando la vio, enderezó la postura.

—Emily, pensaba que no vendrías —dijo, con cierto alivio—. Ven conmigo.

Ella asintió, aún con la garganta cerrada.

Cruzaron el patio, caminaron entre rosales dormidos por el rocío, y se adentraron en la zona más apartada del jardín. Allí, bajo un roble nudoso, había un banco de piedra.

Aidan le indicó que se sentara. Ella lo hizo, rígida, y en alerta.

Él permaneció de pie, respirando hondo como quien va a saltar desde un precipicio.

—Tengo que contártelo todo —comenzó finalmente, con la voz baja—. Lo que ocurrió hace cinco años. Por qué me fui. Por qué… —tragó saliva—, por qué no podía estar contigo.

Emily apretó los dedos sobre su falda.

—Habla, Aidan.

Él inspiró. Y su mundo se rompió por segunda vez.

—Emily… eres mi hermana.

El silencio que siguió pareció arrancar el aire del jardín.

Ella lo miró sin entender, con los labios entreabiertos.

—¿Qué… qué has dicho?

Aidan sacó algo del interior de su capa: una misiva gastada, y doblada con un sello ya roto. Sus manos temblaban cuando la desplegó.

—Mi padre me dejó esta carta antes de morir —explicó—. Su confesión. Su arrepentimiento. Todo está aquí.

Se la tendió y Emily la cogió con manos temblorosas, después comenzó a leer.

La voz del *laird* Evander resonó en su cabeza entre líneas temblorosas:

A mis hijos, y especialmente a los que nunca reconocí.
He cometido errores que marcarán mi tumba. Fenella fue el gran amor de mi vida, pero no pude darle el lugar que merecía; mis obligaciones como laird *me ataron a un matrimonio sin afecto.*

De nuestra unión nacieron tres hijas. Mis hijas legítimas por sangre, aunque el mundo nunca lo permitió. No supe protegerlas, no supe criarlas. Las vi crecer desde la distancia, y he llevado ese peso en el pecho durante años…

Emily tuvo que dejar de leer por un momento para recuperar el aliento, sin poder evitarlo, había dejado de respirar. Después con mucho esfuerzo continuó leyendo mientras Aidan la miraba con verdadera tristeza:

Ruego a mis hijas que me perdonen. Ruego al destino que algún día conozcan la verdad. Y deseo que sepan que siempre tuvieron el mismo derecho a mi nombre que mis otros hijos. Fallé como laird*, fallé como hombre, fallé como padre, y muero con ese arrepentimiento clavado en el alma.*

Aidan, hijo mío, cuida de ellas si algún día la verdad sale a la luz. No cometas mis errores. No permitas que sufran por mi cobardía.

Emily no podía respirar.

—Así que… —susurró, apenas con un hilo de voz—. Así que por eso me dejaste.

—Emily, yo… yo te amaba. Y cuando supe la verdad, me destrozó. ¿Cómo iba a quedarme? ¿Cómo iba a mirarte sin… sin sentirme un monstruo?

Ella se levantó de golpe.

—¡Mentira! —exclamó, con la voz rota, llena de incredulidad—. ¡Esto no puede ser verdad! ¡No puede serlo!

—Emily, la carta está escrita de su puño y letra. Y selló la cera con su propio anillo. Mi padre no tenía razón para inventarlo.

Ella retrocedió un paso, negando con la cabeza una y otra vez.

—No. No. Tú… tú me estás mintiendo. Me estás diciendo esto para… para justificar lo que hiciste. ¡Para excusar tu abandono!

Aidan dio un paso hacia ella, desesperado.

—Emily…

—¡Calla! —gritó, llevándose las manos al cabello—. ¡No puede ser! Mi madre… ¡Ella nunca dijo nada!

Aidan cerró los ojos, herido.

—Puede que fuese peligroso para vosotras. Hay algo que no entiendo, mi padre dice en la misiva que el mundo nunca permitió la relación entre ellos. ¿Tienes idea de a qué se refería?

Pero ella no respondió. No podía. ¿Cómo decirle que estaba maldita? Que ella y sus hermanas lo estaban.

El suelo bajo sus pies parecía moverse, el jardín se desdibujaba, el amanecer era un borrón.

Solo sabía una cosa: no podía soportarlo.

—No… esto es demasiado —dijo, con lágrimas ardiéndole en la piel.

Y sin darle oportunidad de detenerla, se giró y echó a correr.

Se lanzó hacia el bosque con una desesperación que le quemaba los pulmones.

Corrió como si pudiera escapar del dolor.

Corrió como si pudiera escapar del pasado.



Aidan llevaba horas buscándola.

El amanecer había dado paso a una mañana gris, luego a un mediodía silencioso, y finalmente a una tarde que parecía tragarse la esperanza. Había recorrido cada vereda, cada claro donde alguna vez vio huellas recientes, cada sendero estrecho donde el viento apenas se colaba entre los árboles.

Pero Emily no estaba en ninguna parte.

El bosque seguía devolviéndole solo el eco de su propio nombre gritado una y otra vez hasta desgarrarse la voz.

Cuando ya no pudo negar el miedo que lo consumía, se vio obligado a regresar a la fortaleza MacDougall.

Entró por el patio principal aún jadeando, con la ropa salpicada de tierra y el semblante desencajado. Caminó directo hacia la sala donde sabía que encontraría a Harper y Dave MacDougall.

Ambos estaban revisando documentos en la mesa larga cuando él irrumpió sin anunciarse.

Dave se giró, sorprendido por su aspecto.

—¿Aidan? ¿Qué sucede? —preguntó, dando un paso hacia él.

Harper, más cautelosa, frunció el ceño.

Aidan tragó saliva. Sentía el corazón en la garganta.

—Emily… —comenzó, pero la voz se le quebró—. Emily ha desaparecido.

Harper palideció al instante.

—¿Cómo que ha desaparecido? ¿Qué quieres decir?

Aidan respiró hondo para no perder el control.

—Esta mañana, al amanecer, me reuní con ella. Tenía que explicarle algo importante. Algo que debía saber antes que nadie.

Dave tensó la mandíbula.

—¿Qué le dijiste?

Aidan abrió el bolsillo interior de su tartán y sacó una hoja doblada con cuidado reverencial. Se la extendió a Harper.

—Le di esto. Es la confesión de mi padre. Lo escribió antes de morir.

Harper tomó la carta con desconcierto. Sus ojos avanzaron por las líneas, y al tercer renglón dejó de respirar.

—No es posible —negó incrédula.

Dave, que estaba junto a ella, la sujetó por los hombros al verla tambalearse.

Harper llevó una mano a su boca, como si quisiera evitar que un sollozo escapara.

—Es… imposible… —dijo, con los ojos inundándose.

Aidan bajó la cabeza.

—Mi padre confesó que todas vosotras sois hijas suyas. Las tres. Hizo que os criaseis en secreto, ocultas para proteger su reputación, y por cobardía. Yo no lo supe hasta que él me lo confesó hace cinco años.

Dave tomó la carta cuando Harper se la ofreció, incapaz de leerla ella misma una segunda vez. Sus ojos recorrieron el pergamino con expresión fría, demasiado fría para ser tranquilidad.

Cuando terminó, levantó la vista hacia Aidan como si lo midiera desde dentro.

—¿Qué pasó cuando ella lo leyó?

Aidan cerró los ojos un instante.

—Se derrumbó. No físicamente, pero lo vi en su mirada. Algo dentro de ella se rompió. Intenté explicarle, pero ella huyó.

—¿A dónde? —preguntó Harper, con la voz temblorosa.

—Corrió —respondió él con un hilo de voz—. Corrió hacia el bosque antes de que pudiera detenerla. La seguí. La busqué durante horas. He ido a los riscos, al lago, a los senderos altos. Pero no logro encontrarla.

Harper sintió cómo todo su cuerpo se tensaba. El miedo la apretó por dentro como una garra.

Dave dejó la carta sobre la mesa con movimientos lentos, calculados. Pero cuando habló, la voz era la de un líder.

—Movilizaré a mis hombres —sentenció—. Harper, quédate aquí por si vuelve. No dejéis la entrada sin vigilancia.

Harper asintió, aunque el dolor la desbordaba.

—Dave, por favor, tráela de vuelta.

Él la tomó brevemente de la mano.

—Lo haré.

Aidan dio un paso al frente.

—Voy con vosotros. No pienso quedarme de brazos cruzados.

Dave lo miró unos segundos. Luego asintió, serio.

—Bien.

Aidan inclinó la cabeza.

Los hombres MacDougall comenzaron a reunirse en el patio mientras Dave daba órdenes rápidas. Un grupo de guerreros Campbell, que había viajado con Aidan, también se unió a la formación.

En poco tiempo, los caballos fueron ensillados, y la fortaleza se llenó de un movimiento urgente y coordinado.

Antes de montar, Harper corrió hacia el grupo.

—¡Dave!

Él se giró.

—No regreses sin ella, por favor.

—Lo sé, Harper. No te preocupes.

Aidan montó junto a él. Su rostro era una máscara de preocupación, culpa y temor.

El portón principal se abrió con estrépito, y el grupo de hombres partió hacia el bosque, perdiéndose en la espesura.

Capítulo 9

Escocia 1596
Dunstaffnage Castle, propiedad del clan MacDougall

Antes siquiera de poder pensar con claridad, Harper cruzó el pasillo a toda prisa y regresó a la sala donde minutos antes Aidan había revelado la verdad.

Allí, sobre la superficie de roble, seguía la carta.

La maldita carta.

La tomó con sumo cuidado, como si quemara, como si las palabras escritas en ella pudieran desintegrarse al tacto. Era la confesión de un padre, la revelación de un pecado que había condenado a sus hijas sin que ellas lo supieran jamás.

La apretó contra su pecho y, sin retrasar ni un segundo más, salió de la sala en dirección al escritorio pequeño donde solía escribir sus misivas.

No podía demorarse. No podía quedarse quieta. No podía… simplemente no hacer nada.

Harper dejó la carta de Evander sobre la mesa, la desplegó un instante y volvió a releer aquella parte que había perforado su alma:

«No supe protegerlas, no supe criarlas. Las vi crecer desde la distancia, y he llevado ese peso en el pecho durante años…»

Un escalofrío la recorrió. Ginevra también debía saberlo, cuanto antes.

Tomó la pluma, el tintero y un nuevo papel. Y comenzó a escribir.

Mi adorada hermana,

Debes acudir a la fortaleza MacDougall lo antes posible. Te lo ruego, Ginevra, ven en cuanto recibas esta carta. Es urgente. Emily ha desaparecido tras recibir una noticia que ha trastocado nuestro mundo y necesito que estemos juntas para comprender lo que está sucediendo.

Adjunto una misiva que debes leer. No te asustes, pero es algo que nos concierne profundamente a las tres.

Por favor, acude sin demora. Te necesito. Necesitamos permanecer unidas ahora más que nunca.

Con todo mi amor,
Harper.

Cuando terminó, dobló su carta con manos temblorosas, tomó la misiva de Evander y las juntó con sumo cuidado, como si ambas formaran un mismo y terrible destino. Luego colocó el sello de cera y presionó el emblema MacDougall hasta que la cera endureció.

Después respiró hondo. No había tiempo que perder.

Bajó a toda prisa las escaleras y encontró a uno de los emisarios del clan junto al portón lateral.

—Debes llevar esto a la fortaleza de los Ferguson —ordenó, tendiéndole el sobre—. Parte ahora mismo. Es urgente, ¿me oyes?

Urgente.

El hombre asintió con solemnidad, montó a caballo y desapareció entre los árboles mientras Harper seguía su silueta con el corazón en un puño.

Cuando el sonido de los cascos se desvaneció, el peso de todo lo vivido cayó sobre ella como una ola helada.

Entró de nuevo en la fortaleza, subió las escaleras y se dirigió a su alcoba. Maeve seguía dormida en su camita junto a la ventana, respirando con esa paz que solo poseen los niños. Elora, sentada cerca, levantó la mirada al verla entrar.

—Déjanos a solas, por favor —pidió Harper con voz quebrada.

Elora obedeció sin una sola pregunta.

Harper se acercó despacio y tomó a su hija en brazos. Maeve se removió, pero enseguida volvió a acurrucarse contra su pecho, confiada, tibia, y completamente ajena al caos que envolvía a su familia.

Harper la meció, dejando que su respiración se acompasara con la de ella.

—Mi pequeña… —susurró—. Ojalá nunca conozcas el dolor que nosotras sí hemos conocido.

Un temblor le recorrió el cuerpo y sus lágrimas comenzaron a caer, silenciosas, amargas, pero inevitables.

Lloró por Emily, perdida y rota en algún lugar del bosque. Lloró por Ginevra, que pronto recibiría una verdad imposible de digerir, y también
lloró por sí misma, por la niña que fue y que jamás entendió por qué su madre la ocultaba del resto del mundo.

Y entonces, un sentimiento más oscuro se abrió paso en su interior.

Odio.

Un odio frío, antiguo, latente durante años, pero que ahora ardía con fuerza renovada.

—¿Por qué, madre? —preguntó a la nada apretando a Maeve contra ella—. ¿Por qué nos mentiste? ¿Por qué nos diste un apellido que no era el nuestro cuando siempre fuimos Campbell? ¿Por qué nos dejaste en manos del mundo sin una verdad que merecíamos?

No había respuesta. Solo el crepitar suave del fuego y la respiración tranquila de su hija.

Harper cerró los ojos y se quedó allí pensativa mientras se prometía a sí misma que jamás le haría lo mismo a su hija. Que no le ocultaría quién era y lo que era capaz de hacer. La criaría sin miedo, sin vergüenza de ser lo que era. Sin mentiras.

Capítulo 10

Escocia 1596
Dunstaffnage Castle, propiedad del clan MacDougall

La noche comenzaba a caer sobre el bosque como un manto espeso. El aire se había enfriado, y cada jinete sentía que la oscuridad dificultaba más la búsqueda. Aidan, sin embargo, no quería rendirse. Una inquietud le golpeaba el pecho, insistente, y casi dolorosa.

Algo dentro de él —ese instinto que siempre lo había guiado en la batalla y en la vida— lo obligó a tirar de las riendas y a desviarse del camino que seguían los demás guerreros. Giró entre dos pinos inclinados, avanzó unos metros, y entonces la vio.

Un bulto pequeño y oscuro, tirado en el suelo, apenas visible entre las hojas húmedas.

Aidan sintió cómo la sangre abandonaba su rostro.

Saltó del caballo antes siquiera de detenerlo y corrió hasta aquella figura.

—Emily —la voz se le quebró al pronunciar su nombre.

Ella estaba allí, tendida sobre la hierba fría. Tenía los labios amoratados, el cabello empapado, y la respiración débil. Parecía semiconsciente.

Se arrodilló junto a ella, la tomó entre sus brazos con desesperación y la estrechó contra su pecho, intentando transferirle calor con todo su cuerpo.

—Emily, estoy aquí, estoy aquí contigo —dijo, casi sin aliento.

Los párpados de ella temblaron, y apenas logró pronunciar algo, una frase desgarrada que le partió el alma.

—Aidan… yo te amaba. Te amaba de verdad…

Aidan sintió que el mundo se desmoronaba bajo sus pies.

—Yo te amo, Emily —respondió con una sinceridad brutal—. Y siempre voy a amarte. Aunque lo nuestro sea prohibido, y aunque no podamos estar juntos. Te amaré hasta el día de mi muerte. —Su voz temblaba—. Y te prometo que nunca me casaré. Jamás. No compartiré mi vida con nadie más. Será solo tu recuerdo el que me acompañe, pero por favor, por favor, ponte bien.

Emily cerró los ojos, agotada.

—¿Por qué? ¡Los odio! ¡Los odio a ambos!

—Tranquilízate. No hables más —le rogó él, sosteniéndola con una delicadeza desesperada—. Te llevaré a casa.

La levantó del suelo como si no pesara nada, la sostuvo contra su pecho y la subió a su caballo. Él montó detrás, rodeándola con ambos brazos para mantenerla firme y caliente, mientras giraba el caballo hacia el sonido lejano de los hombres.

Cuando se reunió con el grupo, la noticia corrió como un suspiro aliviado entre los guerreros.

—¡La he encontrado! —gritó Aidan con voz firme—. ¡Regresamos!

Sonaron los cuernos de llamada, y todos emprendieron el camino de vuelta con urgencia.



Cuando los jinetes aparecieron por el sendero que conducía a la fortaleza, varias antorchas se encendieron en las murallas. La alarma había corrido rápido. Harper estaba en primera línea, con el rostro descompuesto por la angustia, junto a las gemelas y varias mujeres del clan.

Al ver a Aidan descender del caballo con Emily en brazos, Harper sintió que las piernas le flaqueaban.

—¡Emily! —Corrió hacia ellos, con el corazón en un puño—. ¡Por favor, decidme que está viva!

—Está muy débil, pero está bien —respondió Aidan, entregándosela con un cuidado reverente—. Necesita calor. Y descansar.

Emily apenas miró a su hermana, se sentía débil, su cuerpo le pesaba, y no deseaba hablar. Tan solo quería desaparecer y olvidar todo aquello.

—¡Llevadla dentro, deprisa! Está helada —ordenó Harper sin perder un segundo.

Varias criadas se adelantaron y tomaron a Emily con delicadeza para ayudarla a subir a su alcoba. Dave les abrió paso a zancadas, preparando el camino. La fortaleza entera parecía contener la respiración.

En cuestión de minutos, la habitación de Emily estaba transformada: la chimenea rugía con fuerza, un baño caliente esperaba junto al biombo, y las pieles gruesas se amontonaban sobre el lecho.

Le retiraron la ropa húmeda, la metieron en la tina con agua muy caliente, y cuando el color pareció regresar a su rostro, la secaron con paños calientes y la envolvieron en mantas suaves antes de acostarla entre las sábanas tibias. Harper se tumbó a su lado, abrazándola como si quisiera retenerla en el mundo de los vivos. Verla tan devastada la asustaba, le recordó a aquella vez que tuvo que sacarla del lago.

—Tranquila, hermana —le dijo, acariciándole el cabello húmedo—. Lo superaremos. Te lo prometo. Todo va a estar bien. No voy a dejarte sola.

Ella no contestó, tan solo la observó con un dolor profundo en la mirada. La respiración de Emily comenzó a hacerse más profunda, más estable.

Harper apoyó la frente contra la de ella, algo más aliviada.

Fue entonces cuando las gemelas entraron apresuradamente en la habitación, con los ojos muy abiertos y las mejillas empapadas.

—¿Está bien, Harper? —preguntó Annie con voz quebrada—. Por favor, dinos que está bien.

Harper respiró hondo y, aunque su voz temblaba, habló con firmeza:

—Se recuperará. Pero ahora necesita descansar. Id a vuestra habitación, queridas. En cuanto despierte, os avisaré.

Ellas asintieron, sollozando, y abandonaron la alcoba sin hacer ruido.

Harper se acomodó de nuevo a su lado, rodeando los hombros de Emily con un brazo protector, como si temiera que pudiera desaparecer de nuevo.

La noche cayó por completo, silenciosa y pesada, mientras ambas hermanas dormían juntas por primera vez en mucho tiempo.



Emily despertó con la sensación cálida de estar envuelta en algo familiar. Abrió los ojos lentamente y descubrió que no estaba sola: Harper dormía pegada a ella, abrazándola como cuando eran niñas y tenían miedo de las tormentas.

Durante un instante, Emily no supo dónde estaba. Solo sintió el peso suave de una manta, el aroma a hierbas que Harper siempre llevaba en el cabello y la luz tenue que entraba por la ventana.

Se movió apenas, y ese leve gesto bastó para que Harper se removiera y abriera los ojos.

—Buenos días —dijo Harper, incorporándose lentamente—. ¿Cómo te encuentras?

Emily trató de sonreír, pero el gesto le tembló.

—Estoy bien —dijo tratando de calmarla—. Siento haberte preocupado. No quería, desaparecer así. —Bajó la mirada, avergonzada—. Pero te prometo que todo esto me ha afectado muchísimo.

Harper le tomó el rostro entre las manos con una delicadeza que solo una hermana mayor podía tener.

—Lo sé —respondió con suavidad—. Ya sé lo que ha pasado, y es terrible.

Emily la estudió un segundo, con los ojos aún vidriosos.

—¿Has leído la misiva? —preguntó con un hilo de voz.

Harper asintió lentamente.

—La he leído.

Su expresión se ensombreció.

—Madre… —tragó saliva—. Siempre ha sido tan cruel con nosotras. ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué ocultar algo así?

Emily apretó las sábanas entre los dedos.

—Siempre quise pensar que era el miedo —contestó Harper—. Que temía por nosotras. Pero ahora… ya no lo sé.

Se le quebró la voz.

—Sobreprotectora, dices. Sí, pero también una mentirosa. Y te juro por todos los santos, Harper, que intento no odiarla cada día. Pero se me hace muy difícil. Muy difícil.

Harper suspiró, con tristeza.

—A mí también. Pero intento recordar los momentos en que nos hizo felices. Que hubo muchos, Emily. Aunque ahora duelan.

Emily negó con la cabeza, respirando de manera entrecortada.

—Me ha arruinado la vida —aseguró, con lágrimas deslizándose por sus mejillas—. Mírame. Enamorada de mi propio hermano.

La palabra le quemó en la lengua.

—Harper, no lo he olvidado. En cinco años no pude. Por más que lo intenté. No entendía por qué se marchó, y ahora sí. Ahora lo entiendo. Es aberrante. Es imposible. —Se llevó las manos al rostro—. Nunca voy a poder estar con él. Somos hermanos. Tenemos la misma sangre.

Harper la abrazó con fuerza.

—Lo sé, Emily, y lo siento muchísimo. Pero debes olvidarlo.

—No voy a poder —replicó, rompiéndose—. Quiero irme. Quiero irme lejos. No volver jamás. Olvidarme de todo.

—Emily. —Harper la sujetó de los hombros, obligándola a mirarla—. Aquí te necesitamos. Yo te necesito.

Emily cerró los ojos, temblando.

—Y yo necesito olvidar. Solo eso.

Harper le acarició la mejilla con el pulgar, como hacía cuando Emily se caía de pequeña.

—Escúchame —dijo con firmeza—. Ya he escrito a Ginevra, y estoy segura de que vendrá pronto. Y entonces saldremos a buscar respuestas.

Emily frunció el ceño.

—¿A dónde? ¿Qué respuestas? El único que podía darnos algo era Evander, y está muerto.

—Iremos a la cabaña —respondió Harper sin titubear—. A la antigua cabaña donde nos criamos. La revisaremos entera. ¿Recuerdas cuántos cuadernos tenía madre? Siempre escribía. Siempre anotaba cosas. Debe haber dejado algo. Una pista. Un secreto.

Sacudió ligeramente la cabeza

Emily la miró por largo rato, luchando por sostenerse.

—Puede que tengas razón —admitió finalmente, dejándose caer sobre el hombro de su hermana—. Sí. Debemos ir.

Harper la abrazó con toda la fuerza que tenía.

—Juntas —prometió—. Lo haremos juntas

Capítulo 11

Escocia 1596
Dunstaffnage Castle, propiedad del clan MacDougall

La mañana estaba clara y fría, y los hombres Campbell ya esperaban a su joven *laird* en el patio, listos para emprender el regreso a sus tierras. Los acuerdos con los MacDougall estaban cerrados, y no había razón para permanecer ni un minuto más.

Excepto una.

Aidan sostenía las riendas de su caballo cuando, por puro instinto, levantó la mirada hacia la fortaleza.

«Emily».

Estaba en la ventana de la torre este.

Con un chal alrededor de los hombros, y el rostro algo pálido, pero seguía siendo la mujer más hermosa que había visto nunca.

Sus miradas se cruzaron por apenas un segundo. Pero ella apartó la vista enseguida, retirándose hacia la penumbra de su alcoba.

Aidan sintió algo romperse dentro de él.

No podía marcharse así. Necesitaba decirle adiós, reconfortarla.

Saltándose la etiqueta, la prudencia, e incluso la cordura, tiró de las riendas para entregar el caballo a uno de sus hombres.

—Mi *laird*, ¿partimos? —preguntó un soldado, confuso.

Aidan ya estaba cruzando el patio a grandes zancadas.

—Aguardad aquí —ordenó sin detenerse—. Regresaré en unos minutos.

Los guardias de la entrada se hicieron a un lado al verlo subir las escaleras de la fortaleza.

Sabía que era inapropiado. Sabía que no debía.
Pero no podía ignorar el impulso que lo guiaba.

Revisó la primera puerta; vacía. La segunda; un salón. La tercera; un dormitorio ajeno. Y finalmente, empujó la cuarta puerta…

Y allí estaba ella.

Emily, de pie junto a la ventana, envuelta en un camisón blanco y un chal que resbalaba por sus hombros. La luz temprana del día la bañaba entera, haciéndola parecer casi irreal.

Ella se volvió lentamente, sorprendida.

—Aidan, ¿qué haces aquí? —preguntó confundida.

Él cerró la puerta tras de sí, suavemente, y respiró hondo.

—Siento entrar así —dijo, con la voz temblorosa—. Pero tenía que verte una última vez antes de partir. ¿Estás bien?

Emily apretó el chal contra su pecho.

—Estoy… intentando asimilarlo —confesó—. Todo lo que dijiste. Lo que somos.

Aidan dio un paso hacia ella. Como si sus pies lo guiaran solos.

—Es duro —dijo él, con esfuerzo—. Llevo cinco años intentando aceptarlo. Y, aun así, no he podido.

Emily cerró los ojos un instante. Su voz salió quebrada.

—Pero ahora ambos lo sabemos. Siento que hayas tenido que cargar con este peso tú solo.

—Lo hubiera cargado eternamente con tal de evitarte este dolor que yo tengo y que me desgarra por dentro, Emily, pero merecías saberlo.

Él quedó frente a ella. Tan cerca que podía sentir el calor que emanaba de su piel.

Emily tragó saliva, con los ojos fijos en los suyos. Y entonces extendió la mano, muy despacio, hasta tomar la de él.

Un solo contacto. Y ambos se rompieron.

—Siempre voy a amarte —dijo ella, temblando—. Aunque seas mi hermano. Para mí no lo eres. Fuiste el gran amor de mi vida.

Aidan sintió que el mundo entero se le derrumbaba encima.

—Entonces… maldita sea… —susurró—. No pienso irme sin despedirme como debí hacerlo hace cinco años.

Sus manos encontraron su cintura.
La atrajeron hacia él con una desesperación contenida durante años.

Y la besó.

Fue un beso profundo, hambriento, urgente.
Un beso que ardía con la fuerza de todas las palabras que nunca pudieron decir.

Emily respondió con la misma intensidad, aferrándose a su camisa, buscando más, necesitando más.

Sus cuerpos chocaron contra la pared. El chal cayó al suelo, y el camisón tembló bajo la presión de las manos de Aidan. Los dedos de ella se enredaron en su nuca, bajaron por su cuello, por su pecho… No podía parar, y tampoco deseaba hacerlo.

El mundo desapareció, al igual que había desaparecido su cordura. Solo existía su aliento entrecortado, el temblor compartido, y la pasión prohibida que llevaba años incendiándolos desde dentro.

Aidan se separó apenas un instante, apoyando la frente en la de ella, jadeante.

—Dime que me detenga, Emily —pidió, desesperado—. Dime que me detenga porque… porque estoy perdiendo la cabeza. Porque sé que esto está mal. Sé que no debería…

Emily apoyó sus manos en su rostro, sintiendo su calor, su verdad, su amor.

—No puedo pedírtelo —confesó ella, con las lágrimas cayendo—. Yo… deseo lo mismo.

Él volvió a besarla, profundo, intenso, como si quisiera guardar su recuerdo para toda la vida.

—Solo una vez —jadeó ella—. Y después, no nos volveremos a ver.

Aidan cerró los ojos con dolor.

—No. No nos volveremos a ver.

Los besos se hicieron más lentos, más profundos, y más desesperados. Se tocaron como quien sabe que está diciendo adiós. Se abrazaron como quienes están a punto de ser arrancados el uno del otro.

Emily se apartó y lo miró de forma profunda a los ojos. Estaba dándole la oportunidad de detenerse, pero él no lo hizo, la besó de nuevo y la apretó tan fuerte contra su cuerpo que sintió que eran una sola persona.

Ella, inexperta, desanudó la cinta del cuello de su camisa, y después tiró de ella hacia arriba para exponer el cuerpo del guerrero. Era fuerte y ancho, y tan cálido que le quemó bajo las palmas de sus manos. Recorrió con sus dedos cada centímetro de su piel, deseaba sentirlo, tocarlo, aun a sabiendas de que aquello estaba mal.

¿Pero qué había de malo en que dos personas se amaran? ¿Y si nunca se hubiesen enterado de que la sangre que recorría sus cuerpos era la misma?

Aidan la miró a los ojos, y creyó leer un atisbo de duda en ellos. Aquello lo desconcertó. No podía hacerle algo tan ruin. Que un momento de placer arruinase toda su existencia era egoísta, atroz. ¿Con qué cara lo miraría después de aquello?

La apartó con sumo cuidado, acarició su rostro, y después besó su frente, mientras sentía que todo su cuerpo temblaba.

—No te haré esto, Emily. Debo detener esta locura.

□—Tú no me haces nada. Yo también lo deseo.

—No quiero que tu último recuerdo sobre mí sea que te he mancillado, y que te he hecho cometer un pecado. Te amo demasiado como para hacerlo.

Emily respiró profundo, y después se abrazó a su cuerpo con fuerza.

—Supongo que esto es un adiós.

Aidan la sostuvo entre sus brazos, respirando su aroma una última vez.

—Lo es —dijo, con la voz rota. —Siempre te amaré, Emily. Mi dulce y bella Emily.

—Y yo a ti —susurró ella—. Siempre.

Él besó su frente, se apartó con un esfuerzo desgarrador, recogió su camisa del suelo, y salió por la puerta sin volver la vista atrás.

Emily cayó al suelo, abrazando su propio pecho mientras las lágrimas la desbordaban. ¿Es que acaso la vida no se cansaba de atormentarla?

Deseó correr tras él. Pedirle que no la abandonara, que no la dejara atrás otra vez, pero entonces comprendió que era lo correcto. Que, a diferencia de la última vez, ahora lo entendía, entendía su dolor porque también era el suyo.

Capítulo 12

Escocia 1596
Dunstaffnage Castle, propiedad del clan MacDougall

Los días posteriores a la desaparición de Emily fueron extraños, como si un velo silencioso hubiese caído sobre la fortaleza. Harper observaba a su hermana con el rabillo del ojo cada vez que entraba en una habitación, temiendo que se desvaneciera de nuevo. Emily caminaba, hablaba lo justo, sonreía a Maeve cuando la pequeña levantaba los brazos para que la cargara, pero sus ojos estaban lejos, perdidos en un lugar al que nadie más tenía acceso.

Aquella mañana Harper la encontró sentada junto al fuego, con Maeve acurrucada en su regazo. La niña jugaba con los dedos de Emily, balbuceando palabras que solo ella entendía, mientras ella la mecía suavemente. Su mirada fija en las llamas dejaba claro que no estaba realmente allí. Harper sintió un nudo en el pecho.

Estaba a punto de acercarse cuando un cuerno resonó en el patio exterior. Un sonido grave, urgente, que hizo vibrar las paredes de piedra. Maeve alzó la cabeza sorprendida, y Emily, como despertando de un trance, se quedó inmóvil.

—Alguien llega —dijo Harper con un hilo de voz, pero ya lo sabía. Ese latido en el pecho, ese presentimiento que solo las hermanas comparten, le decía exactamente quién había cruzado los muros.

Se dirigieron al patio y, al salir, el corazón de Harper confirmó lo que ya adivinaba. Dos guerreros del clan Ferguson estaban desmontando de sus caballos, y justo detrás, sobre un caballo tordo, descendía una figura envuelta en una capa azul, con su cabello rojizo en mechones húmedos por los bordes.

Ginevra.

Harper sintió que las rodillas le fallaban. Emily se quedó petrificada, con los labios entreabiertos como si no supiera si correr, gritar o llorar. Pero fue Ginevra quien rompió la distancia. Apenas tocó el suelo, se soltó la capa y cruzó el patio corriendo hasta ellas. El impacto del abrazo derribó cualquier contención que quedara entre las tres.

No lloraron por la alegría del reencuentro, sino por el peso insoportable de la verdad que las unía. Harper tembló entre los brazos de sus hermanas. Emily apretó los ojos con fuerza, ahogando un sollozo que llevaba días resistiéndose a liberar. Y Ginevra, siempre la más firme, fue la que se quebró primero, hundiendo el rostro entre los hombros de ellas.

Cuando por fin se separaron, Dave MacDougall apareció para recibirla con respeto y cordialidad, invitándolas al interior. Todo se movió con suavidad, como si el castillo entero entendiera la fragilidad emocional de aquellas tres mujeres. Prepararon un almuerzo sencillo en la cocina: pan caliente, estofado, un poco de vino para templar el cuerpo. Se sentaron juntas en torno a la mesa de madera, igual que cuando eran niñas alrededor del fuego de la cabaña, pero nada tenía ya la inocencia de entonces.

Ginevra extrajo la misiva que Harper le había enviado. Sus dedos la acariciaban como si temiera que se deshiciera entre ellos.

—Leí tu carta en cuanto llegó —dijo con voz ronca—. Dejé todo atrás. Tuve que partir sin Arthur, pues estaba en las tierras de los Grahan, no podía esperar ni un día más, y los niños los dejé con su nana, no podía traerlos a este viaje.

Harper tocó la misiva sobre la mesa, con sumo cuidado, como si en vez de un simple papel fuese un arma muy afilada.

—No puede ser real —expresó, negando con la cabeza una y otra vez—. No… no tiene sentido.

Emily levantó la mirada por primera vez desde que se sentaron. Sus ojos azules parecían vidriosos, cansados, demasiado mayores para una joven.

—Lo es —dijo con un tono apagado—. Es real. Y nos ha destrozado la vida a todas.

Harper apretó los labios, conteniendo la rabia y el dolor. Desde que lo sabía no paraba de preguntarse cómo una madre podía haber callado algo así. Cómo Fenella había podido mentirles durante tantos años.

—Debemos ir a la cabaña —anunció Harper—. Hoy mismo, antes de que anochezca. Si hay respuestas, estarán allí.

Ginevra asintió sin pensarlo.

Emily respiró hondo, pero asintió también.

—He dado órdenes para preparar todo —dijo Harper—. Saldremos de inmediato.

Capítulo 13

Escocia, 1596
Tierras del clan Campbell

El viaje hasta la vieja cabaña se hizo en silencio. Las tres hermanas cabalgaban juntas en cabeza: Harper a la izquierda, Ginevra en el centro, y Emily a la derecha. Detrás de ellas, a prudente distancia, marchaban Dave y dos guerreros MacDougall, respetando el espacio que comprendían sagrado, pues aquel no era un viaje cualquiera.

Era un regreso. Un retorno al origen de todo.

El bosque parecía más denso que en su memoria, y a cada avance, los árboles se estrechaban como si quisieran impedirles el paso. La luz del sol del atardecer se filtraba entre las copas y convertía el sendero en una mezcla de sombras y resplandores dorados. Emily sintió un escalofrío. El aire olía igual que entonces: humedad, musgo, raíces, madera vieja… para ella, en ese momento, fue imposible no sentirse en casa, en su hogar.

Cuando doblaron la última curva del sendero, allí apareció la cabaña.

Durante un momento, ninguna de las tres respiró. Harper tiró suavemente de las riendas; Ginevra cerró los ojos con fuerza, como si hubiera recibido un golpe; Emily sintió las lágrimas acumularse sin permiso en sus pestañas.

Nunca la recordaron tan pequeña y tan frágil.
Tan perdida en medio de aquel bosque inmenso.

La chimenea estaba derruida por un lado, la madera ennegrecida por la lluvia de tantos inviernos y el techo hundido ligeramente en una esquina. Y aun así, estaba allí. Intacta en esencia. El lugar donde habían nacido, crecido, amado a su madre… e incluso la habían despedido.

Dave frenó a distancia, entendiendo que ese último tramo lo recorrerían solas. La decisión de avanzar juntas fue tácita. No dijeron ni una palabra. Solo caminaron con pasos firmes sobre la tierra que un día habían cavado con sus propias manos.

Cuando cruzaron el umbral, un suspiro se escapó de Emily. Todo estaba igual.

Capa tras capa de polvo cubría los muebles, los tarros de arcilla, las viejas hierbas secas enredadas entre sí, las mantas endurecidas por el tiempo. El hogar, frío y apagado, aún conservaba la forma del último fuego que habían encendido la noche que su madre murió.

Ginevra se llevó una mano al pecho.
Harper apretó los labios hasta casi hacerse daño.

Emily simplemente avanzó hasta la cama donde su madre había exhalado su último aliento. Pasó los dedos por el borde del colchón, dejando un rastro limpio en el polvo. Y entonces no pudo contenerse más. Las lágrimas descendieron silenciosas, como si la cabaña estuviera reclamando cada recuerdo, cada miedo, cada despedida.

—¿Cómo pudimos vivir aquí? —preguntó Harper, con su voz temblando ligeramente—. Es tan diminuta y aislada.

—Y aun así fue nuestro hogar —respondió Ginevra, con una nostalgia tan profunda que parecía dolerle respirar.

Se pusieron manos a la obra, removiendo cada arcón, cada tabla suelta, cada tarro. Buscaron en la chimenea, bajo el jergón,

entre las vigas del techo. Emily revisó el arcón de su madre una y otra vez, esperando encontrar algo oculto entre las costuras.

Nada.

Ni una nota. Ni una pista.

Ni una marca que explicara la verdad que ahora pesaba sobre sus vidas.

—¡No puede ser! —exclamó Emily con desesperación—. Ella siempre escribía todo. Tiene que haber dejado algo.

—Quizá usó magia para ocultarlo —dijo Harper, aunque sonaba más a esperanza que a certeza.

Emily las miró con una mezcla de súplica y urgencia.

—Intentadlo. Intentad ver lo que pasó aquí. Quizá… quizá la tierra aún recuerde.

Ginevra y Harper intercambiaron una mirada tensa.

—Emily, no funciona así —dijo la mayor con suavidad—. No siempre podemos controlar las visiones. No son un conjuro.

—Intentadlo —insistió Emily con lágrimas nuevas—. Por favor.

Ambas cerraron los ojos. Ginevra posó la mano sobre la mesa donde su madre solía preparar ungüentos. Harper sobre la daga que había heredado. Pero solo encontraron silencio. Oscuridad.

Nada.

Ginevra abrió los ojos con frustración.

Harper negó con la cabeza.

Emily se dejó caer en un taburete, vacía.

El fracaso fue un peso adicional en sus pechos cuando salieron de la cabaña y se encaminaron al lugar donde habían enterrado a su madre. El bosque guardaba un silencio casi reverencial. El roble que daba cobijo a la tumba de Fenella seguía igual de imponente, con sus raíces enormes hundiéndose en la tierra como brazos protectores.

Las tres hermanas se detuvieron frente al montículo de tierra. Por un momento ninguna habló; simplemente respiraron hondo, como si el aire del bosque les costara entrar.

Ginevra fue la primera en inclinarse. Después, casi de manera instintiva, Harper se arrodilló a su lado. Emily tardó un segundo más,

pero al verlas allí, juntas, sus rodillas cedieron y se unió a ellas en silencio.

La tierra estaba fría bajo sus manos, pero muy viva.

Fue entonces cuando ocurrió lo inesperado.

Un fogonazo. Un tirón en el pecho.

Un sonido como una respiración profunda que no pertenecía a ninguna de ellas.

El mundo desapareció.

La visión se desplegó ante las mujeres como si el bosque hubiera abierto un portal en el tiempo.

Fenella apareció joven. Mucho más joven de lo que la recordaban. Su cabello castaño ondeaba libre, y sus mejillas estaban encendidas por la risa. Frente a ella, de pie a las puertas de la fortaleza Campbell, estaba Evander. Alto, fuerte, y con los ojos brillantes de un hombre enamorado.

Se abrazaban como dos amantes sin miedo.

Como dos personas que creían que el mundo entero podía detenerse si ellos lo deseaban.

—Debes saber algo —dijo Fenella con voz temblorosa—. Algo que… quizá no entiendas.

Evander la tomó del rostro con ambas manos.

—No hay nada que no pueda entender si viene de tus labios.

Ella cerró los ojos.

—Evander… tengo magia. Soy hija de un linaje antiguo.

Él dio un paso atrás. Pequeño, pero letal.

—¿Magia?

Su rostro se quebró. No de odio. De miedo.

—Me lo prometiste —susurró ella, retrocediendo también—. Prometiste que no te importaría quién era yo.

—Te amo, Fenella, pero los hombres, los clanes. Si alguien se entera, si alguien te ve hacer cualquier cosa… No puedo renunciar a mi esposa por una bruja. Sería mi sentencia de muerte.

El silencio se llenó de un abismo.

Fenella bajó la mirada.

—Entonces debo irme.

Lo siguiente fue un desgarro. Ella abandonó el patio corriendo, envuelta en lágrimas, y la visión la siguió atravesando senderos, aldeas, y noches sin dormir. Dejó caer su capa, su dignidad, y su nombre. Vagó con el corazón roto, sin rumbo.

Hasta que una mañana, con el rostro demacrado y las manos en el vientre, comprendió la verdad.

Estaba en cinta.

El mundo se volvió pequeño y terrible. Pero volvió.

Volvió a él.

Llegó a la fortaleza Campbell como un espectro, temblando, sucia, rota. Los guardias quisieron echarla, pero Evander apareció. Y al verla, su mirada cambió. Seguía amándola.

Fenella apenas murmuró:

—Estoy encinta, Evander.

Él no dudó. No la rechazó.

—No puedo abandonarte —dijo, llevándose una mano al rostro, desbordado—. Te conseguiré un hogar. Lejos de miradas. No dejaré que te hagan daño.

La visión los llevó hasta la cabaña recién levantada. Él la acompañó, le dejó alimentos, pieles, promesas.

Y luego…

La oscuridad se tragó la imagen.

Las hermanas abrieron los ojos al mismo tiempo, jadeando. La tierra seguía bajo sus manos.
Pero el mundo había cambiado.

Emily rompió a llorar de forma desgarradora.

—Fue nuestro padre. Realmente lo fue.

Ginevra la abrazó antes de que pudiera terminar.

Harper también.

Las tres, unidas como hacía años no lo estaban, lloraron sobre la tumba de su madre.

Fenella había sufrido tanto…

Emily pensó que aquel también sería su sino; sufrir por amor, pues ahora estaba segura de que Aidan era su hermano, y aquello la destrozaba.



Las hermanas ya habían comenzado a preparar los caballos. Deseaban marcharse cuanto antes. Olvidar todo aquello, y dejarlo atrás como si se tratase de un mal recuerdo. El bosque estaba en silencio, como si también contuviera el aliento tras la visión que les había mostrado la historia de sus padres.

Emily apenas podía sostenerse en pie.

La verdad la había atravesado con la fuerza de un rayo: Evander era su padre. Ella era una Campbell. Y Aidan… Aidan era su hermano.

Ese pensamiento le oprimía el pecho con una crudeza insoportable. Había amado a un hombre que no podía amar. Había construido sueños con él. Había entregado su alma a algo prohibido, a algo que jamás podría tener.

Harper se acercó a colocarle una mano en la espalda, pero Emily apenas reaccionó.

Tenía la mirada perdida. Vacía, y rota.

—Vámonos ya —dijo Ginevra con suavidad—. No podemos quedarnos aquí más tiempo.

Emily asintió débilmente y dio un paso hacia su caballo.

Entonces escuchó algo. Una voz.

Una voz clara como agua, y dulce como un susurro.

«Está debajo de la cama».

Emily se quedó inmóvil. Parpadeó, y

miró a su alrededor confundida. Los árboles no se habían movido. Sus hermanas estaban ya subidas en sus monturas, y Dave hablaba en voz baja con los guerreros.

Pero la voz regresó, más definida, más insistente.

«Debajo de la cama, Emily. Entra».

El corazón le dio un vuelco tan poderoso que casi le hizo perder el equilibrio.

Esa voz… esa voz era de ella.

De su madre.

Sin pensarlo, se giró hacia la cabaña.

—Emily, ¿qué ocurre? —preguntó Harper, frunciendo el ceño.

—Nada, es solo que olvidé algo —respondió ella con voz hueca.

Y antes de que pudieran detenerla, se adentró de nuevo en la cabaña.

La luz oblicua de la tarde entraba por la ventana rota y bañaba el interior con un toque dorado. El aire estaba quieto, pesado, como si esperara. Emily avanzó hacia la cama, aquella donde su madre había pronunciado sus últimas palabras.

La cama estaba torcida, con una pata rota.

Emily se arrodilló y metió las manos por debajo, sin éxito. Entonces la voz regresó, con ternura, como si guiara a una niña pequeña.

«Muévela, cielo.»

Emily tragó saliva y, con todas sus fuerzas, empujó la estructura hacia un lado. La madera chirrió mientras rasgaba el suelo.

Fue entonces cuando pudo fijarse en algo.

Unos tablones mal colocados, y ligeramente levantados.

—Vamos… —se dijo, presa de una mezcla de esperanza y miedo.

Buscó un palo entre los restos de la chimenea y lo usó como palanca. La tabla cedió con un crujido. Y debajo, envueltos en un trozo de tela ya amarillenta, descansaban varios sobres.

Cartas.

Docenas de ellas, y junto a ellas el escudo de un clan que no reconoció.

Su respiración se quebró mientras metía la mano y tomaba una al azar. El sobre estaba dirigido a Fenella, y la fecha parecía mucho más antigua que la de la visión que acababan de tener. La tinta, aunque desvanecida, aún se leía.

Abrió la carta con manos temblorosas.

Y cuando comenzó a leer, sintió que el mundo entero se detenía.

Lo siento, mi querida Fenella.

Te amo, y siempre te he amado.

No podré pedir tu mano, ni tampoco podremos estar juntos.

Mi hermano ha fallecido, y ahora soy yo quien debe ocupar su puesto como nuevo laird*.*

Sabes que él estaba casado con Mavis, y que ha dejado un hijo. Un recién nacido, con apenas veinte días de vida.

Debo casarme con su esposa y criar a ese niño. A Aidan.

Siento lo nuestro. Siento cualquier daño que pudiera haberte causado.

Pero solo tú has sido mi alegría, mi verdadero amor.

Ojalá pudiera desafiar al mundo por ti.

Evander MacDougall.

Emily dejó caer la carta al suelo.

Luego cayó ella también, de rodillas, incapaz de respirar, y con un sollozo rasgando su pecho.

Aidan no era su hermano. Aidan no era hijo de Evander. Aidan era el hijo legítimo del hermano mayor del *laird* Campbell.

El hijo al que Evander había criado como suyo.

Emily apretó la carta contra su pecho, riendo y llorando al mismo tiempo. Una oleada de alivio, de incredulidad, de esperanza feroz la atravesó por completo.

—¡Aidan no es mi hermano! —exclamó entre lágrimas—. ¡No lo es!

Corrió fuera de la cabaña con el corazón retumbando como un tambor de guerra.

—¡Harper! ¡Ginny! —gritó, agitando la carta con desesperación, con alegría, con algo nuevo que le iluminaba el rostro—. ¡Mirad! ¡Mirad lo que he encontrado!

Harper la atrapó por los hombros, asustada y confundida mientras Emily le entregaba el papel.

Ginevra se acercó y leyó por encima del hombro de su hermana.

Sus rostros se transformaron.

—Emily… —la nombró Ginevra, tomándole el rostro entre las manos—. Es cierto que no podías casarte con un hermano. Pero con un primo sí puedes.

El corazón de Emily latió tan rápido que pensó que se desmayaría.

El aire volvió a entrar en sus pulmones.

El mundo volvió a tener color. Y la esperanza, esa esperanza que creía enterrada, renació con una fuerza que la hizo temblar.

—Tenemos que ir a buscarlo —dijo Harper, decidida—. Él debe saberlo. Y debemos aclararlo todo.

Emily no podía hablar, solo asentía mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas, esta vez sin sombra alguna de tristeza.

Dave, al verlas regresar al claro con tanta emoción, supo que algo había cambiado.

Las tres hermanas subieron a sus caballos.

Emily sostenía la carta como si fuera un tesoro, como si fuera su propia vida.

—Vamos al castillo Campbell —dijo Ginevra con voz firme, y la voz de una mujer que ha tomado una decisión inquebrantable—. Esto debe resolverse hoy mismo. —Después se dirigió a su esposo—. Te lo explicaré todo por el camino, no podemos perder tiempo.

Dave se limitó a asentir, y rápidamente subió a su montura.



Cuando cruzaron el arco de entrada al castillo Campbell, Emily sintió que algo no encajaba. No era solo el bullicio: era el caos. Guerreros iban y venían cargando armas, algunos con heridas visibles; otros gritaban órdenes que se perdían entre los pasos apresurados. Había tensión en el aire, una tensión que raspaba la piel como hielo.

Dave levantó la mano para detenerlas.

—Quedaos en vuestras monturas —ordenó con gravedad—. Algo ha sucedido.

Las hermanas asintieron, inquietas. Emily sintió cómo su corazón empezaba a latir desbocado, como si ya presintiera la desgracia.

En ese momento vieron a Gordon, el capitán de los guerreros de los Campbell, con el rostro cubierto de sangre seca y una brecha abierta en la frente, repartiendo instrucciones a varios hombres del

clan. Caminaba tambaleante, pero seguía al mando, como si ni siquiera el dolor pudiera apartarlo de sus deberes.

Dave bajó del caballo de un salto y se acercó a él con paso firme.

—Gordon —lo llamó—. ¿Qué demonios ha ocurrido? ¿Está todo bien por aquí?

El guerrero levantó la cabeza, y una mezcla de alivio y urgencia cruzó su mirada.

—Nos atacaron —dijo jadeante—. Salimos para visitar una aldea cercana. Varios de los arrendatarios se quejaron por el robo continuo del ganado.

Harper soltó un pequeño grito ahogado. Emily sintió que la sangre abandonaba su rostro.

—¿Quiénes? ¿Quién os atacó? —exigió saber Dave.

Gordon apretó los dientes, como si nombrarlos le repugnara.

—Los MacLaed.

La palabra cayó como una piedra en el silencio.

—¿Y Aidan? —preguntó Dave con la voz tensa.

Gordon tragó saliva. Miró a Dave, y luego a Emily, solo un instante, pero suficiente para que su corazón se detuviera.

—Lo han secuestrado.

Emily sintió que el mundo se le iba de las manos. Se llevó una mano a la boca y apenas pudo contener un sollozo.

—No… no —susurró—. No…

—Quieren un rescate por él —continuó Gordon—. Y tierras. Muchas tierras. Saben de nuestra reunión con los clanes aliados. Saben que los hemos sentenciado. Y por eso han tomado a Aidan. Quieren negociar utilizando su vida.

Dave maldijo en voz baja.

—Desgraciados… —gruñó.

Gordon asintió con gravedad.

—Todavía no sabemos a dónde lo han llevado. Pero no les queda mucho para mandar sus condiciones definitivas. Tienen prisa, y eso no es buena señal.

—Movilizaremos a todos los clanes —dijo Dave sin dudar—. No dejaremos que lo maten. Ni que los MacLaed ganen un solo

palmo de tierra.

Entonces miró a Emily. Y su expresión cambió.

—Emily… lo encontraremos. Te lo prometo.

Pero ella no podía oírlo. No realmente. Sus pensamientos eran solo un remolino de terror:

«Justo ahora. Ahora que por fin podía tenerlo. Ahora que soy libre para amarlo».

Bajó de su montura y sintió que las piernas le temblaron. Habría caído al suelo si Harper, que también había desmontado, no la hubiese sujetado.

—Emily, mírame —le dijo Harper con firmeza—. No te pongas en lo peor. Vamos a traerlo de vuelta.

Emily asintió débilmente, aunque no estaba segura de creerlo.

Gordon hizo un gesto hacia el interior.

—Dave, ven conmigo. Necesitamos redactar las misivas ya. Hay que avisar a los Fraser, a los MacKinnon, a los MacRae, a todos. Cuantos más guerreros podamos reunir, más posibilidades tendremos. Si esperamos, estará perdido.

Dave tomó aire profundamente y asintió.

—Vamos.

Antes de alejarse, se volvió hacia las hermanas.

—Entrad. No podéis quedaros aquí fuera. Os avisaré cuando partamos.

Guiadas por Elora y varios criados, las hermanas entraron en la fortaleza, aún en estado de conmoción. Emily caminaba como si no tocara el suelo, como si todo fuera un sueño terrible del que no podía despertar.

Mientras, en el despacho, Dave y Gordon desplegaban pergaminos, sacaban los sellos y la tinta sobre la mesa. Dave redactaba a un ritmo frenético, mientras que Gordon le dictaba nombres, lugares y advertencias.

—Los MacLaed han hecho su jugada —dijo Gordon—. Ahora nos toca a nosotros hacer la nuestra.

—Y esta vez —respondió Dave sin levantar la mirada—, no dejaremos ni uno en pie.

En la estancia contigua, Emily apoyó la frente en la pared fría, temblando.

«Aidan, aguanta. Por favor, aguanta. Voy a encontrarte. No importa lo que cueste».

Cerró los ojos con fuerza, intentando apartar el miedo, pero el miedo no se iba. Entonces se concentró en él. En su rostro. En su voz.

En la forma en que la había besado días atrás como si la vida dependiera de ello.

Y de pronto, algo se abrió dentro de ella, como una puerta que llevaba demasiado tiempo cerrada.

Sintió un tirón en el pecho,

y un fogonazo detrás de los ojos.

Y después… oscuridad.

Luego lo vio.

A Aidan. Atado a un árbol.

Tenía la cabeza ladeada y llena de sangre seca sobre la sien. Su cuerpo estaba rendido, y sostenido por las cuerdas que le mordían las muñecas.

Respiraba, pero muy débilmente.

El aire que lo rodeaba era frío y húmedo. El suelo, cubierto de hojas oscuras. Y el bosque —aquel bosque desconocido—, parecía observarlo como un animal hambriento.

Emily quiso acercarse, tocarlo, liberarlo.

Pero la visión se rompió como cristal, despedazándose en un chasquido invisible.

Abrió los ojos de golpe.

Y el mundo volvió a estar allí, pero ella se desplomó de rodillas, llorando con una desesperación que desgarraba.

—¡Emily! —Harper fue la primera en acercarse, agarrándola de los hombros—. ¿Qué ha pasado?

Ginevra llegó un segundo después, palideciendo al ver el rostro desencajado de su hermana menor.

Emily intentó hablar, pero solo un sollozo rasgado salió de su garganta. Se llevó las manos al rostro, temblando, hasta que por fin logró articular palabra.

—Lo he visto… —dijo con voz rota—. A Aidan. He conseguido verlo.

Harper y Ginevra se miraron entre sí, tensas.

—¿En una visión? —preguntó Harper, arrodillándose frente a ella.

Emily asintió débilmente.

—Sí, pero no sé dónde está. —Un nuevo sollozo la sacudió—. Solo he visto un bosque. Él estaba atado y malherido, casi inconsciente. No había nadie más. Estaba tan pálido, Harper. Creo que puede morir si no lo encontramos.

Ginevra le tomó las manos con fuerza, tratando de transmitirle estabilidad.

—Emily, escucha —dijo con una calma que apenas lograba sostener—. Si lo has visto significa que está vivo. Todavía está vivo.

—Pero no sé dónde buscar —lloró ella—. Podría ser cualquier bosque, en cualquier parte. No sé qué hacer.

Harper la abrazó con desesperación, como si pudiera protegerla del dolor que la atravesaba.

—Vamos a encontrarlo, ¿me oyes? —le aseguró contra su cabello—. Juro que no dejaremos que muera ahí fuera. Si tu don te ha mostrado su rostro, también podrá mostrarnos el lugar. Solo tenemos que pensarlo con claridad, trabajar juntas.

Emily negó con la cabeza, hundida en la impotencia.

—No sé cómo controlar esto. No sé cómo volver a verlo.

—Sí puedes. Acabas de hacerlo —dijo Ginevra, poniéndose también de rodillas—. Y te ayudaremos. No dejaremos que cargues con esto sola.

Emily respiró temblorosa, aferrándose al vestido de Ginevra como cuando era niña, y después asintió.

—Vamos, piensa en él de nuevo. Visualízalo. —insistió Ginevra.

Emily cerró los ojos con fuerza, y trató de recordar cada línea de su rostro, el color de sus ojos, de su piel, de su pelo, pero cuando más concentrada estaba, alguien entró a la estancia causando un gran alboroto.

Emily se sobresaltó, perdiendo el hilo de la concentración, y el mundo interior que había estado a punto de abrirse dentro de ella se cerró como un portazo. El aire se tensó de inmediato.

Brìgh Campbell entró la primera, con el mentón alto y la espalda rígida, vestida con telas ricas y joyas ostentosas que hablaban más de ambición que de buen gusto. A su lado avanzaba Mavis, más pálida, más contenida, pero con esa misma rigidez orgullosa que Emily recordaba demasiado bien. Brìgh ya no era una muchacha: estaba casada ahora con un *laird* del clan Kerrick, un hombre con tierras discretas, pero con suficiente nombre como para sentirse importante.

—¿Se puede saber qué demonios haces tú aquí? —escupió Brìgh, clavando los ojos en Emily con desprecio—. ¿Quién te ha permitido entrar en esta estancia?

Emily aún estaba de rodillas. Harper se incorporó de inmediato, y Ginevra se adelantó un paso, alerta.

—Modere su lengua señora —dijo Harper con frialdad mientras la miraba con furia.

Brìgh soltó una risa amarga.

—¿Y tú quién eres para darme órdenes? —preguntó, recorriéndolas con la mirada—. ¿Quién os ha dejado entrar aquí? —añadió, dirigiéndose a Ginevra—. Y con esta sirvienta.

Y señaló a Emily con el dedo, sin disimulo.

El gesto encendió algo antiguo y peligroso en el pecho de Emily.

—Explícamelo —insistió Brìgh—. Porque no me creo que estés aquí por casualidad. —Sus labios se curvaron con crueldad—. ¿O has venido porque aún sigues enamorada de mi hermano? ¿Recuerdas cuando te abandonó? Cuando te dejó tirada como lo que eras.

Harper dio un paso al frente, furiosa.

—¡Basta!

Pero fue Emily quien se movió.

Se puso en pie lentamente, sintiendo cómo algo se ordenaba dentro de ella. Cinco años atrás habría bajado la cabeza. Habría huido, pero ahora no lo haría.

El sonido del golpe resonó seco en la estancia.

La bofetada giró el rostro de Brìgh con violencia, y durante un segundo nadie respiró.

—A partir de ahora —dijo Emily, con la voz firme, temblorosa solo por la intensidad—, me vas a respetar. No soy una sirvienta.

Brìgh se llevó la mano a la mejilla, atónita.

—Soy Emily —continuó—. Hija de Fenella.

El nombre cayó como una maldición.

Mavis abrió los ojos de par en par, y dio un paso atrás, como si el suelo se hubiera vuelto inestable bajo sus pies.

Emily lo vio. Lo entendió en ese instante.

—Lo sabías —susurró, avanzando hacia ella—. Sabías quién era mi madre, ¿verdad?

—Yo… yo no sé nada —balbuceó Mavis, bajando la mirada.

Emily negó despacio.

—Mientes. —Su voz era un hilo afilado—. Sabías de nosotras. De las tres hijas que tuvo con tu marido. Con el *laird* Evander Campbell.

—¡Mi marido no tuvo hijas con nadie! —exclamó Mavis, demasiado rápido.

—No mientas —intervino Emily—. Somos Campbell. Y tú lo sabías. Contribuiste a que nos mantuvieran apartadas. A que no creciéramos con nuestro padre. —Sus ojos ardían—. Eres una mala persona, Mavis. Y ha llegado el momento de que se lo digas a tu hija.

Brìgh miraba de una a otra, completamente descolocada.

—¿De qué está hablando? —preguntó, con la voz rota—. ¿Madre?

—No les hagas caso —dijo Mavis, desesperada—. Son mentirosas. Igual que lo era su madre.

—No lo somos —replicó Harper, avanzando con calma—. Tenemos pruebas.

Ginevra sacó entonces la carta. La extendió sin temblar.

Mavis la agarró con brusquedad y comenzó a leer. A medida que avanzaba, su respiración se volvió errática. Cuando terminó, arrugó el pergamino entre los dedos y lanzó un grito desgarrado.

—¡Mentira! ¡Todo es mentira! —chilló—. ¡Yo soy la única esposa de Evander! ¡Brìgh es su única hija!

—Es la letra de tu marido —dijo Emily, con una tristeza inmensa—. De nuestro padre. Y el sello es el suyo. ¿Ahora también dirás que él mentía?

Brìgh se volvió hacia su madre, temblando.

—Madre… mírame. Dime la verdad. —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¿Es cierto lo que dicen?

Mavis no pudo sostenerle la mirada.

—Díselo —intervino Ginevra con dureza—. Y dile también cómo fue. Tu primer marido no era Evander, sino su hermano mayor. Con él tuviste un hijo: Aidan. Cuando murió, cuando Aidan apenas tenía veinte días de vida, te casaste con Evander. Y después nació Brìgh.

El silencio fue insoportable.

—Madre… —suplicó Brìgh—. Por favor.

Mavis cerró los ojos.

Asintió.

—Es cierto —dijo al fin, rota—. Es cierto, hija. Lo siento.

Y sin soportar más, abrió la puerta y salió corriendo, ahogada en sollozos.

Brìgh la siguió, tambaleándose, sin mirar atrás.

La puerta se cerró de un fuerte golpe y las tres hermanas se quedaron solas en la estancia. Harper se agachó y recogió la carta del suelo, y con cuidado la aplanó todo lo que pudo. Después se la entregó a Emily, y esta la cogió con manos temblorosas.

—Debes guardarla tú. Cuando regrese Aidan la necesitarás para explicarle todo esto.

Emily asintió con los ojos empañados.

—Debo salir a tomar el aire, perdonadme, hermanas.

Fue lo único que dijo antes de abandonar la estancia y perderse entre los pasillos de la gran fortaleza Campbell.

Capítulo 14

Escocia, 1596
Tierras del clan Campbell

Emily necesitaba distancia antes de que la rabia, la confusión y ese parentesco imposible terminaran por ahogarla. Salió al exterior y se apoyó en la balaustrada de piedra, clavando las manos en el mármol frío mientras el viento le golpeaba el rostro. Miró el horizonte sin verlo realmente, con el pecho subiendo y bajando de forma irregular.

Entonces la escuchó.

No fue un sonido externo, sino algo que se formó dentro de su cabeza con una claridad aterradora.

*«Recupera tu grimoire»***.**

Harper se tensó por completo.

—No… —se dijo—. No puede ser.

Reconocía esa voz. La había escuchado mil veces en su infancia, en las noches de fiebre, en los días de aprendizaje, en los momentos en que el miedo apretaba demasiado fuerte. Era la voz de su madre.

Cerró los ojos con fuerza.

—Estás muerta —afirmó—. Esto no es real.

Por un instante pensó que su mente le estaba jugando una mala pasada, que el peso de todo lo pasado la había empujado al límite. Pero la voz regresó, más urgente, y más dura.

«Emi, busca el libro. No hay tiempo. Va a morir».

El corazón de Emily dio un vuelco brutal.

—¿Quién? —jadeó—. ¿Quién va a morir?

La respuesta no llegó con palabras, pero un nombre se formó solo en su pensamiento, como una herida abierta.

«Aidan».

—No… —negó, con un hilo de voz—. Esto no es posible. Estás muerta, madre. No puedes…

La voz no vaciló.

«¡Ve!».

Fue una orden.

Y Emily obedeció.

Echó a correr sin pensar, dejando atrás la fortaleza, cruzando el límite del jardín y adentrándose en el bosque como si algo la guiara. Sus pies conocían aquel terreno mejor de lo que su mente era capaz de recordar. Atravesó tramos de espesura, raíces traicioneras y senderos apenas visibles, hasta que el bosque se abrió en un claro que reconoció de inmediato.

Cuatro pinos enormes se alzaban allí, viejos y solemnes, como guardianes.

El recuerdo la golpeó con fuerza.

Cayó de rodillas y comenzó a cavar con las manos, sin importarle el dolor ni las uñas rotas. La tierra estaba compacta, húmeda. Buscó un palo, y empezó a hurgar con desesperación en el punto exacto que su memoria le dictaba. No encontró nada.

—No… no está aquí —se dijo, con el aliento entrecortado.

Se desplazó un poco más a la izquierda y volvió a cavar, más hondo, con una furia casi salvaje. El sudor le corría por la espalda cuando, de pronto, el palo chocó contra algo duro.

Se detuvo.

Volvió a golpear, esta vez con cuidado.

Allí estaba.

Sus manos temblaron al apartar la tierra y descubrir el paquete envuelto con esmero en varias capas de piel curtida y encerada, tratadas con grasa animal y resina de pino para repeler la humedad.

Emily lo sacó con reverencia.

El libro apenas estaba dañado.

El *grimoire* que le entregó su madre antes de morir.

Lo sostuvo entre las manos como si fuera algo vivo. Como si el latido de su madre aún habitara entre aquellas páginas. Lo abrió despacio, con respeto, y con miedo.

Nunca lo había leído, no había sido capaz, y por eso decidió enterrarlo.

Las hojas olían a hierbas secas y a humo antiguo. Allí estaban escritos remedios para fiebres imposibles, ungüentos para heridas que no cerraban, e infusiones para fortalecer el espíritu. Conjuros de atracción y de protección, palabras para alejar la desgracia, para romper maldiciones, para sellar juramentos. También había otros más oscuros, trazos que hablaban de odio, de ruptura, de castigos que exigían un precio alto.

Pasó las páginas con rapidez creciente, hasta que se detuvo.

Había tres escritos separados.

Uno para cada hermana.

Buscó el suyo y contuvo la respiración por un momento antes de comenzar a leer:

Emily, mi pequeña Emy.

Eres la más poderosa de las tres, aunque aún no lo sabes. En ti viven varios dones: el de ver lo que aún no ha sucedido, el de hablar con los espíritus que caminan entre velos, y el de sanar más allá de las manos y las hierbas.

Por eso te dejo lo más importante que poseo: mi grimoire. Con él podrás hacer cualquier cosa que te propongas, incluso aquello que parece impensable. La vida y la muerte escuchan a quien sabe nombrarlas.

Eres inteligente, fuerte y compasiva. Confío en que sabrás usar este poder con sabiduría, aunque el precio sea alto.

Te quiero más de lo que las palabras pueden contener.
Tu madre.

Emily se quedó por un momento paralizada. ¿Hablar con los espíritus? ¿Acaso era lo que había estado haciendo con su madre? Si podía hacerlo era porque ella no había trascendido, o al menos eso era lo que había deducido tras leer sus palabras. Puede que se hubiese quedado por ellas. Puede que su madre ya viera su futuro y que supiese que la necesitaría.

Emily pasó las páginas del *grimoire* con manos temblorosas, buscando algo que pudiese ayudarla, leyendo y descartando, dejando que las palabras antiguas le hablaran directamente al pecho. Había conjuros demasiado oscuros, otros que exigían sacrificios de animales que no estaba dispuesta a ofrecer, y algunos cuya escritura parecía advertir más que prometer. Hasta que se fijó en uno.

Era sencillo.

Una infusión destinada a hallar al ser amado. No mostraba el camino con claridad inmediata, pero habría un vínculo. Un hilo invisible entre corazones que ya estaban unidos. La condición era clara: debía prepararse con intención pura, y jamás en soledad.

Emily cerró el libro con decisión. No dudó más.

Regresó a la fortaleza Campbell a toda prisa, con el *grimoire* oculto bajo el manto. El patio hervía de actividad: hombres ajustando correajes, afilando hojas, revisando monturas. El aire olía a hierro, a nervios y a guerra. Allí estaban Harper y Ginevra, junto a Dave y varios guerreros, hablando en voz baja mientras ultimaban la partida.

—Harper, Ginevra —las llamó Emily, con urgencia—. Necesito hablar con vosotras. Ahora.

Algo en su tono hizo que ambas se giraran de inmediato. No preguntaron. Simplemente asintieron.

Se apartaron hacia uno de los laterales, y allí Emily habló deprisa, con el corazón golpeándole las costillas. Les contó de la voz de su madre, de cómo la había hecho recuperar su *grimoire,* y de lo

que había leído entre sus páginas. No ocultó el miedo ni la esperanza.

—Creo que puedo encontrar a Aidan —dijo al final, con la voz firme pese al temblor—. Pero necesito plantas. Y necesito ir a la cocina. Ya.

Ginevra y Harper se miraron un segundo. No hubo duda alguna en sus ojos.

—Entonces vamos —respondió Ginevra.

Se movieron con discreción. Dave las vio marcharse, pero cuando alzó una ceja, Ginevra le dedicó una sonrisa breve y cargada de significado. Él no hizo preguntas. Nunca las hacía cuando se trataba de ellas.

La cocina estaba caldeada, llena del olor del pan reciente y del fuego vivo. Apenas cruzaron el umbral cuando una muchacha regordeta, de mejillas sonrosadas y manos fuertes, se acercó a ellas.

—¿Puedo ayudar en algo…? —empezó a decir, y entonces se quedó inmóvil—. ¿Emily?

—¡Elsie! —sonrió Emily, antes de que ambas se abrazaran con fuerza.

Se habían echado de menos más de lo que ninguna quiso admitir. Pero no había tiempo para recuerdos.

—Necesito tu ayuda —dijo Emily con suavidad—. Tengo que preparar algo. Ahora mismo.

Elsie asintió sin dudar.

—Dime qué necesitas.

Emily le recitó los nombres de las plantas con cuidado, algunas comunes, otras tan raras que Elsie frunció el ceño.

—De estas tenemos —dijo—. Las otras no.

—Yo iré a buscarlas al bosque, las conozco bien —intervino Harper, ya dirigiéndose hacia la puerta—. No tardaré.

Mientras tanto, Emily y Ginevra comenzaron a trabajar. Encendieron una olla con agua clara, añadieron las hojas, raíces y flores siguiendo al pie de la letra las instrucciones del libro. Elsie observaba con atención, sin preguntar, ayudando cuando se lo pedían.

Al poco, Harper regresó con las manos llenas de hierbas. Las añadieron al preparado y esperaron. Cuando el agua comenzó a hervir, Emily retiró la olla del fuego de inmediato.

—Esto ya está listo —aseguró.

Repartió el líquido oscuro y aromático en tres vasos de barro.

—Esto no funcionará si no estamos unidas —les explicó—. Tenemos que sentir lo mismo. Pensar lo mismo. Quererlo con la misma fuerza.

Se sentaron las tres frente a la chimenea, en el suelo de piedra caliente. El fuego crepitaba, iluminando sus rostros. Se cogieron de las manos.

Elsie, confusa y fascinada, se quedó a un lado, observando sin comprender del todo, pero incapaz de apartar la mirada.

Emily cerró los ojos.

—Pensad en él —les pidió—. En Aidan. En su voz. En su rostro. En que sigue vivo.

Bebieron.

El líquido descendió por sus gargantas como un hilo ardiente y antiguo. El mundo pareció detenerse. El fuego crepitó más alto. El aire se volvió denso, cargado.

Las manos de las tres hermanas se apretaron con fuerza.

Y entonces… la visión llegó.

El mundo se deshizo a su alrededor.

Ya no estaban en la cocina, ni frente al fuego. El calor desapareció y fue sustituido por un frío húmedo, denso, que se les metía en los huesos. Las tres seguían cogidas de las manos, pero ahora estaban en otro lugar.

Aidan apareció ante ellas.

Estaba atado a un árbol grueso, con las muñecas sujetas por cuerdas ásperas y los brazos tensos por el peso de su propio cuerpo. Tenía el rostro magullado, la ropa rota, y la cabeza ladeada en un ángulo antinatural. Respiraba, pero apenas. A su alrededor, antorchas clavadas en la tierra iluminaban un campamento amplio y salvaje: tiendas de piel, estandartes oscuros, hombres armados que reían y bebían como si la guerra fuera una celebración.

—Los MacLaed… —susurró Harper, y las hermanas pudieron oírla. Aunque ninguna sabía cómo aquello podía ser posible.

La visión avanzó, como empujada por una fuerza implacable.

El bosque tembló con un estruendo lejano. Cuernos de guerra. Gritos. Los colores de los Campbell irrumpieron entre los árboles, seguidos muy de cerca por los Fraser, el primer clan en acudir a la llamada. El choque fue brutal. Acero contra acero. Sangre sobre la hierba. El aire se llenó de humo, de alaridos, de muerte.

Emily intentó apartar la mirada, pero no pudo.

En medio del caos, un guerrero de los MacLaed se separó de la refriega. Caminó despacio hacia Aidan, con una calma aterradora. Sacó su daga.

—¡No! —gritó Emily, pero su voz no existía allí.

El acero brilló una sola vez.

Y la vida se apagó en los ojos de Aidan.

La visión se quebró con violencia y las hermanas salieron como despedidas hacia atrás, atravesando árboles, senderos, y colinas conocidas. El mundo giró, y se aceleró, hasta que el bosque se abrió de pronto, y apareció un lago.

Con las aguas oscuras, profundas, e inmóviles. El mismo al que Emily se había arrojado años atrás. El mismo que conocía cada palmo de su orilla, cada roca, cada sombra.

—Ahí… —jadeó—. Ahí está.

Entonces el aire cambió.

Una presencia antigua, envolvente, las rodeó como un susurro entre hojas. La voz surgió de todas partes y de ninguna.

La voz de su madre.

«Si los hombres llegan primero, él morirá».

Harper sintió cómo el corazón se le detenía.

«Debéis ocuparos vosotras. Solo vosotras».

Emily tembló.

«Harper, debe retrasarlos. Es la única forma».

La visión se disipó como humo al viento.

Las tres hermanas regresaron casi al mismo tiempo.

El fuego seguía crepitando en la chimenea, pero durante unos segundos ninguna de las tres fue consciente de ello.

Elsie seguía allí de pie, en silencio, observando fascinada todo lo que allí estaba ocurriendo, siendo una testigo silenciosa de algo que se escapaba de su comprensión.

Emily fue la primera en sentir su propio cuerpo de nuevo. El frío del suelo bajo las palmas de las manos, el sabor amargo del brebaje aún pegado al paladar, el temblor involuntario que le recorría los brazos. Había abierto los ojos con un jadeo brusco, como si hubiera estado sumergida bajo el agua demasiado tiempo, y se llevó una mano al pecho, buscando aire.

Harper despertó casi al mismo tiempo, con el rostro pálido y los ojos muy abiertos, clavados en un punto invisible frente a ella. Durante un instante no pareció reconocer dónde estaba. Luego tragó saliva con dificultad, como si intentara forzar las palabras a salir de su garganta.

Ginevra fue la última en reaccionar. Sus dedos seguían aferrados a los de sus hermanas cuando abrió los ojos, despacio, con una calma que no encajaba con el temblor que sacudía su cuerpo. Retiró las manos con cuidado, como si temiera romper algo frágil, y se llevó ambas al rostro.

—Lo han matado… —dijo Emily con la voz quebrada, y negando con la cabeza—. En la visión, lo mataban.

Harper cerró los ojos con fuerza. Las imágenes aún seguían vivas en su mente: la daga, la sangre, el cuerpo de Aidan vencido contra el árbol.

—Si llegan primero —aseguró—. Si los hombres atacan antes…

Ginevra levantó la cabeza entonces. Su mirada había cambiado.

—Morirá —completó—. La visión ha sido clara. Pero podemos evitarlo.

Emily se incorporó lentamente, con movimientos torpes, como si su cuerpo pesara el doble. Caminó unos pasos sin rumbo y se detuvo junto a la mesa, apoyándose en ella para no caer.

—El lago —dijo de pronto—. ¿Lo habéis visto? El lago.

Harper asintió.

—El mismo —confirmó—. El de tu salto.

No era una imagen al azar. No era simbólica. Era un lugar real.

Entonces el aire cambió.

No fue un sonido, ni una visión nueva, sino una presión sutil, un peso antiguo que las envolvió. Ginevra fue la primera en sentirlo; se irguió, tensa, como si alguien hubiera pronunciado su nombre en silencio.

Emily palideció.

—¿La habéis oído? —preguntó, con un hilo de voz.

Harper no respondió enseguida. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Sí —dijo al fin—. A nuestra madre.

Las palabras no parecían suficientes para describirlo. No era una voz como las otras, sino algo más profundo, como si surgiera desde dentro de ellas mismas.

«Si los hombres llegan primero, él morirá».

Emily se llevó una mano a la boca, conteniendo un sollozo.

«Debéis ir vosotras».

Ginevra cerró los ojos, aceptando la sentencia incluso antes de comprenderla del todo.

«Solo vosotras».

Harper sintió cómo la responsabilidad caía sobre sus hombros con una claridad aterradora.

—Yo debo quedarme —dijo en voz alta, aunque nadie se lo hubiera pedido—. Yo debo retrasarlos.

Emily se giró hacia ella, alarmada.

—Harper…

—Es la única forma —replicó con firmeza—. Si parten ahora, la visión se cumplirá.

Ginevra avanzó un paso, colocándose junto a Emily.

—Entonces nosotras iremos —dijo—. Juntas.

Emily la miró, con los ojos brillantes de lágrimas y agradecimiento. Después, sin perder tiempo, se giró hacia la mesa y abrió el *grimoire* con manos temblorosas, pasando páginas a toda prisa, como si las palabras le hablaran directamente. Se detuvo de pronto.

—Aquí —dijo—. Hay un tónico. Temporal. Le dará fuerzas. Las suficientes para huir, y para montar.

Harper asintió sin preguntar.

—Hazlo.

Emily ya estaba trabajando, midiendo, triturando, murmurando palabras que no parecían del todo suyas. El tiempo se volvió extraño, denso, como si cada segundo pesara el doble.

Cuando el brebaje estuvo listo, Emily lo observó un instante, consciente de lo que significaba.

—Estamos listas —dijo en voz baja—, no regresaremos sin él.

Ginevra se acercó y la tomó del rostro con ambas manos, y le dio un tierno beso sobre la frente, después su mirada de forma involuntaria se posó sobre el libro que todavía estaba abierto en la página del tónico.

—Emily, ¿has leído esta advertencia? —Ginevra cogió el libro y leyó en voz alta y clara—: he aquí tan solo una advertencia. La persona que ingiera el brebaje perderá la memoria.

—Lo he leído, Ginny. ¿Y aun así se lo darás? —preguntó incrédula.

—Lo haré. Prefiero que viva.

—Pero puede que no te recuerde. —Se adelantó Harper con el rostro compungido.

—Todo hechizo tiene su consecuencia, y yo estoy dispuesta a pagar por ello. Quiero que viva. Lo amo demasiado.

Ginevra asintió mientras sus lágrimas se derramaban. Harper la abrazó con fuerza unos segundos.

—Es la hora —dijo finalmente Emily mientras se deshacía con cuidado del abrazo de su hermana.



Minutos después, Ginevra y Emily cruzaban el patio casi corriendo, con las faldas recogidas y el pulso desbocado. El sonido de las herraduras, de las voces de los hombres y del metal chocando entre sí llenaba el aire, pero para ellas todo parecía distante, amortiguado, como si el mundo hubiera decidido apartarse de su camino.

Las caballerizas estaban en plena agitación. Quedaban pocos animales. La mayoría de ellos ya estaban ensillados, sudorosos, nerviosos, y preparados para una guerra que aún no había comenzado.

Harper no dudó. Se dirigió a un castaño de cuello ancho y mirada inquieta, uno de los más fuertes que quedaban. Le pasó la mano por el costado con gesto experto y, en un movimiento rápido, comprobó cincha y riendas antes de montarlo de un salto. El animal resopló, impaciente.

Emily fue a hacer lo mismo cuando sus ojos se detuvieron de golpe.

Allí estaba Freyja. Ensillada y atada junto a la entrada de las caballerizas, apartada del resto, como si nadie se hubiera atrevido a tocarla. Su pelaje castaño brillaba tenuemente a la luz que entraba desde el exterior, y al alzar la cabeza, sus ojos oscuros se encontraron con los de Emily.

Fue como un reconocimiento inmediato.

Emily sintió un nudo en la garganta. Dio un paso hacia ella sin pensarlo, como si su cuerpo supiera antes que su mente lo que debía hacer.

—Freyja, pequeña —le habló bajito.

Desató la cuerda con manos firmes, aunque el corazón le latía con violencia. Apoyó la frente un instante en el cuello cálido de la yegua, respirando su olor familiar, dejando que ese contacto la anclara.

—Vamos, chica —le dijo—. Te necesito.

Freyja resopló suavemente, como si entendiera.

Emily montó con un movimiento decidido. Al enderezarse sobre la silla, la certeza la atravesó como un relámpago, no había duda: aquella yegua no era una elección al azar. Era parte del camino.

Harper la miró un segundo, sin decir nada, y asintió.

Tres caballos partieron al galope.

Las herraduras golpearon la tierra húmeda del camino, y en cuestión de instantes se perdieron entre los árboles, tragadas por el bosque antes de que nadie pudiera detenerlas, antes de que nadie pudiera siquiera preguntar adónde iban.

Mientras tanto, al otro lado del patio, Harper avanzaba con paso rápido, esquivando hombres y estandartes hasta dar con Dave. Los guerreros ya se organizaban; los Fraser alzaban la voz, impacientes por partir.

—Dave —lo llamó, tomándolo del brazo y obligándolo a girarse—. Aún no pueden salir.

Él frunció el ceño al instante.

—¿Qué ocurre? —replicó—. Cada minuto cuenta.

Harper sostuvo su mirada, y en sus ojos no había duda, ni miedo, solo una gravedad absoluta.

—Es vida o muerte. Si parten ahora, Aidan morirá.

Dave se quedó inmóvil.

—¿Has tenido una visión?

Ella asintió.

A Dave no hizo falta nada más para creerla. En el pasado Harper siempre había acertado con sus visiones, su propia vida le hubiera sido arrebatada por su primo Finn, si ella misma no lo hubiese evitado. Confiaba en su esposa, y la amaba a partes iguales.

Dave respiró hondo y se irguió.

—Entonces los detendré —dijo con firmeza—. Aunque protesten. Aunque no lo entiendan.

Y así lo hizo.

Ganó tiempo para las hermanas.

Capítulo 15

Escocia 1596

El lago apareció ante ellas como un espejo oscuro, silencioso, casi inmóvil. La noche estaba cayendo con rapidez, y ese manto de sombras era ahora su mejor aliado.

Emily y Ginevra desmontaron a cierta distancia, sin intercambiar palabra. Llevaron a los caballos entre los árboles, internándose lo justo para que no pudieran verse desde el claro, y ataron las riendas con cuidado. Freyja resopló suavemente, pero Emily apoyó la mano en su cuello y la calmó con un susurro.

—Tranquila, preciosa —le dijo—. Debes esperarme aquí.

Se envolvieron bien en las capas y alzaron las capuchas, ocultando los rostros. El frío comenzaba a calar, pero ninguna de las dos lo sintió. Sus sentidos estaban tensos, en alerta, y afilados por la urgencia.

Avanzaron agachadas, con pasos lentos y calculados, hasta alcanzar unos arbustos desde los que podían observar el campamento.

Allí estaba.

Aidan.

Atado a un árbol y con el cuerpo vencido hacia un lado. Incluso desde aquella distancia, Emily pudo ver la sangre oscura en su sien, las marcas de las cuerdas en las muñecas y la rigidez antinatural de su postura. El corazón se le encogió con violencia.

Un hombre lo vigilaba de cerca, apoyado en una lanza. Más atrás, varios soldados bebían alrededor de una hoguera improvisada. Reían y brindaban relajados, convencidos de su victoria.

—Se sienten seguros —susurró Ginevra—. Demasiado.

Esperaron.

El vigilante terminó por girarse, llamado por una jarra que le ofrecían. Dudó un instante, pero después de observar a su prisionero, se alejó, dejándolo solo. Aidan no se movió. Parecía inconsciente. Para ellos, ya no suponía una amenaza.

Ese fue el momento.

Emily no pensó. Su cuerpo se movió antes que su mente. Salieron de entre los arbustos y corrieron los últimos pasos hasta él, pegadas a las sombras.

Cuando Emily lo tocó por primera vez, el mundo se detuvo.

Sus dedos temblaron al rozar su mejilla fría. Aquella sensación fue una mezcla insoportable de alivio y dolor. Estaba vivo. Pero tan frágil, y tan desvalido que el pecho se le rompió.

—Estoy aquí —dijo en voz baja, incapaz de contenerse.

Le dio un beso rápido en la frente, casi un roce, y enseguida sacó el pequeño frasco de la alforja. Con cuidado, le separó los labios y vertió el ungüento. Aidan tragó débilmente, apenas consciente.

—Vamos… —suplicó—. Por favor…

Pasaron unos segundos eternos.

Y entonces, Aidan respiró más hondo.

Parpadeó, y sus ojos se abrieron, desorientados.

—¿Dónde…? —las palabras salieron con dificultad de su boca—. ¿Dónde estoy?

—Te han secuestrado —contestó Ginevra con urgencia—. Los MacLaed. Hemos venido a sacarte de aquí. Ahora no hagas ruido.

Él intentó enfocar la vista, confuso. Miró a Ginevra, y luego a Emily.

—¿Quién eres tú? —le preguntó a ella.

Las palabras fueron como un cuchillo.

Emily sintió cómo algo se le quebraba por dentro, pero no lloró. No podía.

—Eso no importa —respondió con firmeza—. Te lo explicaré después. Si nos quedamos, te matarán. Vamos.

Con mucho esfuerzo, lograron desatarlo. Aidan apenas podía sostenerse. Tenía el cuerpo entumecido, rígido, y cada movimiento parecía costarle una eternidad. Se apoyó en los hombros de ambas, con un brazo sobre cada una, y comenzaron a avanzar.

Paso a paso.

Lento, pero sin detenerse.

El campamento quedó atrás. La hoguera seguía crepitando. Nadie se dio cuenta.

Cuando por fin alcanzaron los caballos Emily sintió que las fuerzas comenzaban a abandonarla. Era ahora o nunca.

Intentaron ayudar a Aidan a montar, pero él no podía levantar la pierna. Su cuerpo era demasiado pesado, demasiado grande para ellas en aquel estado.

—No puedo —aseguró él, frustrado.

Emily miró a Freyja, desesperada.

—Por favor… —le dijo en voz baja—. Por favor, tenemos que irnos.

Entonces ocurrió.

Freyja se adelantó un paso, y se inclinó como en una reverencia.

No fue movimiento brusco, ni mucho menos torpe. Fue lento, casi deliberado, como si comprendiera exactamente lo que necesitaban. Bajó el cuerpo lo suficiente para que Aidan pudiera apoyarse y subir con ayuda mínima.

Emily contuvo la respiración.

—Eres increíble, preciosa —le dijo, con un nudo en la garganta.

Aidan consiguió montar.

Emily subió al otro caballo de un salto, tomó las riendas de Freyja y unió un ramal para guiarla. Ginevra se colocó al otro lado, vigilando el entorno.

Sin mirar atrás, se pusieron en marcha, y el bosque las engulló de nuevo.



Ya estaban cerca de la fortaleza Campbell cuando Emily sintió que algo había cambiado.

No fue un sonido concreto al principio, sino una presión incómoda en el pecho, esa certeza que llega antes que los sentidos cuando el peligro se acerca. El aire parecía más denso, más cortante, y los cascos de los caballos resonaban demasiado fuerte entre los troncos, como si el bosque amplificara cada error.

Ginevra cabalgaba a su lado, recta, concentrada, con la capa oscura pegada a la espalda. Freyja avanzaba unos pasos por detrás, firme, segura, sosteniendo a Aidan con una fortaleza que parecía imposible para un animal. Él permanecía inclinado hacia delante, con los dedos aferrados a la crin, consciente, pero exhausto.

Emily miró atrás, y entonces se fijó en unas luces.
Antorchas que se balanceaban entre los árboles.
Sombras que se movían con rapidez, demasiado ordenadas y numerosas como para ser casualidad.

—Nos siguen —dijo, con la voz quebrada.

Ginevra no respondió con palabras. Se inclinó sobre la montura y apremió el paso, guiando el caballo hacia un sendero más estrecho, uno que conocía bien y que obligaba a avanzar en fila. El bosque se cerró a su alrededor, con ramas bajas que le golpeaban los hombros, y raíces traicioneras intentando hacerles perder el equilibrio.

Detrás, los MacLaed gritaban órdenes.
No estaban lejos; sino todo lo contrario, estaban demasiado cerca.

Emily volvió la cabeza una vez más.

Freyja galopaba con una determinación sobrecogedora. Su paso era estable, poderoso, casi protector. No parecía cargar con un hombre herido; parecía llevarlo a casa. Aidan mantenía los ojos abiertos, respirando con dificultad, pero consciente de cada sacudida, de cada metro ganado o perdido.

—¡Aguanta! —le chilló Emily—. Ya casi estamos.

Una flecha pasó silbando entre los árboles y se perdió en la oscuridad. Otra se clavó en el suelo a pocos pasos del caballo de Ginevra. El miedo ya no era abstracto; tenía forma, sonido y filo.

Y entonces, justo cuando la persecución se volvía insostenible, el bosque se abrió de golpe.

Ante ellas apareció un claro y desde el extremo opuesto surgieron jinetes al galope.

Los estandartes ondeando, las voces firmes, y los caballos avanzando como una ola imparable les devolvieron la esperanza de inmediato.

—¡Los Campbell! —gritó Ginevra, con un nudo en la garganta.

Y junto a ellos, los Fraser.

La carga fue inmediata. Brutal. Los MacLaed tiraron de las riendas con violencia, sorprendidos, algunos intentando reorganizarse, otros retrocediendo sin orden. El choque de acero y cuerpos llenó el aire de gritos y relinchos.

—¡Emily! —bramó Ginevra—. Debemos seguir adelante. Ponerlo a salvo.

Emily no dudó. Giró a Freyja con cuidado, tiró del ramal y condujo a la yegua hacia el sendero de salida. No era el momento de mirar atrás. No era el momento de pensar en nada salvo en sobrevivir.

A lo lejos, Dave luchaba como un vendaval, abriéndose paso entre los enemigos. Cuando vio a Ginevra retirarse junto con Emily y Aidan, alzó la espada en señal de aprobación.

Después se giró hacia su esposa, que estaba a unos pocos metros de él, y que también los había divisado.

—¡Vuelve al castillo! —le gritó Dave entre el estruendo del combate—. ¡Regresa con tus hermanas!

Harper asintió de inmediato, tirando de las riendas para obedecerle. Sabía que era lo correcto. Pero justo cuando iba a girar, algo en su interior se tensó. Un destello. Un movimiento fuera de lugar.

Un enemigo avanzaba entre la confusión, silencioso, decidido, y con una lanza alzada a la espalda de su esposo. Dave no lo había visto. Estaba demasiado concentrado, demasiado expuesto, luchando por todos ellos.

El mundo se redujo a un solo punto.

Harper no pensó. No dudó.

Ni siquiera respiró.

Tensó el arco con un gesto fluido, instintivo, como si su cuerpo recordara algo que siempre había estado allí. Apuntó sin apartar la mirada de la amenaza y soltó la flecha.

El impacto fue seco.

La lanza cayó al suelo antes que el hombre, atravesado de parte a parte, sin llegar siquiera a comprender lo que había ocurrido.

Dave se volvió en ese instante.

Y durante un latido entero, el combate dejó de existir para él.

La vio allí, erguida sobre la montura, con el arco aún en alto, el cabello agitado por el movimiento, y los ojos encendidos.
Era tan hermosa como letal, y era suya.

Una sonrisa lenta, feroz y cargada de un orgullo casi reverencial se abrió paso en su rostro, como si aquella visión lo hubiera golpeado más fuerte que cualquier espada.

Se miraron por un momento que no necesitó de palabras, y después Dave le sonrió fugazmente antes de volver a la lucha.

Harper tiró de las riendas y clavó los estribos. El animal salió a galope por el mismo camino que lo habían hecho sus hermanas. Todavía tenía el corazón acelerado por lo sucedido, pero también un alivio que la reconfortó. Dave estaba bien, y eso para ella lo era todo.

Capítulo 16

Escocia 1596
Tierras del clan Campbell

Las puertas del castillo Campbell se abrieron de par en par cuando las vieron llegar. Había antorchas alzadas, voces que se cruzaban y pasos apresurados sobre la piedra. Emily apenas registró nada de eso. Todo su mundo era el peso inestable de Aidan sobre Freyja, su respiración irregular y el modo en que se aferraba a la montura como si soltarla significara desaparecer.

Mavis fue la primera en avanzar. Llevaba el rostro pálido, pero firme, y tenía la compostura de una mujer acostumbrada a sostener un clan incluso cuando el miedo amenazaba con quebrarla. A su lado, Brìgh observaba la escena con el ceño fruncido, la mandíbula tensa y los ojos clavados en Emily con una mezcla de resentimiento y desconfianza.

—Gracias —dijo Mavis con voz grave, dirigiéndose a las hermanas—. Gracias por traerlo de vuelta.

Emily no respondió al agradecimiento. Bajó de la montura con torpeza y se acercó de inmediato a Aidan, apoyando una mano en su pecho.

—Aunque esté consciente, está muy mal —advirtió con urgencia—. El tónico que le he administrado no durará mucho. Pronto perderá el conocimiento. Necesita un lecho caliente y un médico. Ahora.

Mavis no dudó.

—¡Ramsay! —llamó con autoridad—. ¡Rápido!

El viejo mayordomo apareció casi de inmediato, seguido por dos sirvientes más. Entre todos bajaron a Aidan con cuidado, sujetándolo como si fuera de cristal. Él apenas reaccionó. Tenía los ojos entreabiertos, y el cuerpo prácticamente rendido.

—Llevadlo a sus estancias —ordenó Mavis—. Preparad el fuego. Y avisad al médico.

Emily subió tras ellos sin pensarlo, con Ginevra a un lado. Brìgh los siguió, silenciosa, observando cada gesto de Emily como si buscara algo que confirmar.

En la habitación, una vez acostado, Aidan respiró con algo más de calma. El calor comenzaba a devolverle un leve color al rostro. Mavis se giró entonces hacia las mujeres.

—Ya me ocupo yo —dijo con firmeza—. Podéis marcharos. Quiero estar a solas con mi hijo.

Emily dio un paso adelante, con el pulso acelerado.

—No —dijo sin elevar la voz, pero con una determinación que sorprendió a todos—. No me iré. Sé cómo atenderlo hasta que llegue el médico. En cuanto esté aquí, me marcharé. Lo juro. Pero no antes.

Mavis la estudió durante unos segundos que parecieron eternos. Al final, asintió.

—Muy bien. Pero solo hasta que llegue el médico.

Emily se acercó de nuevo a la cama. Aidan abrió los ojos despacio y la miró como si intentara enfocar el mundo.

—¿Cómo… cómo se llama, señorita? —preguntó con voz ronca.

El corazón de Emily se quebró en silencio.

—Emily —respondió suavemente.

Brìgh dio un paso al frente, incrédula.

—¿No sabes quién es? —exclamó—. ¿De verdad no la recuerdas?

Aidan frunció el ceño, confuso.

—No, no lo creo.

Emily se giró entonces hacia Mavis, sin apartarse de la cama.

—Ha perdido la memoria —confesó—. Al menos en parte.

Brìgh soltó una risa amarga.

—Yo te diré quién es, hermano —escupió—. Es una criada. Eso es lo que es.

Emily se giró despacio. Se acercó a Brìgh hasta quedar a un palmo de ella, con los ojos encendidos de rabia, y bajó la voz hasta convertirla en un susurro afilado.

—Ten cuidado con lo que dices, Brìgh. Lo quieras o no, somos hermanas. Y el que no es tu hermano… es él.

Brìgh palideció, pero Emily no le dio tiempo a responder.

—Ahora basta —continuó—. Debe recuperarse. No voy a montar un espectáculo aquí.

—Entonces vete —replicó Brìgh, furiosa—. Esta no es tu casa.

—He dicho que me iré cuando llegue el médico.

En ese instante, la puerta se abrió y el médico entró con paso apresurado. Emily dejó escapar el aire que llevaba reteniendo desde que habían cruzado el arco del castillo.

Ginevra se acercó y le tomó el brazo con suavidad.

—Vamos, hermana. —Tiró de ella—. Es mejor irnos ahora.

Harper apareció entonces en el umbral, todavía con la tensión de la batalla marcada en el rostro. Se acercó a Emily y, sin decir nada, le apoyó una mano en la espalda.

Emily miró una última vez a Aidan. Él la observaba, confuso.

Se dio la vuelta y salió con sus hermanas, dejando atrás un pedacito de su corazón. No deseaba irse. No deseaba abandonarlo, pero no podía hacer otra cosa. Ahora Aidan no la reconocía. Ya no era nadie para él, y saber aquello le partió el alma. Pero se consoló con pensar en que había podido salvarlo. Estaba vivo. Aunque… ¿a qué precio? El precio era que había renunciado a su felicidad.

Capítulo 17

Escocia 1596
Tierras del clan Campbell

La batalla había terminado antes de que el cansancio lograra imponerse al estruendo de la sangre y el acero. Los MacLaed fueron arrasados; su amenaza, extinguida junto con el miedo que habían sembrado durante años entre los clanes del norte. Algunos huyeron para no volver jamás. Otros quedaron atrás, pagando con la vida su ambición. Al amanecer, sus tierras ya no les pertenecían. Serían repartidas entre los clanes aliados y, llegado el momento, entregadas al rey para forjar una nueva alianza que asegurara la paz.

El alba sorprendió a Emily en el patio de armas.

Tenía las manos manchadas de sangre seca y los ojos ardientes por la falta de sueño. Tanto ella como sus hermanas habían pasado la noche atendiendo a los heridos, llevando agua, limpiando cortes, sosteniendo cabezas febriles mientras los hombres

deliraban entre la vida y la muerte. Por fortuna, las bajas habían sido pocas. La victoria había sido dura, pero no devastadora.

Cuando Mavis apareció en el patio, envuelta en un manto oscuro, su rostro estaba agotado, pero firme. Se detuvo ante Emily, Harper y Ginevra, y por primera vez desde que las conocía, inclinó la cabeza.

—Habéis salvado la vida de mi hijo —dijo con voz queda—. Nunca olvidaré eso y estoy agradecida por ello. Las puertas de mi hogar siempre estarán abiertas para vosotras.

Ellas asintieron, pero solo Ginevra habló.

—Lo que importa ahora es que Aidan se recupere y estoy segura de que será así.

—Lo hará. Él es fuerte —afirmó de forma contundente, y después se volvió hacia Dave MacDougall.

—Quedaos cuanto necesitéis. Mis sirvientes prepararán comida y descanso para vuestros hombres.

Dave se lo agradeció con respeto, aunque dejó claro que, una vez recuperadas las fuerzas, tanto los MacDougall como los Fraser regresarían a sus tierras. Los MacKinnon, finalmente, no habían acudido; su número hacía innecesarios más refuerzos, y la decisión se había tomado a última hora.

El bullicio volvió a crecer en el patio, pero Emily se apartó de él. Necesitaba aire. Necesitaba silencio.

Rodeó la fortaleza por la parte trasera y entonces vio a Brìgh. Estaba sentada sobre un banco de piedra, con el rostro hundido entre las manos. Lloraba en silencio.

Emily dudó un instante antes de acercarse.

—¿Estás bien? —preguntó con cautela.

Brìgh se sobresaltó y alzó la mirada, con los ojos enrojecidos.

—No —respondió con franqueza—. No lo estoy. Mi hermano lleva inconsciente desde ayer. Tengo miedo de que no despierte —su voz se quebró—. Y si no lo hace… ¿qué será de este clan? ¿De mi madre?

Emily la observó con atención. Por primera vez, no vio a la mujer arrogante y cruel, sino a alguien aterrorizado.

—Tu esposo es un hombre poderoso —dijo con suavidad—. Podría hacerse cargo de esto.

Brìgh negó con la cabeza de inmediato.

—No es lo que quiero. Mi esposo tiene dinero, sí, pero es un hombre sencillo. Vivimos apartados, en el campo. Somos felices. Yo no quiero esta vida. No quiero ocuparme de clanes ni de guerras. No soy como mi madre.

Aquellas palabras hicieron que Emily la mirara de otro modo. Brìgh de pronto parecía distinta.

—Tu hermano se recuperará —dijo finalmente—. Es fuerte.

Durante un segundo, algo parecido a la compasión cruzó el rostro de Emily.

—No lo hagas —la cortó Brìgh con brusquedad.

—¿Qué?

—No sientas lástima por mí. Nunca la sentiré por ti. —Endureció la expresión—. Te sigo odiando. Solo nos une el miedo de que mi hermano no despierte.

Emily asintió despacio.

—Lo entiendo.

—Nunca seremos hermanas —añadió Brìgh con frialdad—. ¿Eso lo entiendes también?

—Yo ya tengo hermanas, Brìgh —respondió Emily sin titubear—. Harper y Ginevra. No te necesito.

—Bien —respiró hondo—. Entonces seamos claras. No heredarás nada de mi padre.

Emily sostuvo su mirada.

—Nunca he tenido nada de él. Y no lo deseo ahora.

Brìgh apretó los labios.

—Y lo que querías tampoco lo tendrás.

Emily bajó la vista al suelo.

—¿Te refieres a Aidan? —preguntó al fin.

—Sí. —confesó Brìgh con un hilo de voz—. Por suerte, él se ha olvidado de ti. —Alzó el mentón—. Es lo mejor. Nunca debisteis estar juntos.

El silencio se tensó entre ambas.

Las palabras de Brìgh le dolieron, pero no porque las pronunciara para lastimarla, sino porque en parte eran ciertas. Aidan no volvería a recordarla. No recordaría lo que tuvieron. El amor tan grande que sintieron el uno por el otro.

—¿Por qué me odias tanto, Brìgh? Jamás te he hecho nada.

—Porque representabas todo lo que yo nunca sería. Llegaste con tu belleza deslumbrante, tu sencillez, y esa libertad que yo tanto añoraba…

—¿Me envidiabas?

—Puede que un poco. Pero lo peor era ver cómo él siempre te defendía. Me regañaba cada vez que te trataba mal, siempre lo hacía. Y yo no entendía el por qué. Solo eras una criada. Entonces encontré esas malditas cartas. —Brígh se puso de pie y apretó la mandíbula con fuerza tratando de retener sus emociones.

—¿Qué cartas? —Emily no daba crédito a lo que Brìgh estaba confesando.

—Las que se escribieron durante tantos años. ¡Tu madre y mi padre!

—¿Sabías que era tu hermana?

—No exactamente. Sabía de vuestra existencia, y sabía vuestros nombres, y por eso pude intuirlo. Después me fijé bien en tu rostro. La misma nariz que padre, e incluso su misma sonrisa. Eras la traición personificada para atormentarme, la prueba viviente de la infidelidad hacia mi madre.

—Entonces eres consciente de que yo no sabía nada. No puedes culparme a mí y a mis hermanas por lo que hizo nuestro padre. Yo ya he pagado por ello. He vivido toda mi vida aislada del mundo, lejos de todo y de todos.

—¡Me hubiera cambiado por ti sin pensarlo! —le gritó—. Yo nunca era suficiente. Siempre deseaba más de mí. Que fuese más educada, más dulce, más culta… y luego llegaste tú. Y te miraba diferente. Tú ni siquiera te dabas cuenta. Estabas demasiado enfadada con el mundo como para verlo, pero yo sí lo veía. —Brìgh no pudo aguantar las lágrimas—. Te miraba como si fueses un milagro, Emily. Como si el mundo comenzase y acabase contigo. ¿Cómo no podía odiarte?

Brìgh se dejó caer en el banco completamente devastada, mientras que Emily la miraba incrédula.

—Lo siento… —consiguió decir al fin—. No deseaba hacerte daño, pero no era consciente de lo que estaba pasando.

—¡Cállate! Incluso ahora tienes que ser perfecta. La dulce y perfecta Emily. Después de como te he tratado, todavía te quedas aquí de pie frente a mí, y te disculpas por haberme hecho sentir mal.

—Porque, a diferencia de ti, yo no te odio, Brìgh. Quiero creer que dentro de ti se esconde algo bueno.

—Pues no hay nada bueno en mí. Siento tener que decepcionarte. Sigo odiándote, porque además de robarme a mi padre, también quisiste robarme a mi hermano. Al único que me veía como era. Al único que siempre me ha querido de verdad.

—Me enamoré perdidamente de él —se explicó.

—Lo sé, ¿cómo no hacerlo? Él no se parece en nada a mi padre. Él es mucho mejor. —Brìgh agachó la mirada y se observó las manos—. También sabía lo de tus… talentos.

Emily abrió mucho los ojos.

—¿Lo sabías? Podrías haberte deshecho de mí todo este tiempo. Solo debías acusarme de brujería. Acudir a la iglesia y ahora estaría muerta.

—Solo yo tengo el derecho a atormentarte —Brìgh se levantó y se acercó hasta ella—. Tú lo salvaste, ¿verdad? ¿Cómo lo encontraste? ¿Cómo lo trajiste con vida hasta aquí? El médico dijo que era imposible que hubiese conseguido estar despierto tanto tiempo con la inflamación que tenía en la cabeza. ¿Qué le hiciste?

—Tuve que darle un tónico. Sin él no habría podido traerlo con vida.

—¿Y eso borró parte de su memoria?

—Sí. —Emily no lo soportó más. Sus lágrimas cayeron sin control, no le importó mostrar su debilidad ante Brìgh.

—¿Sacrificaste lo único que tenías de él? Su amor.

Emily asintió, pues no podía decir nada. El dolor que estaba sintiendo en su interior era demasiado horrible.

Brìgh la miró por primera vez con otros ojos. Dio un pequeño paso hacia delante y cogió su mano.

—No sabes lo agradecida que te estoy por ello, Emily. Mi hermano es lo que más amo en este mundo, y jamás olvidaré esto.

Emily respiró profundo, y cuando pudo levantó la cabeza, algo más serena.

—Cuidarás de él, ¿verdad?

—Lo haré, te lo prometo.

—Pues con eso marcho tranquila.

Emily se separó de Brìgh y se dio la vuelta para irse, caminó unos pasos y entonces escuchó su voz, de nuevo:

—Siento no haberte conocido en otras circunstancias.

Emily se detuvo un segundo, en el que sintió un pequeño pinchazo en el pecho.

—Yo también lo siento —contestó al fin en un tono suave sin darse la vuelta. Después continuó con su camino algo más liviana.



Ya estaban preparando la partida cuando Emily se detuvo en seco en el patio. Los caballos relinchaban, los hombres ajustaban cinchas y armas, y el aire olía a despedida. Sabía que, si se marchaba sin verlo una última vez, aquel vacío la acompañaría toda la vida.

Se acercó a Mavis con pasos lentos, pero decidida a no aceptar una negativa.

—Deseo despedirme de Aidan —dijo con seguridad.

Mavis la observó un largo instante. En sus ojos no hubo reproche, solo cansancio y algo parecido a la comprensión. Finalmente, asintió.

—Ven conmigo.

Subieron juntas las escaleras en silencio. Al llegar a la alcoba, Mavis abrió la puerta y se hizo a un lado.

—Te esperaré fuera.

Emily entró.

La habitación estaba en penumbra, tibia por el fuego que ardía bajo en la chimenea. Aidan yacía sobre el lecho, recostado entre almohadones. Su rostro estaba pálido, marcado por la fiebre y el cansancio, pero seguía siendo él. Demasiado. La barba, algo crecida, le daba un aire más salvaje, más vulnerable. Respiraba despacio, con los labios entreabiertos.

Emily se acercó sin hacer ruido, como si temiera despertarlo.

Se sentó junto a él y tomó su mano entre las suyas.

Su calor casi la desarmó.

—Hola… —le dijo, aunque sabía que no podía oírla—. Me alegra saber que estarás bien.

Sonrió con tristeza. Luego apoyó la frente sobre el dorso de su mano.

—No voy a poder olvidarte, Aidan. Ojalá yo también hubiese tomado un poco de ese tónico —dijo al fin, dejando que la verdad saliera sin miedo—. Quizá eso me lo hubiese puesto más fácil ahora que he de decirte adiós. Y es que te amo tanto… nunca pensé que se podía amar a alguien de esta forma. Es completamente doloroso.

Le acarició los nudillos con el pulgar, memorizando una vez más la sensación.

—Podíamos haber tenido una vida juntos. Ser felices… —su voz se quebró—. Y no porque el destino no quisiera, sino porque llegamos demasiado tarde.

Respiró hondo, armándose de valor para lo que venía.

—No somos hermanos, Aidan. Nunca lo fuimos. —Las palabras le dolieron incluso ahora—. Pero ya no importa. Cuando lo supe, cuando por fin recuperé la esperanza en lo nuestro, ya era demasiado tarde.

Las lágrimas resbalaron por sus mejillas, silenciosas.

—Sé feliz. Aunque no sea conmigo. Es lo único que deseo para ti, mi amor.

Se inclinó despacio y rozó su frente con un beso suave, casi reverente.

—Adiós, Aidan Campbell, siempre voy a amarte.

Por último, como si aquel gesto fuera el cierre de una herida abierta desde hacía años, apoyó sus labios sobre los de él, en un beso breve, tembloroso, pero cargado de verdad y calor.

Luego se apartó.

Se levantó sin mirar atrás, porque sabía que, si lo hacía, no sería capaz de marcharse. Abrió la puerta y salió, con el corazón hecho cenizas.

Allí dejaba parte de su alma, parte de su corazón, y parte de su inocencia. Ya no volvería a ser la misma, no sin él.

Capítulo 18

Escocia 1596
Tierras del clan Campbell

Un mes después…

Aidan despertó sin ser del todo dueño de su cuerpo.

El dolor fue lo primero que sintió. Un dolor profundo, pesado, que parecía anclado a los huesos. La luz que se filtraba por la ventana le hirió los ojos, obligándolo a cerrarlos de inmediato con un gruñido bajo. Tenía la boca seca, la cabeza espesa y una extraña sensación de haber regresado de muy lejos.

Parpadeó de nuevo, esta vez con más cuidado.

A su lado, sentada en una mecedora, había una mujer dormida. Bordaba; el bastidor aún descansaba sobre su regazo, y la aguja colgaba sujeta al hilo. Su rostro estaba marcado por el cansancio.

Por un instante, el pánico le atenazó el pecho.

Brìgh.

Parecía mayor. No vieja, pero sí distinta. Más dura. Más cansada. Aquello lo descolocó, como si el tiempo hubiera dado un salto sin su permiso.

Antes de que pudiera ordenar sus pensamientos, una sensación le atravesó el pecho.

Una voz.

Dulce. Envolvente. Cálida como un recuerdo al que uno se aferra en sueños. Había estado con él mientras dormía, hablándole sin palabras, sosteniéndolo cuando todo lo demás se desvanecía.

Una mujer.

No sabía su nombre, pero la añoranza que sintió fue tan intensa que le dolió.

Intentó incorporarse por instinto, pero el cuerpo no respondió como esperaba. El movimiento le arrancó un gruñido áspero; el dolor fue inmediato, feroz, obligándolo a caer de nuevo sobre los almohadones.

El sonido despertó a Brìgh de golpe.

—¡Aidan! —gritó, poniéndose en pie tan rápido que la mecedora se balanceó con fuerza—. ¡Aidan, estás despierto!

Se inclinó sobre él con cuidado, como si temiera romperlo, y lo abrazó con una mezcla de alivio y emoción. No podía creerlo. Era un milagro.

—Tranquilo, tranquilo, no te muevas —susurró, con la voz quebrada.

La puerta se abrió de golpe.

Ramsay apareció en la estancia, alertado por los gritos, y se quedó petrificado al verlo consciente.

—¡Por todos los santos! —exclamó—. ¡Mi señor!

—¡Corre! —ordenó Brìgh—. Ve a buscar a madre. ¡Dile que ha despertado!

Ramsay desapareció sin decir una palabra.

Aidan observaba la escena sin comprenderla del todo. Todo le parecía ligeramente desplazado, como si no encajara en su sitio.

—Brìgh —dijo finalmente, con voz ronca—. ¿Qué ha ocurrido?

Ella sonrió entre lágrimas.

—Ya hablaremos de eso. Lo importante es que estás aquí. Estás vivo.

—¿Y padre? —preguntó él de pronto—. ¿Dónde está padre?

El silencio fue inmediato.

Brìgh alzó la vista, y su sonrisa se deshizo. Mavis entró en ese instante, deteniéndose al escuchar la pregunta. Madre e hija se miraron, y algo en sus rostros hizo que el estómago de Aidan se encogiera.

—Aidan… —dijo Mavis despacio, acercándose a la cama—. Dime, hijo. ¿Cuál es tu último recuerdo?

Él frunció el ceño, esforzándose.

—Regresaba del ejército… —respondió tras unos segundos—. Volvía a casa.

Brìgh ahogó un sollozo.

Mavis se llevó una mano al pecho.

—Eso fue… hace más de seis años —susurró.

Aidan negó lentamente con la cabeza.

—No, eso no puede ser.

Intentó incorporarse de nuevo, confundido, alarmado, pero Mavis apoyó ambas manos sobre sus hombros y lo obligó a quedarse quieto.

—No te muevas —ordenó con una firmeza teñida de miedo—. Debemos llamar al médico. Él sabrá qué hacer.

Aidan volvió a recostarse, con el ceño fruncido, y el corazón golpeando con fuerza.

«¿Seis años? Eso no es posible».

Trató de pensar, de forzar la mente, pero todo le resultaba confuso. Lo único que tenía claro era la voz que lo había acompañado en sus sueños, la dulce y melodiosa voz que solo al recordarla lo inundaba de paz y de añoranza, y extrañamente de un dolor que no podía describir, que no comprendía.



Cuando el médico salió finalmente de la estancia, Mavis y Brìgh lo aguardaban en el corredor, con el corazón en vilo. El anciano se acercó hasta ellas, y las miró con expresión grave, aunque serena.

—Ya no corre peligro —anunció—. La inflamación del cerebro ha remitido por completo, y aunque su cuerpo está debilitado por haber permanecido tanto tiempo postrado, es joven. Eso juega a su favor. Se recuperará.

Mavis soltó el aire que llevaba conteniendo desde hacía semanas.

—Le he administrado algo para el dolor —continuó—, pero hay algo que no logro explicar del todo. Su mente ha borrado los últimos seis años de su vida. No es habitual, aunque tampoco imposible. Mi consejo es que le habléis con cuidado. Dadle información poco a poco. Abrumarlo ahora podría hacer más daño que bien.

Dicho esto, el médico se despidió y descendió por la escalera, dejándolas a solas de nuevo.

Mavis dio un paso hacia la puerta, pero Brìgh la detuvo apoyando una mano en su brazo.

—Madre, yo sé por qué Aidan ha perdido la memoria.

Mavis se volvió hacia ella, confundida.

—¿Qué quieres decir?

Brìgh tragó saliva.

—Emily me lo explicó. El día que lo rescataron, cuando lo trajeron de vuelta, ella tuvo que darle un tónico. Era la única forma de mantenerlo consciente durante la huida. Ese tónico le salvó la vida, pero tenía un precio.

Mavis abrió los ojos con incredulidad.

—¿Perdió la memoria por eso?

Brìgh asintió despacio.

—Sí.

—¿Y ella lo sabía? —preguntó Mavis, con la voz quebrándose.

—Lo sabía —confirmó Brìgh—. Y aun así lo hizo.

El silencio se volvió insoportable.

—Entonces… —Mavis se llevó una mano al pecho—. Entonces renunció a él.

—Renunció a él para salvarlo —corrigió Brìgh—. Sabía que si lo hacía, él la olvidaría. Y aceptó ese sacrificio.

Los ojos de Mavis se llenaron de lágrimas.

—Bendita niña —dijo abrumada por la emoción—. Pero, aun así, no podemos decirle nada, todavía. Debemos explicarle las cosas con calma, Brìgh, ya has oído al médico.

Brìgh asintió, y después la siguió al interior de la alcoba de Aidan, con un extraño peso en el pecho.



Las semanas fueron pasando, y Aidan recuperaba fuerzas día a día. Primero caminó con ayuda, luego con el apoyo de un bastón, hasta que por fin lo hizo solo. Después comenzó a salir al exterior, a recorrer los alrededores del castillo, y finalmente volvió a ocuparse de los asuntos del clan, aunque todavía se fatigaba con facilidad.

Brìgh se había instalado en la fortaleza junto a su esposo, Jale Kerrick, decidida a no marcharse hasta ver a su hermano plenamente restablecido.

Mavis y Brìgh le contaron muchas cosas: la muerte de su padre, la alianza con los clanes, la derrota definitiva de los MacLaed. Le hablaron del peso que ahora recaía sobre sus hombros como *laird*.

Pero no le hablaron de ella.

Porque hacerlo significaba contarle toda la verdad. Y ninguna de las dos se sentía preparada.

Hasta que una tarde, Aidan permaneció sentado junto al fuego más tiempo de lo habitual, con la mirada perdida en las llamas.

Brìgh lo observó desde la puerta antes de acercarse.

—¿Estás bien? —preguntó—. Te noto distante últimamente.

Él alzó los ojos hacia ella, y en ellos había algo que la desarmó.

—Me siento… vacío —confesó—. Por las noches sueño con una voz. Una voz femenina. Es suave, y cálida. Cuando la escucho siento que puedo respirar con normalidad. Que estoy completo. Pero despierto y… —apretó los labios—. Me ahogo sin ella. No sé quién es. No sé por qué me duele tanto.

Brìgh sintió que el corazón se le partía en dos.

Sabía perfectamente a quién se refería.

Guardó silencio unos segundos, luchando consigo misma.

—Tal vez no me corresponda a mí contártelo —dijo al fin—, pero debo hacerlo.

Y lo hizo.

Le habló de Emily. De su amor, profundo y correspondido. De la creencia de que eran hermanos y de cómo eso lo empujó a marcharse al ejército. De la carta de su padre, escrita en el arrepentimiento, donde se revelaba toda la verdad: que Ginevra, Harper y Emily eran hijas suyas. Le contó con mucha delicadeza que no era hijo de Evander, sino de su hermano mayor, y que Fenella había sido el gran amor de su vida.

Le contó cómo las tres hermanas crecieron solas en una cabaña en el bosque.

Y, finalmente, le habló del sacrificio.

De cómo Emily había aceptado perderlo para salvarlo.

Cuando terminó, Aidan no dijo nada.

Miles de pensamientos lo golpeaban a la vez. Su pasado, su identidad, ese amor del que no recordaba nada, pero que seguía latiendo dentro de él con una fuerza insoportable.

Se levantó lentamente.

—Necesito verla —dijo con voz firme—. Aunque sea una sola vez. Necesito saber qué siente mi corazón cuando la tenga delante.

Brìgh sonrió entre lágrimas.

—Ve al clan MacDougall —le dijo—. Jale y yo nos ocuparemos de tus tierras en tu ausencia. Encuentra tus respuestas, Aidan. No soporto verte así. Quiero que seas feliz, como lo soy yo.

Aidan asintió.

Y por primera vez desde que despertó, sintió que volvía a tener un propósito.



Aidan buscó a Gordon y le dio órdenes breves y claras: quería que todo estuviera dispuesto para partir al amanecer. El capitán asintió, y rápidamente comenzó a organizarlo todo.

Al salir al exterior, se fijó en su madre.

Paseaba despacio por el jardín, apoyada en el brazo de Elsie. Por un instante, Aidan se quedó observándola desde la distancia, con el pecho apretado y los ojos ardiendo. Debía hablar con ella.

Se acercó con pasos lentos.

Mavis alzó la vista al sentirlo y se alarmó al verlo así, con el rostro desencajado y los ojos brillantes.

—¿Te encuentras bien, Aidan? —preguntó de inmediato.

Apoyó una mano en su hombro, protectora, maternal, como lo había hecho toda su vida.

—Sí, madre —respondió él, con la voz rota.

El silencio se extendió entre ambos, espeso, cargado de todo lo que no había sido dicho en años. Aidan respiró hondo antes de hablar.

—Lo sé todo.

Mavis se quedó inmóvil.

—¿Todo? —susurró, con los ojos muy abiertos.

—Todo —confirmó—. Brìgh me lo ha contado.

Mavis cerró los ojos un instante, y cuando los abrió ya no pudo contener las lágrimas.

—Me alegro de que haya sido ella —dijo entre sollozos—. Yo no podía, Aidan. No tenía fuerzas. Tenía demasiado miedo.

Él negó con suavidad y se acercó un poco más.

—Madre lo hiciste lo mejor que pudiste —afirmó—. Y padre… él siempre será mi padre.

Aidan la rodeó con los brazos y Mavis se dejó abrazar, apoyando la frente en su pecho, permitiéndose llorar como no lo había hecho en años. En ese gesto encontró consuelo y liberación, como si la verdad hubiera roto al fin las cadenas que llevaba demasiado tiempo arrastrando.

—Tenía miedo a perderte —confesó—. Ese miedo me volvió cobarde.

—No me perderás —respondió él, apartándose lo justo para mirarla a los ojos y secarle las lágrimas con los pulgares—. Estoy aquí. Y siempre lo estaré.

—Él te amaba. Como si fueses su propio hijo.

—Lo sé. Pude sentirlo. Y le estoy agradecido. Imagino que debió ser duro perder a un hermano, y asumir su papel dejando tu vida a un lado. Convertirte de pronto en *laird*, esposo y padre.

—Jamás lo escuché quejarse, hijo. Pero sé que tuvo que sacrificar el amor. Ambos sufrimos. Yo porque nunca lo tuve al completo, y él porque no podía darme su corazón.

—Entonces entenderás que debo buscarla. Que no puedo vivir con este vacío. Necesito verla, necesito respuestas.

Mavis asintió, alargó una mano, y acarició su rostro con dulzura.

—Lo sé —dijo al fin—. Ella te ama, y estoy segura de que en cuanto la mires la recordarás. Un amor como el vuestro no se puede borrar tan fácilmente.

Aidan cerró los ojos un instante, como si sus palabras encendieran algo profundo en su interior.

—Ve, hijo. Recupérala. No debes perder tiempo.

Aidan sonrió levemente, y tras darle un fugaz beso en la frente se encaminó en busca de Gordon.

Capítulo 19

Escocia 1596
Dunstaffnage Castle, propiedad del clan MacDougall

Aidan llegó a las tierras MacDougall al caer la tarde.

La fortaleza se alzaba ante él imponente, recortada contra un cielo gris que amenazaba con lluvia desde hacía horas. A su lado, Gordon montaba con la misma sobriedad, con la que había iniciado aquel viaje. No se había separado de él ni un solo instante desde que dejaron las tierras Campbell.

Al detener su caballo ante las puertas, un hombre salió a su encuentro. Era Dave.

Lo reconoció al instante, aunque algo en él le resultó distinto. Estaba más curtido, adulto. No era el joven guerrero que Aidan recordaba de las últimas reuniones con su padre, sino un *laird* hecho y derecho.

—Aidan Campbell —dijo Dave con sorpresa—. No esperaba verte por aquí. Me alegra que ya estés del todo recuperado.

Aidan inclinó levemente la cabeza.

—Gracias. Pero si estoy bien también es gracias a ti. Tengo entendido que luchasteis junto a los Fraser y derrocasteis a los MacLaed.

—Esos malnacidos tuvieron su merecido al fin. —Dave sonrió orgulloso—. Vamos, tomaremos una copa junto al fuego y te narraré todos los detalles. Gordon, tú también eres bienvenido; tu ayuda también fue de gran valor.

Gordon que permanecía tras Aidan asintió con cortesía tras la invitación del *laird* de los MacDougall.

—Verás. Esta visita no es de cortesía, Dave. He venido a ver a alguien —irrumpió Aidan. Dave lo observó con curiosidad—. He venido a ver a Emily.

Antes de que Dave pudiera responder, una figura apareció tras él. Harper salió al patio con una niña pequeña cogida de la mano y un vientre redondeado que delataba su estado. Sonrió con educación al verlo, aunque en su mirada había una tristeza anticipada.

—Bienvenido, Aidan.

Él la observó unos segundos, desconcertado.

—Disculpe… —dijo con honestidad—. Sé que debería reconocerla, pero…

—Soy Harper —respondió ella con suavidad—. La hermana de Emily.

Aidan sintió un vuelco extraño en el pecho, una punzada sin recuerdo, pero cargada de emoción.

—No la recuerdo, señora —admitió—. Lo siento mucho.

Harper bajó la mirada un instante y luego miró a Dave, con pena.

—No debes sentirlo, Aidan. Imagino lo desconcertado que debes de estar. Intuyo que vienes por Emily.

—Así es. Mi hermana me lo contó todo, y ahora me gustaría verla. Necesito saber qué siento cuando la tenga delante. Tengo la esperanza de que me ayude a desbloquear mis recuerdos.

—Verás, Aidan… —Harper titubeó—. Emily ya no está aquí.

Él se tensó.

—¿Cómo que no está? ¿Dónde ha ido?

—Partió hace tres semanas —explicó—. Dijo que necesitaba marcharse. Que no podía soportarlo. —Su voz se quebró apenas—. No soportaba que la hubieras olvidado.

Aidan apretó los puños sintiendo que el aire le faltaba. Saber que Emily ya no estaba lo alteró más de lo que imaginaba.

—¿Sabéis a dónde fue?

—No con certeza —negó Harper—. Solo nos dijo que se marchaba lejos. Muy lejos. Si me esperas un momento, te traeré la carta que me envió.

Aidan asintió sin decir palabra.

Harper entró en la fortaleza con la niña y tardó unos minutos en regresar. Esta vez venía sola. En sus manos llevaba una misiva doblada con cuidado, como si fuera un objeto frágil.

—Llegó hace unos días —dijo mientras se la tendía—. Léela.

Aidan tomó el papel con manos firmes… aunque por dentro todo le temblaba.

Mi querida Harper:

Ya he llegado a puerto. El viaje ha sido largo y agotador, y el mar no tuvo piedad, pero por fin siento tierra firme bajo los pies.

Estoy en Brujas. Es una ciudad grande, llena de vida, de comercio y de gente que no pregunta de dónde vienes ni por qué miras tanto al pasado. Tal vez aquí pueda empezar de nuevo.

Siento haberos dejado así. No fue una decisión fácil, pero sabía que, si me quedaba, terminaría marchitándome. No puedo estar en Escocia. Cada sendero, cada colina, cada amanecer me hablaba de él. Y si no puedo estar con Aidan, no deseo estar donde todo me lo recuerde.

Os escribiré cuando me asiente en algún lugar y encuentre trabajo. No os preocupéis por mí. Soy fuerte. Más de lo que creí ser.

Os quiero. Siempre.

Emily.

Aidan releyó la carta.

Cada palabra era un golpe y una revelación al mismo tiempo. Brujas. Tan lejos, y aun así, no lo suficiente como para detenerlo.

Alzó la vista, con los ojos encendidos, pero firmes.

—Iré a buscarla —dijo—. La encontraré.

Harper sintió que las lágrimas se le agolpaban en los ojos.

—¿Lo harás? ¿De verdad que irás en su busca?

—Siento que debo hacerlo.

Harper le sonrió con cariño.

—Espero que la encuentres. Todavía creo que lo vuestro tendrá un dulce final.

—¿Puedo llevarme la carta? —preguntó él—. Me ayudará a seguir su rastro.

—Por supuesto que puedes.

Dave dio un paso al frente y le ofreció el antebrazo.

—Buen viaje, Aidan Campbell. Que los vientos te sean propicios.

Harper lo miró por última vez, con el corazón en un puño.

Aidan montó de nuevo, y junto a él lo hizo Gordon, y ambos desaparecieron a pleno galope camino abajo.



Aidan y Gordon alcanzaron el puerto tras dos días de cabalgata casi ininterrumpida. Dejaron atrás los valles verdes y las colinas húmedas de Escocia para adentrarse en caminos cada vez más transitados, donde el olor a sal comenzaba a imponerse al de la tierra mojada. El mar apareció ante ellos al amanecer del tercer día, gris y vasto, cubierto por una bruma espesa que hacía crujir las jarcias de los barcos incluso antes de verlos con claridad.

El puerto bullía de actividad. Mercaderes, estibadores y marineros gritaban en lenguas distintas mientras cargaban sacos de grano, barriles de vino y fardos de lana. Había naves inglesas, flamencas y algunas procedentes del norte de Francia. Aidan desmontó despacio, observándolo todo con atención; jamás habría viajado tan lejos por voluntad propia. Aquello no era una campaña ni una obligación de clan. Era una decisión nacida del vacío que llevaba semanas devorándolo por dentro.

No tardaron en encontrar un barco que zarpaba hacia Flandes esa misma tarde. El capitán, un hombre robusto de barba entrecana y manos ásperas como una cuerda vieja, aceptó llevarlo a cambio de una buena suma y sin hacer demasiadas preguntas.

Cuando todo estuvo dispuesto, se volvió hacia Gordon. Su mano derecha, su amigo, había permanecido a su lado sin cuestionar nada desde el primer momento.

—No deberías ir solo —dijo Gordon, cruzándose de brazos—. Brujas no es Escocia. No sabes qué encontrarás allí.

Aidan lo miró con calma, pero con una firmeza que no admitía réplica.

—Justamente por eso debo ir. Si no lo hago, este vacío no me dejará vivir.

Gordon suspiró. Sabía que no había nada que pudiera decir para detenerlo.

—Entonces encuéntrala —dijo al fin—. Y tráela de nuevo a Escocia.

Aidan apoyó un brazo en su hombro, en un gesto cargado de gratitud.

—Gracias por todo. Cuida de mi madre y mi hermana, ese esposo suyo… ya sabes, es más de letras que de puños. Estoy seguro de que en medio de un conflicto entre clanes se mearía en los pantalones.

Gordon no pudo evitar carcajearse.

—Me ocuparé de todo, ya lo sabes. Puedes marchar tranquilo —respondió, todavía con media sonrisa en la boca.

Aidan subió a bordo poco antes de que el barco soltara amarras. El mar estaba revuelto, y la nave se balanceó con violencia nada más abandonar el puerto. Durante las primeras horas, apenas pudo mantenerse en pie. El olor a sal, pescado y madera húmeda impregnaba cada rincón. Compartía cubierta con comerciantes, algún peregrino y un par de soldados desmovilizados. Dormían donde podían, envueltos en mantas ásperas y comían lo justo para seguir en pie: pan duro, queso salado, algo de pescado seco y caldo caliente cuando el cocinero tenía ánimo de encender el fuego.

Las noches eran lo peor. El vaivén constante, el crujir del casco y el rugido del mar no le concedían descanso. Y, aun así, cuando lograba dormirse, ella aparecía.

Siempre ella.

No con un rostro definido —eso aún se le escapaba—, sino con una voz. Su voz. Suave, envolvente, tan real que al despertar sentía que le faltaba el aire, como si lo hubieran arrancado de un lugar al que pertenecía sin recordarlo del todo.

«¿Quién eres? ¿Por qué mi alma te reconoce cuando mi mente no puede?».

Se sorprendió hablándole en silencio, como si ella pudiera oírlo a través del mar y la distancia.

No viajaba solo para recuperar recuerdos. Viajaba porque algo en lo más profundo de su ser le decía que, si no la encontraba, nunca volvería a estar completo.

Al cabo de varios días —más de los que hubiera deseado—, el agua comenzó a calmarse. El aire cambió, y los marineros empezaron a moverse con nerviosismo.

—Tierra a la vista —anunció alguien desde lo alto.

Aidan se adelantó hasta la borda.

Ante él se extendía un puerto amplio y ordenado, atravesado por canales y salpicado de torres de piedra que se alzaban sobre los tejados. Brujas emergía de entre la niebla como una visión: grande y llena de vida.

Aidan apoyó las manos en la barandilla, con el corazón golpeándole el pecho.

Estaba tan cerca, que casi podía sentirla.

El muelle de Brujas lo recibió con un olor a especias y pescado ahumado. Aidan descendió por la plancha del barco con el cuerpo entumecido por la travesía y la mente en tensión constante, como si aún siguiera balanceándose sobre las olas. El puerto hervía de vida incluso al caer la tarde: carretas cargadas de fardos de lana, mercaderes discutiendo en lenguas que no entendía del todo, marineros riendo con jarras de cerveza en la mano y prostitutas apoyadas en los pilares de piedra observando con descaro a los recién llegados.

Las casas altas y estrechas se alzaban más allá del muelle, con fachadas de ladrillo oscuro y ventanas estrechas. Los canales reflejaban la luz dorada del ocaso como si fueran cuchillas líquidas. Aquella ciudad no se parecía en nada a las Highlands y, sin embargo, Aidan sintió que algo en ella le era extrañamente familiar: el pulso constante del peligro.

Se ajustó el manto y echó a andar, buscando con la mirada una posada. Necesitaba comida caliente, una cama y, sobre todo, silencio. Fue entonces cuando una voz surgió a su espalda.

—¿Buscas alojamiento, amigo?

Aidan se volvió despacio. El hombre era delgado, con una sonrisa fácil y unos ojos demasiado atentos.

—Sí —respondió con cautela.

—Conozco una buena posada, limpia y barata. No está lejos. Sígueme.

Aidan dudó solo un instante antes de asentir. Avanzaron calle abajo, alejándose del bullicio del puerto, internándose en calles cada vez más estrechas. El empedrado estaba húmedo y resbaladizo. Las voces se apagaron, y los faroles eran escasos.

Demasiado escasos.

Cuando el hombre giró hacia un callejón angosto, Aidan ya lo sabía. Dejó que ocurriera.

Dos figuras emergieron de las sombras.

—Deja la bolsa —dijo uno, con la mano ya extendida—. Y no saldrás herido.

Aidan dejó caer lentamente su equipaje al suelo. Alzó la mirada. Sonrió.

—Habéis elegido mal al viajero.

El primero se abalanzó sobre él. Aidan se movió con la precisión fría de quien ha sobrevivido a campos de batalla. Giró el cuerpo, atrapó el brazo del atacante y descargó un golpe seco en la mandíbula. El crujido fue breve. El hombre cayó al suelo sin siquiera gemir.

El segundo le lanzó un puñetazo que le alcanzó la mandíbula, pero Aidan era un hombre fuerte, ni siquiera se desestabilizó. Sonrió levemente antes de lanzarse sobre él. Sacó el cuchillo de su cinturón

en un movimiento fluido, aprendido en años de guerra, y lo hundió bajo las costillas, donde sabía que dolería, y mataría.

El cuerpo se desplomó con un sonido hueco.

El tercero retrocedió, pálido, y salió corriendo sin mirar atrás.

El silencio volvió al callejón.

Aidan respiró hondo. Se llevó los dedos al labio partido y los observó manchados de sangre. Luego soltó una carcajada baja, áspera, que resonó entre las piedras húmedas.

—Bonita bienvenida —murmuró.

Recogió su bolsa, limpió el cuchillo con calma en la ropa del hombre caído y se alejó del callejón con paso firme, como si nada hubiera ocurrido.

Encontró la posada a apenas unos metros del callejón, como si la ciudad se burlara de él con ironía. Un edificio de ladrillo oscuro, de dos plantas, con vigas de madera a la vista y un letrero balanceándose suavemente sobre la puerta: El Ciervo Dorado. No era un lugar elegante, pero la luz cálida que escapaba por las ventanas prometía techo firme, comida caliente y descanso, y en aquel momento no necesitaba nada más.

Aidan empujó la puerta y entró.

El interior estaba impregnado de olores reconfortantes: estofado de carne, pan recién horneado, cerveza especiada. El suelo era de madera gastada, pulida por años de botas y derrames, y varias mesas robustas ocupaban la estancia principal. Había mercaderes hablando en voz baja, dos marineros medio ebrios riendo a carcajadas, y una pareja sentada junto al fuego compartiendo un plato. La chimenea crepitaba con fuerza, y el calor le golpeó el rostro como un abrazo tardío.

Tras la barra se encontraba el posadero, un hombre ancho de hombros, con barba canosa y mirada despierta. Alzó los ojos al verlo acercarse.

—¿Qué se te ofrece, viajero?

—Una habitación para esta noche —respondió Aidan—. Y comida, si la tienes.

El hombre lo observó un segundo más de lo necesario, quizá reparando en su acento, en su porte o en la sangre seca junto al

labio. Luego asintió.

—Arriba, segunda puerta a la izquierda. Cama, manta limpia y una palangana. Dos monedas. La cena se sirve ahora mismo.

Aidan dejó las monedas sobre la barra sin discutir.

—¿Qué hay?

—Estofado y pan. Cerveza o vino.

—Cerveza.

Se sentó en una mesa cercana al fuego mientras el posadero gritaba una orden hacia la cocina. Aidan dejó el manto a un lado, estiró lentamente los hombros y dejó que el calor le aflojara los músculos tensos. Sentía el cansancio clavado en los huesos, pero su mente seguía despierta, alerta, incapaz de desconectar del todo.

La comida llegó humeante: un cuenco generoso de estofado espeso, con carne tierna y raíces, acompañado de pan oscuro y una jarra de cerveza. Comió despacio, saboreando cada bocado como si fuera un regalo. Hacía días que no probaba algo caliente de verdad. Cada cucharada le devolvía un poco de fuerza.

Mientras comía, pensó en ella.

En Emily.

En su voz, que seguía apareciendo en sus sueños como un susurro que no lograba atrapar del todo. No recordaba su rostro y eso lo enfurecía. Recordaba la sensación: la calma, la urgencia, el vacío cuando despertaba sin ella. No sabía por qué, pero estaba convencido de que aquel viaje no era una locura. Su corazón lo empujaba hacia adelante con una certeza que no necesitaba recuerdos.

Terminó la cerveza, dejó unas monedas más sobre la mesa y subió las escaleras.

La habitación era sencilla, en ella había una cama estrecha pero firme, un jergón cubierto con sábanas limpias, una manta gruesa, una pequeña mesa de madera y una palangana con agua. No había lujos, pero estaba limpia, y eso bastaba.

Aidan se despojó de las botas y del cinturón, dejó el cuchillo al alcance de la mano por costumbre, y se tendió en la cama. El colchón crujió bajo su peso. Cerró los ojos, y por un instante creyó sentirla de nuevo.

No como un recuerdo, sino como una presencia cálida, cercana, casi real.

—Espérame… —dijo a la oscuridad, sin saber a quién hablaba exactamente.

Después se sintió estúpido.

Al final, el cansancio terminó por vencerlo.

Capítulo 20

Brujas, Condado de Flandes
Año 1596

Emily se despertó de golpe, con el corazón desbocado y la respiración atrapada en el pecho.

«Espérame».

La palabra seguía latiendo en su mente, tan clara que durante unos segundos creyó haberla escuchado en voz alta. Se incorporó despacio, desorientada, y se llevó una mano a la garganta, como si aquel susurro pudiera seguir allí, prendido en su piel.

Desde que había llegado a Brujas no había vuelto a soñar con él. Ni una sola vez.

No había visiones ni destellos ni esa presión familiar detrás de los ojos. Su don parecía haberse apagado por completo, como si el mar se lo hubiera arrebatado al cruzarlo. Y aun así estaba segura de lo que había oído aquella noche.

«Espérame».

Negó con la cabeza con un nudo en la garganta.

—No puede ser —dijo para sí.

Aidan no la recordaba.

Ni su rostro, ni su voz, ni el amor que se habían prometido. Era imposible que la llamara, imposible que la buscara en sueños. Y esa certeza, más que cualquier otra cosa, era lo que le rompía el alma.

Inspiró hondo y dejó que sus ojos recorrieran la estancia, obligándose a regresar al presente.

La habitación era pequeña, pero limpia y acogedora. Las paredes de piedra conservaban el frío de la noche, y una única ventana, estrecha y alta, dejaba entrar una luz grisácea que anunciaba la mañana. Una cómoda de madera oscura, una silla junto a la pared y un arcón a los pies de la cama componían todo el mobiliario. Sobre la mesa descansaban cuidadosamente alineados varios frascos de vidrio con hierbas secas, ungüentos y pequeños sobres de lino atados con cuerda.

Su nueva vida.

Había llegado allí hacía casi un mes, exhausta tras la travesía y con el corazón hecho jirones. Brujas la había recibido con su olor a agua estancada, a pan recién hecho y a humo húmedo. Durante los primeros días vagó sin rumbo, aceptando pequeños trabajos, ayudando donde podía, hasta que el destino la llevó a aquella casa.

Se levantó, se lavó el rostro con el agua fría del barreño y se recogió el cabello en una trenza sencilla. Se puso un vestido modesto, de lana oscura y un delantal limpio. Cuando abrió la puerta de la habitación, el olor a cera quemada le indicó que era hora de comenzar el día.

Bajó las escaleras de madera con cuidado y atravesó el pequeño salón, donde una mesa robusta ocupaba el centro y una chimenea apagada aún conservaba restos de ceniza. La casa no era grande, pero estaba llena de una calma extraña, casi reconfortante.

Subió de nuevo, esta vez hacia la estancia principal.

—Señora —llamó en voz baja—, ya es de día.

La mujer se removió entre las mantas.

Se llamaba Adelheid Vermeer.

Viuda desde hacía años, de manos delicadas y espalda frágil, tenía el cabello completamente blanco y los ojos de un azul apagado que, aun así, conservaban una dulzura serena. La edad y los inviernos le habían robado movilidad, pero no dignidad. Y, a pesar del dolor constante en las articulaciones, siempre recibía a Emily con una sonrisa sincera.

—Buenos días, niña —respondió con voz cálida—. ¿Has dormido bien?

Emily dudó apenas un instante.

—Sí —mintió con suavidad—. He dormido bien.

La ayudó a incorporarse despacio, le colocó un chal sobre los hombros y la acompañó hasta la mesa del salón. Allí, sirvió pan moreno, un poco de queso blando y una infusión caliente que humeaba lentamente.

—Hueles a bosque —comentó Adelheid, divertida—. Siempre traes contigo el olor de las plantas.

Emily sonrió.

—Es difícil desprenderse de lo que una es.

Antes de que comenzaran a comer, se levantó y tomó uno de los frascos pequeños de la alacena. Vertió unas gotas del líquido ámbar en una taza aparte y se la tendió con cuidado.

—Beba despacio. Esto aliviará los dolores de hoy.

Adelheid obedeció sin protestar, como hacía siempre. Cerró los ojos al dar el primer sorbo y suspiró con alivio.

—Benditas sean tus manos —le dijo—. No sé qué haría sin ti.

Emily bajó la mirada, incómoda con el elogio, y al ir a guardar el frasco notó su peso escaso. Lo agitó suavemente. Apenas quedaba una última dosis.

Un pensamiento cruzó su mente.

—Después del desayuno iré al mercado —comentó—. Necesito más raíz de consuelda y hojas de salvia. Y un poco de miel.

—No te entretengas demasiado —respondió Adelheid—. Brujas es hermosa, pero no siempre amable.

Emily asintió, mientras recogía la mesa.



El mercado de Brujas bullía de vida aquella mañana.

Emily avanzaba entre los puestos con la cesta apoyada en la cadera, esquivando carretas cargadas de telas, sacos de grano y barriles de arenques salados. El aire olía a pan recién horneado, a pescado, a especias traídas de tierras que jamás había visto. Las voces se mezclaban en distintos acentos, risas, regateos, discusiones rápidas. Nadie la conocía allí. Y, sin embargo, por primera vez desde que había llegado, no se sentía del todo extranjera.

Se detuvo ante un puesto de hierbas secas. Tocó con cuidado la consuelda, aspiró su aroma, escogió salvia y manzanilla. Pagó con unas monedas y siguió caminando, dejando que el murmullo de la ciudad la envolviera.

Entonces ocurrió.

Fue solo una sensación al principio. Un tirón seco en el pecho. Como si alguien hubiera pronunciado su nombre sin usar la voz.

Emily alzó la mirada, y su mundo se tambaleó.

Allí, a unos pasos de distancia, entre un puesto de telas y otro de cuchillos, estaba él.

Aidan.

Durante un latido eterno pensó que había enloquecido. Que su mente, cansada de contener el dolor, había decidido traicionarla. No podía ser. Era imposible. Tan lejos de Escocia, tan lejos de todo lo que habían sido.

Negó con la cabeza, intentando apartar aquella visión cruel.

Pero él seguía allí.

Más delgado, tal vez. Con el cabello algo más corto y la barba cuidada. Vestía como un viajero, no como un *laird*. Hablaba con un mercader, serio, atento. Real. Terriblemente real.

Emily sintió que las fuerzas la abandonaban.

El corazón comenzó a golpearle con violencia, y el aire pareció espesarse en sus pulmones. Sin pensar, se deslizó entre la gente, fingiendo interés por un puesto cercano. Sus dedos tocaron unas cintas de colores sin verlas realmente. Solo necesitaba acercarse un poco más. Confirmarlo. O convencer a su mente de que aquello era una fantasía.

Cuando estuvo lo bastante cerca, lo vio de perfil.

No había duda.

Era Aidan Campbell.

Un mareo brutal la sacudió. La cesta se inclinó en su mano y, antes de que pudiera evitarlo, varios frascos y atados de hierbas cayeron al suelo con un ruido seco.

—¡Eh! —gritó el vendedor—. ¡Ten cuidado, muchacha!

Las miradas se volvieron hacia ella.

Y entonces, también la suya.

Aidan se giró al escuchar el alboroto.

Sus ojos se encontraron.

Fue un instante breve, pero suficiente para que a Emily le fallaran las piernas.

No vio reconocimiento en su mirada. No vio amor. Solo sorpresa y quizás algo de curiosidad.

Y eso fue peor que cualquier olvido.

El pánico la atravesó como un rayo. Sin recoger nada, sin pedir disculpas, Emily se dio la vuelta y huyó. Corrió entre la multitud como si algo la persiguiera, empujando cuerpos, esquivando carretas, con el corazón desbocado y los oídos zumbándole. No sabía por qué corría. Solo sabía que debía hacerlo. Que quedarse significaba abrir una herida que nunca había terminado de cerrar.

No se detuvo hasta llegar a la casa.

Subió las escaleras de dos en dos, entró en su habitación y cerró la puerta con manos temblorosas. Se dejó caer al suelo, apoyando la espalda contra la madera, y se llevó las manos al rostro.

—¿Por qué? —se preguntó, rota—. ¿Por qué he huido?

Él no la recordaba. Mover el pasado no serviría de nada. Marcharse había sido lo correcto.

Entonces… ¿por qué sentía ahora, con una claridad casi dolorosa, que debía volver?

¿Por qué aquel encuentro le había hecho sentir que su historia no había terminado?

Unos pasos lentos sonaron en la escalera.

—¿Emily? —llamó la anciana, apoyándose en su bastón.

Emily se levantó de inmediato, secándose el rostro con el dorso de la mano. Abrió la puerta y sonrió como pudo.

—Aquí estoy.

Adelheid la miró con atención.

—¿Todo va bien?

—Todo bien —respondió, forzando calma—. He conseguido las hierbas. Me pondré con tu tónico ahora mismo.

La acompañó hasta la sala principal, la ayudó a acomodarse junto al fuego, le colocó una manta sobre las piernas y le tendió un libro para que se entretuviera. Luego se dirigió a la cocina, con la cesta ya ordenada entre los brazos.

Mientras encendía el fuego y ponía el agua a calentar, sus manos se movían con la precisión de la costumbre. Pero su corazón… su corazón había quedado atrás, en medio del mercado, atrapado en unos ojos que no la recordaban.

Capítulo 21

Brujas, Condado de Flandes
Año 1596

Aidan se volvió al escuchar el alboroto. Escuchó voces alteradas, vio las cestas de un puesto volcadas, y sintió el murmullo creciente del mercado. Pero todo aquello dejó de existir en el instante en que la vio.

Ella.

Sus ojos se clavaron en los suyos con una fuerza inexplicable, como si algo antiguo y olvidado hubiera despertado de pronto en su interior. Era hermosa, sí, de una belleza que no pasaba desapercibida: piel clara, casi perlada; labios rosados y bien definidos; una cabellera castaña larguísima, ondulada, que caía por su espalda como un río de luz. Pero no fue su apariencia lo que lo desarmó.

Fue la sensación.

Una punzada directa al pecho. Una certeza irracional. La impresión brutal de estar mirando a alguien que había sido parte de él.

La joven pareció palidecer al reconocerlo. Sus ojos se agrandaron, llenos de un miedo que no comprendió y, sin darle tiempo a reaccionar, se dio la vuelta y comenzó a correr, perdiéndose entre la gente sin mirar atrás.

Aidan tardó apenas un segundo en decidirse.

No la siguió con prisa ni desesperación. No gritó su nombre —aunque no supiera por qué estaba seguro de que tenía uno—. Avanzó tras ella con calma, atento, como un cazador que no desea espantar a su presa. La vio girar calles, esquivar transeúntes, hasta que finalmente entró en una casa de fachada de ladrillo rojizo y desapareció tras la puerta.

Aidan se detuvo al otro lado de la calle.

La observó durante largos segundos.

Tenía que ser ella. No sabía cómo ni por qué, pero lo sentía en lo más profundo de su ser.

Tenía que ser Emily.

El nombre acudió a su mente como un susurro, sin recuerdo que lo sostuviera, pero con una verdad incontestable.

Pensó en llamar a la puerta. En exigir respuestas. En preguntarle quién era… o quién había sido para él. Pero la razón terminó imponiéndose. ¿Y si lo tomaba por un loco? ¿Y si todo aquello no era más que una ilusión nacida del cansancio?

Al final, se obligó a dar media vuelta.

Se estaba comportando como un demente.

Regresó a la posada con el paso lento y la mente en tormenta. Pasó el resto del día atrapado en pensamientos que no lograba ordenar, reviviendo una y otra vez la imagen de aquellos ojos asustados, de aquella huida precipitada, y de esa sensación brutal de reconocimiento sin memoria.

Y cuando cayó la noche y se tendió en la cama, creyó que el sueño le traería descanso. Pero no fue así.

Porque incluso con los ojos cerrados ella seguía allí.



Cuando despertó, no hubo duda alguna.

La certeza se le instaló en el pecho con la solidez de una verdad largamente postergada. Era ella. Su Emily.

Durante la noche, su voz y su imagen se habían fundido en sus sueños como dos fragmentos que, al unirse, completaban al fin una misma forma. La había escuchado llamarlo con esa cadencia suave que parecía envolverlo por dentro, y la había visto mirarlo como si él fuera hogar y herida al mismo tiempo.

Al abrir los ojos, el recuerdo no se disipó.

Seguía allí.

Aidan pasó una mano por el rostro, respirando hondo. Por primera vez desde que había perdido la memoria, no se sentía vacío. Al contrario. Todo dentro de él exigía respuestas, exigía verdad.

Agradeció haberla seguido el día anterior, no haberse marchado sin más, no haber desoído ese instinto que lo había guiado hasta aquella casa de ladrillo. Había tenido razón en esperar.

Ahora no se marcharía.

Se levantaría, se vestiría, cruzaría la ciudad y llamaría a esa puerta. Le hablaría. La miraría a los ojos. Y costase lo que costase, encajaría cada una de las piezas de aquel rompecabezas que se le hacía incompleto.



—Emily… —la voz resonó en su mente con la suavidad de un susurro antiguo—. Mira en tu grimoire. Allí encontrarás la respuesta.

Emily frunció el ceño incluso dentro del sueño.

—¿Por qué siempre eres tan enigmática? —respondió, cansada y dolida—. ¿Por qué no puedes darme la solución de forma clara?

Hubo una pausa, y luego aquella presencia cálida la envolvió de nuevo.

—Porque no todo debe entenderse con la razón, hija mía. Busca con el corazón. Él te llevará a la página adecuada.

Emily despertó de golpe, con el pulso acelerado y una sonrisa temblorosa en los labios.

Había vuelto a escucharla.

Creía que ya no podía. Desde que llegó a Brujas, su don había permanecido en silencio, como si algo dentro de ella se hubiera apagado para siempre. Y, sin embargo, allí estaba de nuevo la voz de su madre, tan cercana que casi podía sentir su mano sobre la mejilla.

No había dormido apenas. Pensar en Aidan no se lo había permitido. Su imagen aparecía una y otra vez, en su mente.

Sin perder un segundo, se levantó y abrió el arcón donde guardaba sus pocas pertenencias. Sacó el *grimoire* con manos temblorosas y lo abrió. Pasó páginas sin leer, guiándose por una intuición más fuerte que cualquier lógica, hasta que algo la detuvo.

Una sola frase, escrita con una tinta ya apagada por el tiempo:

«Una moneda a cambio de otra.
Recupera lo perdido, pero paga el precio».

Emily contuvo el aliento.

La voz regresó entonces, clara como nunca.

«Si eliges este camino, ya no volverás a escucharme. No volverás a tener visiones».

El mundo comenzó a girar a su alrededor.

—¿Es… es posible? —susurró, con lágrimas nublándole la vista—. ¿Aidan podría recordarme?

El silencio que siguió fue denso, cargado de despedida.

«Sí», respondió Fenella en su mente. *«Pero a cambio, yo debo partir».*

El corazón de Emily se rompió en dos.

No quería perderla. No quería dejar de escuchar esa voz que había sido su refugio desde niña, su guía en la oscuridad. Durante un instante dudó. Dudó de todo.

—No me abandones…

«No te abandono, hija mía»

Replicó la voz con infinita ternura.

«Ya no me necesitas, y yo debo irme».

Emily cerró los ojos, dejando que las lágrimas corrieran libres.

Hubo una pausa. Y luego, amor. Solo amor.

«Estaré orgullosa de ti, hagas lo que hagas».

Emily respiró hondo.

Después secó sus lágrimas, cerró el *grimoire* y lo llevó consigo hasta la cocina. Su mente era un torbellino de pensamientos. Pensamientos que la llevaban desde su don a Aidan.

Si renunciaba a sus visiones, a su madre, se convertiría en una persona normal, alguien común. Era algo con lo que siempre había soñado. No tener que esconderse. Pero también estaba renunciando a una parte de ella. A algo con lo que había nacido.

Si bien sus dones habían sido peligrosos para ella y sus hermanas, también habían servido para hacer el bien. Para ayudar a los demás.

Emily caminó sumida en sus pensamientos hasta la cocina. Encendió el fuego con cuidado y comenzó el conjuro casi sin pensarlo. Midió, mezcló, recitó las palabras antiguas con respeto y precisión. El tiempo pasó sin que se diera cuenta. Dos horas, quizá más, pues ya estaba amaneciendo.

Cuando terminó, el aire pareció cambiar, y Emily supo, en lo más profundo, que lo había logrado. Que el brebaje estaba listo.

Lo guardó en el bolsillo, mientras pensaba qué era lo que haría con él. ¿Quizás buscar a Aidan y contarle todo? ¿Darle la oportunidad de elegir? Sí, lo dejaría en sus manos, pues esa elección Emily creyó que le pertenecía a él.

Y entonces, justo en ese instante, alguien llamó a la puerta.

Se quedó inmóvil en mitad de la cocina, con el corazón acelerado y la respiración suspendida. *Sabía* quién era antes incluso de moverse. No porque su don se lo dijera, sino porque algo dentro de ella lo había reconocido.

Cruzó la estancia despacio. Cada paso le pesaba como si caminara hacia un destino inevitable. Apoyó la mano en la madera, y abrió.

Aidan estaba allí. Inconfundible.

Por un segundo, ninguno de los dos se movió.

Emily sintió que el mundo se detenía.

Él frunció levemente el ceño, como si dudara de sus propios ojos.

Tragó saliva.

—¿Emily? —preguntó al fin, con cautela.

—Aidan… —susurró ella.

Asintió, incapaz de hablar más. Las lágrimas acudieron de inmediato, empañándole la vista.

Él dio un paso inseguro hacia delante.

—¿De verdad eres tú? —preguntó, casi en un ruego.

Emily volvió a asentir, con un sollozo contenido escapándole del pecho.

—¿Es que acaso me recuerdas? —se atrevió a preguntar, con la voz rota.

Él negó despacio con la cabeza, y durante una fracción de segundo a Emily se le encogió el alma.

—No como debería —confesó—. Y eso es lo que me atormenta. No sé qué es lo que estoy haciendo, Emily. A veces pienso que me he vuelto loco.

—No lo estás —respondió ella de inmediato, avanzando un paso sin darse cuenta—. No lo estás.

Aidan respiró hondo, como si necesitara anclarse a algo para no perder el equilibrio.

—He estado soñando con una voz —continuó—. Con tu voz. Desde hace semanas. No conseguía sacarla de mi cabeza. Y cuando despertaba… —apretó los puños—, me sentía vacío sin ella. Como si me faltara el aire.

Emily se llevó una mano al pecho.

—Brìgh se dio cuenta de que no estaba bien —prosiguió—. Y me lo contó todo.

—¿Brìgh? —Emily abrió los ojos, sorprendida.

—Sí —asintió él—. Sé que ella te detesta, pero me ama. Y quiere que sea feliz. Me explicó cómo nos conocimos. Cómo creímos que éramos hermanos. Por qué me marché al ejército. Y cómo después descubristeis que soy hijo del hermano del *laird* Evander.

Las lágrimas comenzaron a rodar libremente por las mejillas de Emily.

—También me habló de cómo salvaste mi vida —dijo Aidan, con la voz más grave—. De tus dones, y de cómo sacrificaste tu recuerdo.

—No tenía otra opción —explicó ella—. No podía dejar que murieras.

—Y te lo agradezco —respondió él sin dudar—. Me salvaste la vida. Pero… —dio otro paso hacia ella—, siento que me falta algo. Que me faltas tú. Y no sé por qué.

Estaba tan cerca ahora que Emily podía sentir su calor.

—Necesitaba verte —añadió—. Comprobar si lo que mi corazón me dice es real.

—¿Y qué te dice tu corazón, Aidan? —preguntó ella, llorando abiertamente.

Él no respondió con palabras.

Alzó una mano con infinita delicadeza y le sostuvo el rostro, como si temiera hacerle daño. La otra se deslizó hasta su cintura, firme, protectora. Sus ojos se clavaron en los de ella, llenos de una certeza que no necesitaba recuerdos.

—Me dice que te ame.

Y entonces la besó.

El beso fue profundo, cargado de una emoción tan intensa que los desbordó a ambos. No fue apresurado ni torpe, sino lleno de necesidad, de todo lo que aún ardía entre ellos. Emily lo abrazó con fuerza, aferrándose a él como si el mundo pudiera desmoronarse si lo soltaba.

Lo había echado tanto de menos que creyó que el corazón le estallaría en el pecho.

Una voz anciana resonó desde el interior de la casa.

—¿Emily?

Ella se separó apenas, apoyando la frente en la de Aidan, respirando con dificultad.

—Ya voy, Adelheid —respondió.

Luego lo miró, con los ojos brillantes.

—He de atenderla. Es muy mayor y me necesita —le explicó—. Pero no quiero que te vayas.

—No lo haré —respondió él sin dudar—. Esperaré lo que sea necesario.

Emily asintió, tomó su mano un instante más y lo condujo con cuidado hasta su pequeña alcoba.

—Espérame aquí —le pidió—. Te prometo que no tardaré nada.

Él sonrió, con una sonrisa suave, casi vulnerable.

—Te esperaré.

Emily cerró la puerta tras él y se apresuró a regresar junto a la anciana.

Capítulo 22

Brujas, Condado de Flandes
Año 1596

Emily ayudó a la anciana a incorporarse con paciencia, rodeándola con un brazo firme y cariñoso. La condujo hasta la sala, donde el fuego crepitaba suavemente, y la acomodó en su sillón habitual. Le sirvió una taza de té humeante y dispuso unas pastas sobre un pequeño plato.

—Despacio, Adelheid —le dijo—. Aún está muy caliente.

La mujer le sonrió con afecto, apretándole la mano con dedos frágiles.

Cuando estuvo segura de que estaba cómoda y tranquila, Emily regresó a la cocina.

Tomó su *grimoire*, que descansaba sobre la mesa y lo sostuvo un instante contra el pecho antes de subir de nuevo a su alcoba.

Al empujar la puerta, se detuvo en seco.

Aidan seguía allí.

Estaba de pie junto al escritorio, mirando por la ventana como si observara una ciudad que no terminaba de pertenecerle. La luz del atardecer delineaba su perfil, haciéndolo parecer irreal, casi un recuerdo.

Durante un segundo, Emily temió que todo hubiese sido un sueño. Que al parpadear, él desaparecería.

—Sigues aquí —confirmó sin dejar de mirarlo.

Aidan se giró despacio. Al verla, su expresión se suavizó.

—Sigo aquí —respondió—. No me iría por nada del mundo.

Emily avanzó hasta él, dejando el *grimoire* sobre el escritorio. El sonido seco del cuero al apoyarse pareció marcar un antes y un después.

—Hay algo que debo decirte —dijo con seriedad.

Aidan la miró con toda su atención, como si nada más existiera.

—Puedo hacer que recuperes la memoria.

Sus ojos se abrieron levemente.

—¿De verdad? —preguntó—. ¿Cómo?

Emily sacó un pequeño frasco del bolsillo de su falda. El líquido en su interior reflejó la luz con un brillo casi dorado.

—Con esto. Si te lo tomas, recordarás. Todo volverá. Esa sensación de vacío desaparecerá y recuperarás quién eres.

Aidan tomó el frasco y lo observó con detenimiento, girándolo entre sus dedos.

—¿Tan sencillo?

—Sí —respondió ella—. Así de sencillo.

Pero él levantó la vista. Algo en su interior le decía que no era toda la verdad. No sabía cómo, ni por qué, pero lo intuía en sus gestos, en la tensión de su mandíbula, en la forma en que evitaba mirarlo directamente.

—¿Y cuál es el precio esta vez? —preguntó con calma.

—Ninguno —mintió Emily—. Esta vez no hay pago.

En ese instante, una ráfaga violenta de aire abrió la ventana de golpe. El viento sacudió la habitación y las páginas del *grimoire* comenzaron a pasar solas, hasta detenerse en una en concreto.

Emily se apresuró a cerrar la ventana.

Y mientras tanto, Aidan se fijó en una página del libro.

Apoyó el dedo índice bajo las palabras y las leyó en voz alta:

—Una moneda a cambio de otra.
Recupera lo perdido, pero paga el precio.

Alzó la mirada hacia ella.

—¿Qué perderemos, Emily?

Ella se mordió el labio, incapaz de sostener la mentira.

—Tú no perderás nada —confesó al fin—. Pero yo perderé mis dones. Mis visiones. La voz de mi madre. Y será lo mejor. Nunca debí tenerlos. Solo me han traído dolor.

Aidan dejó el frasco sobre la mesa y se acercó a ella. Alzó la mano y le acarició el rostro con una ternura que la desarmó.

—No digas eso. Tus dones te hacen especial. Me salvaron a mí. Y no permitiré que renuncies a una parte de ti por mí.

Emily negó, con lágrimas brillándole en los ojos.

—Crearemos nuevos recuerdos —continuó él—. Un futuro juntos. Uno nuevo. Sin errores del pasado. Sin dolor.

La besó entonces.

De una forma cálida y profunda, sin prisa. Emily respondió sin pensarlo, aferrándose a él como si fuese el hilo que la mantenía con vida.

—Empezaremos de nuevo —susurró Aidan contra sus labios—. Si tú lo deseas.

—Por supuesto que lo deseo —respondió ella, con la voz quebrada.

Se besaron de nuevo, con más urgencia, con más necesidad. Aidan la rodeó con los brazos, atrayéndola contra su pecho, recorriendo su espalda con manos firmes y protectoras.

Emily cerró los ojos, sintiendo el latido de su corazón bajo la tela, fuerte y acelerado. Un suspiro escapó de sus labios sin que pudiera evitarlo. Era un sonido pequeño, apenas audible, pero bastó para que él se estremeciera.

Aidan inclinó el rostro y la besó de nuevo, esta vez con una lentitud que resultaba casi insoportable. No había prisa. Solo una exploración cuidadosa, reverente, como si ambos supieran que ese

instante era frágil y eterno a la vez. Emily respondió al beso con la misma intensidad, dejando que sus labios se adaptaran a los suyos como si siempre hubieran sabido hacerlo.

El mundo pareció reducirse a la pequeña estancia, al roce de sus cuerpos cada vez más próximos. Aidan apoyó la frente en su cuello y respiró hondo, como luchando por mantener el control, mientras sus manos desanudaban las cintas de su corsé.

Una a una, las prendas fueron cayendo al suelo, sin prisa, como si el tiempo hubiera decidido concederles una tregua. No hubo torpeza ni urgencia desmedida, solo miradas que se detenían en cada gesto.

Aidan se apartó apenas un instante para contemplarla.

Emily permanecía de pie frente a él, vulnerable y firme al mismo tiempo. La luz suave que entraba por la ventana dibujaba la curva de sus hombros, la delicadeza de su cintura, la línea elegante de sus caderas. Su piel era clara, tibia, salpicada aquí y allá por pequeñas marcas que hablaban de vida, de intemperie, y de fortaleza. No era una belleza frágil, sino real.

Aidan sintió un nudo en el pecho.

Pensó —con una certeza que no necesitaba de recuerdos—, que jamás había contemplado nada tan hermoso.

Se acercó despacio, como si temiera que ella pudiera desvanecerse, y alzó una mano para rozar su mejilla, luego su cuello, siguiendo el pulso que latía bajo su piel. Emily cerró los ojos al contacto, dejándose guiar.

Él la atrajo hacia sí y la besó con una ternura nueva, distinta a la de antes, cargada de deseo. Después la condujo hasta el lecho, sin romper el contacto, como si separarse un solo segundo fuera impensable. Se sentó primero y la llevó consigo, rodeándola con los brazos, sintiendo su peso, su calor, su respiración acompasándose con la suya.

Emily pasó una pierna sobre él, acomodándose con naturalidad sobre su regazo. Aidan besó su escote, lamió sus senos y mordisqueó sus pezones. Emily gimió casi al mismo tiempo que se estremecía, deslizó sus manos por su cuello y enredó los dedos en

su pelo. Respirando hondo, como si aquel instante tratase de robarle el aliento.

Cuando Aidan la recostó sobre el lecho, lo hizo con cuidado, con ternura. Se quedó un momento mirándola desde arriba, memorizando su rostro, la forma en que sus labios se entreabrían al respirar, el leve rubor que teñía sus mejillas.

—Eres tan hermosa, Emily. Esta vez no voy a olvidarte, te lo prometo —juró más para sí mismo que para ella.

Emily alzó una mano y la apoyó en su mejilla, anclándolo a la realidad.

—Y yo no dejaré que lo hagas.

Aidan se inclinó sobre ella, cubriéndola con su cuerpo sin aplastarla, envolviéndola, protegiéndola. El beso que compartieron entonces fue lento, profundo, lleno de lujuria.

Aidan deslizó una mano entre sus piernas, y tocó la humedad de su epicentro. La acarició hasta que la sintió temblar, y entonces introdujo un dedo en su interior. Mientras lo movía de dentro hacia afuera con intensidad, besó de nuevo sus pechos, y jugueteó con sus pezones erguidos.

El cuerpo de Emily se arqueó de forma involuntaria. Aidan era capaz de conseguir eso y mucho más. Se mordió el labio inferior tratando de contener todo lo que estaba a punto de explotar entre sus piernas. No deseaba que cesase. Deseaba que fuese eterno, a la vez que tenía la certeza de que quería más. De que necesitaba sentirlo sobre ella. Sentirse llena.

—Quiero que me hagas tuya, Aidan. Ahora.

Aidan gruñó de puro placer al escuchar aquellas palabras. No lo pensó, solo se dejó llevar. Se colocó sobre ella y rozó su miembro en su abertura. La deslizó despacio de arriba abajo, dejando que sus flujos se mezclaran y preparándola para lo que se venía.

Emily tiró de su cintura, y abrió mucho más las piernas en una clara invitación a lo que Aidan pensó que sería el paraíso.

Cuando se introdujo en ella y su sexo lo abrazó, supo que no habría nada mejor después de aquello. No se equivocó. Emily era el cielo, la divinidad.

Ambos comenzaron a moverse, y la fricción de sus cuerpos los enloqueció. Sus seres ya no les pertenecían. Ahora eran puro placer del otro. Aidan gruñía de forma varonil, y Emily gritaba su nombre mientras se aferraba a sus hombros y recibía su grandeza. Aidan se enterró profundo, sintiendo los latidos del sexo de Emily. Sabía que estaba teniendo su clímax, y como buen amante se introdujo hasta el fondo y se movió buscando la fricción de sus pelvis. Emily se sintió flotar. Su corazón se saltó un par de latidos, y sus pulmones dejaron de respirar. Se sintió repleta. Aidan la besó completamente enardecido, la sujetó por los hombros con fuerza, y en un par de empellones se dejó ir tras ella.

Ambos se quedaron muy quietos. Asimilando todas aquellas sensaciones que los habían devastado, y respirando de forma agitada.

—Te amo, Aidan, te amo tanto que me duele. No soportaría perderte de nuevo —dijo apoyándose sobre su codo para poder mirarlo a los ojos.

—Estoy aquí, Emily. No volveremos a separarnos.

Aidan lo creía de verdad. Y al decirlo, algo dentro de él terminó de encajar. Por primera vez desde que despertó sin recuerdos, no sintió el vacío que lo había acompañado como una sombra persistente. Al contrario. Se sentía completo, anclado, como si hubiera regresado al lugar que siempre le había pertenecido sin saberlo.

Emily cerró los ojos al oírlo.

Se abrazaron en silencio, piel contra piel, y poco a poco sus respiraciones se acompasaron. Aidan se quedó dormido casi sin darse cuenta, vencido por el cansancio y por la paz recién hallada. Su respiración se volvió profunda, regular.

Emily permaneció despierta.

Durante unos segundos lo observó dormir, memorizando la forma de su rostro relajado, la caída oscura de sus pestañas, el leve surco entre sus cejas que ni siquiera el sueño conseguía borrar del todo. Lo amaba. Con una certeza tan absoluta que le dolía.

Con extremo cuidado, se deslizó fuera del lecho para no despertarlo. Se puso la camisa de Aidan, que le caía suelta,

rozándole los muslos, impregnada todavía de su olor. Caminó descalza hasta el escritorio, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho.

Allí estaba el frasco.

Lo tomó entre los dedos y, por un impulso que no supo explicar, volvió a abrir el *grimoire*. Sus ojos recorrieron de nuevo la página, y entonces descubrió algo que no había visto antes.

Una línea más abajo. Más pequeña. Casi escondida.

«Quien paga el precio debe beber el brebaje».

Emily sintió que el aire abandonaba la estancia. Había estado equivocada. Era ella quien debía tomarlo y no Aidan, la decisión era suya.

Entonces no tuvo dudas.

Miró hacia la cama. Aidan dormía, ajeno a todo, con una serenidad que ella había soñado durante semanas. Supo, en ese instante, que debía hacerlo. Deseaba recuperarlo al completo, aun por encima de sus dones.

Alzó el frasco y bebió.

El líquido era amargo, áspero, como si concentrara en una sola gota toda la renuncia que estaba a punto de consumarse. Apenas tuvo tiempo de tragar cuando un mareo violento la sacudió de arriba abajo. El mundo comenzó a girar, las paredes parecieron alejarse, y una presión intensa le oprimió el pecho.

La voz de su madre acudió una última vez, cálida y serena.

«Estoy orgullosa de ti».

Emily sonrió, y después todo se volvió oscuro.

El frasco cayó al suelo y rodó hasta detenerse bajo el escritorio.

Capítulo 23

Brujas, Condado de Flandes
Año 1596

Aidan despertó sobresaltado por el sonido seco de algo al caer al suelo. El corazón le dio un vuelco inmediato. Se incorporó de golpe y, al extender la mano a su lado, encontró el vacío.

—¿Emily?

Se levantó del lecho sin pensar, con una inquietud que le subió por la garganta como un presagio, y entonces la vio. Estaba en el suelo, inmóvil, con su camisa extendida a su alrededor como un manto. Bajo el escritorio, el frasco vacío brillaba débilmente a la luz que entraba por la ventana.

Maldijo en voz baja.

—¿Por qué? ¿Por qué lo has hecho, Emily? —gritó, arrodillándose a su lado.

La tomó entre sus brazos, la llamó por su nombre una y otra vez, le acarició el rostro y le rozó las mejillas con dedos temblorosos, pero no despertaba. El miedo lo golpeó con una crudeza insoportable. Ahora que la había encontrado. Ahora que por fin sentía que todo podía recomponerse.

¿Iba su amor a estar siempre condenado? ¿Iba a estar condenado a perderla?

El mundo pareció resquebrajarse a su alrededor.

Y entonces, cuando el silencio empezaba a volverse insoportable, Emily movió apenas los labios.

—Aidan…

Él se inclinó de inmediato, acercando el oído, conteniendo la respiración como si temiera que un solo movimiento la devolviera a la oscuridad.

—Estoy aquí —dijo con voz rota—. Estoy aquí, amor.

En ese mismo instante, algo se abrió paso dentro de él.

No fue un recuerdo aislado, sino un torrente. Imágenes, sensaciones, palabras, risas, discusiones, besos, promesas. Emily corriendo por los pasillos del castillo, Emily enfadada con el mundo, Emily mirándolo como si él fuera su refugio. El día que creyó perderla. El dolor. La culpa. El amor.

Todo regresó.

No como un golpe desordenado, sino como piezas que volvían a su sitio, una tras otra, hasta completar el todo.

Emily abrió los ojos con esfuerzo y se incorporó lentamente, aún mareada.

La mirada de Aidan estaba lejana, vidriosa, como cuando ella o sus hermanas tenían visiones, como si mirara a través de algo que no estaba allí.

Y entonces su mirada se centró, buscando la suya.

—Mi dulce Emily —dijo, con una voz cargada de emoción, de certeza y hogar.

Emily se estremeció de pies a cabeza.

—¿Cómo…? ¿Cómo me has llamado? —preguntó bajito, temiendo que fuera un sueño cruel.

Aidan sonrió, con una sonrisa que ella conocía demasiado bien.

—Mi dulce Emily —repitió—. Una vez te prometí que lucharía por ti, y has sido tú la que ha acabado luchando por mí. Hasta el final.

Emily rompió a llorar entonces, sin poder contenerse. Se aferró a él como si el mundo pudiera desvanecerse si lo soltaba.

—Por fin, Aidan —sollozó—. Por fin te he recuperado.

Él la estrechó contra su pecho, apoyando la barbilla en su cabello.

—Gracias —respondió con ternura—. Siento que perdieras tus…

—¡Cállate! No voy a necesitarlos más. Ahora te tengo a ti, para mí es más que suficiente.

Y así, abrazados en silencio, comprendieron que no todo sacrificio era una pérdida, y que el amor verdadero, aunque herido y puesto a prueba, siempre encontraba la forma de regresar a casa.

Capítulo 24

Escocia, 1601
Tierras del clan Campbell

Cinco años después…

La fiesta de la cosecha había llenado las tierras de los Campbell de música, risas y olor a pan recién horneado. Las mesas se extendían al aire libre, cubiertas de manteles rústicos y rebosantes de fruta madura, carnes asadas y jarras de cerveza espesa. Las gaitas marcaban el ritmo de bailes improvisados, y los niños corrían entre los adultos con la alegría despreocupada de quien ha nacido en un mundo ya seguro.

Sentadas algo apartadas del bullicio, bajo la sombra de un viejo roble, las tres hermanas reían.

Ginevra sostenía en su regazo al más pequeño de sus hijos, Brath, con apenas seis meses, mientras los otros tres correteaban cerca de Arthur, que competía en una prueba de fuerza con Dave y Aidan. Harper vigilaba a sus dos niñas, que intentaban imitar los

pasos de baile de unas jóvenes, tropezando entre carcajadas. Emily, con Nathaly —que ya acababa de cumplir los cuatro años— apoyada contra su costado y la mirada siempre atenta sobre Connor, que estaba en los brazos de su abuela.

Cinco años atrás, ninguna de ellas habría imaginado aquel momento.

Mavis estaba sentada junto a Emily, dichosa, sosteniendo a Connor entre sus brazos con un orgullo apenas disimulado. El niño, de mejillas sonrosadas y ojos claros, jugueteaba con el broche de su vestido, ajeno a que algún día sería el heredero del clan Campbell.

—Míralos —dijo Mavis, señalando a los hombres—. Se creen muchachos todavía.

Emily sonrió, mientras Nathaly se inclinaba hacia adelante, fascinada por los gritos de ánimo que estallaban cada vez que alguno vencía al otro.

Fue entonces cuando Ginevra entornó los ojos.

—Oh no… —murmuró.

Harper siguió su mirada y arqueó una ceja, divertida.

—Emily, mira quién viene —le dijo con sorna.

Emily suspiró antes incluso de girarse.

Brìgh se acercaba desde el otro extremo del prado, con paso firme, acompañada de sus dos hijos varones, uno de cinco años y otro de tres, que discutían entre ellos por un trozo de pan. Iba impecable, como siempre, con el mentón alto y la expresión crítica bien ensayada.

—Tu cuñada viene a alegrarte el día —añadió Harper burlona.

—Qué consideradas sois —replicó Emily, sin poder evitar una sonrisa.

En cuanto la pequeña Nathaly vio a sus primos fue corriendo hacia ellos para saludarlos.

Brìgh llegó junto a ellas y saludó primero a Mavis con un beso, luego a Ginevra y Harper con una inclinación breve, antes de fijar la vista en Emily.

—Ah… tú también estás aquí —dijo, recorriéndola de arriba abajo—. Pensé que estarías guardando reposo. Tu hijo es pequeño, ¿no?

Emily alzó una ceja con calma.

—Mi hijo ya tiene un año, Brìgh. Lo sabrías si hubieses venido más a menudo a visitarnos.

—Ah, sí… cierto —respondió ella, como si lo recordara a regañadientes—. ¿Más visitas? Eso no es aconsejable para ninguna de las dos.

—En eso estoy de acuerdo —contestó Emily con media sonrisa en el rostro.

No era cariño lo que había entre ellas, pero tampoco odio. Solo una tregua cuidadosamente construida.

Brìgh se sentó junto a ellas y observó las competiciones en silencio durante unos instantes, hasta que los vítores anunciaron el final. Dave, Arthur y Aidan se acercaron sudorosos, riendo, con la ropa desordenada y el orgullo intacto.

Aidan fue directo hacia Emily. Se inclinó y le dejó un beso discreto en la mejilla, apenas un roce cargado de intimidad.

—Estás hermosa —le aseguró con cierto brillo en la mirada.

Emily se apartó un poco, divertida.

—¡Estás sudando!

Él sonrió, ladeando la cabeza.

—¿Te molesta? —Aidan cogió su mano y la puso en su pecho. Su camisa estaba ligeramente abierta y ella sintió el calor abrasador de su cuerpo en la palma.

—¡Aidan! —Se apartó rápidamente y susurró—: No estamos solos

—Nadie nos mira —le contestó bajito—. Puede que yo no te guste sudado, pero te aseguro que tú a mí me encantas cuando lo estás tú.

Ella negó, riendo, su marido no tenía remedio. Era un sinvergüenza en toda regla, pero la hacía tan feliz… la hacía tan feliz que a veces temía que aquello fuese efímero.

La música volvió a alzarse, y las risas llenaron el aire. Todo estaba en su sitio.

Nathaly, que regresó de jugar con sus primos, con los brazos cruzados sobre el pecho y el ceño fruncido, se dirigió a su tía favorita:

—Tía Ginny, debes regañar a Itzan. Me ha tirado dos veces de las trenzas.

—Ah, ¿sí? Ahora mismo iré a hablar con él.

Ginevra, divertida, extendió su mano para agarrar la de su sobrina.

Entonces, sus dedos se tensaron de forma involuntaria sobre los de Nathaly, que la miraba con devoción. Después sus ojos se quedaron fijos en un punto indeterminado, más allá de aquel lugar, más allá del tiempo.

Emily lo notó al instante.

—Ginny… —se levantó de golpe, para situarse junto a ellas—. ¿Qué ocurre?

Ginevra parpadeó, como si regresara de muy lejos. Soltó despacio la mano de la niña y respiró hondo.

—Nada —dijo—. Todo está bien.

Pero Emily la conocía demasiado bien.

—No —insistió—. Has visto algo.

Ginevra dudó un segundo más. Luego se acercó y le susurró al oído, con una mezcla de asombro y emoción contenida:

—Va a ser más poderosa incluso de lo que fuiste tú.

Emily miró a su hija, que las observaba con una seriedad impropia de su edad, como si ya intuyera que el mundo era más grande de lo que parecía. Y en ese instante lo supo: Nathaly no podría huir de aquello. Si Ginevra lo había visto, así sería. Pero no sintió miedo. Decidió que no habría secretos ni mentiras. Que no la obligaría a esconderse, ni a avergonzarse de lo que era. La ayudaría a aceptarse, a comprender que su don formaba parte de ella y que, lejos de condenarla, la haría más fuerte.

La música siguió llenando el aire, y el sol comenzó a descender lentamente sobre las tierras fértiles, bañándolo todo con una luz dorada y serena.

Aidan se acercó entonces, rodeándole la cintura con un gesto natural, y se inclinó para mirarla a los ojos.

—¿Todo bien? —preguntó en voz baja.

Emily apoyó la cabeza en su hombro, contemplando a sus hijos, a sus hermanas, a la familia que había logrado construir tras

tanto dolor.

—Mejor que nunca —respondió, con una sonrisa plena.

Y mientras la música llenaba el aire y la noche caía despacio sobre las Tierras Altas, el destino de las Talamh encontraba por fin su lugar.

No como una maldición, sino como un legado.

Uno que había aprendido a vivir sin miedo.

FIN

Querida lectora,

Si has llegado hasta aquí, es porque has caminado junto a las Talamh hasta el final. Has vivido sus miedos, sus pérdidas, sus renuncias y sus amores. Y por eso, lo primero que quiero decirte es **gracias**.

Gracias por permitir que esta historia encontrara un lugar en tu corazón.

Si esta historia te ha emocionado, si alguno de sus personajes se ha quedado contigo, o si en algún momento sentiste que no podías dejar de leer, **tu opinión importa más de lo que imaginas**.
Dejar una reseña en Amazon no solo ayuda a esta saga a llegar a más lectoras como tú, sino que también es la forma más bonita de apoyar a una autora independiente.

Si te apetece seguir caminando conmigo, conocer próximos proyectos, descubrir escenas extra o simplemente compartir lecturas, puedes encontrarme en mis redes sociales y en mi página web. Me encantará leerte y saber qué parte de esta historia fue la tuya.

Gracias por creer en la magia.

Gracias por leer hasta el final. Y gracias, de corazón, por estar aquí.

Con cariño,

Lady MacNoble

¿Conoces a mis guerreras?



¿Y a mis guerreros?



Books By This Author

La Creadora De Highlanders

Susane Fork vive en Nueva York, y trabaja como directora de casting para una plataforma digital donde su serie más aclamada por el público está basada en la Escocia medieval.
Harta de descartar a todos los actores que se presentan a sus audiciones porque ninguno es lo bastante fuerte, lo bastante alto, lo suficientemente rudo, o escandalosamente atractivo y varonil, decide embarcarse en un viaje a Escocia para encontrar al próximo highlander que se convertirá en la estrella de una de las series más famosas de los Estados Unidos.
Pero la vida le guarda a Susane un destino que jamás imaginará, uno en el que va a encontrar a ese actor que tanto ha codiciado; un auténtico guerrero de las Highlands, pero solo hay un inconveniente, y es que ese hombre perfecto y que encaja tan bien en el papel, pertenece al S. XVI.

Books By This Author

Fianna MacKendrick, La Furia De Las Tierras Altas

Escocia, 1503.
Fianna MacKendrick nunca ha sido una mujer dócil ni sumisa, pero ni siquiera su espíritu rebelde la preparó para lo que estaba a punto de suceder.

Obligada a casarse con Magnus MacGregor, un laird tan temido como admirado, se encuentra atrapada en un matrimonio con el hombre al que su familia considera un enemigo. Sin embargo, Magnus no es lo que ella esperaba. Es peligroso, implacable… y también terriblemente fascinante.

Fianna se resiste a rendirse ante el hombre que la ha reclamado como suya, pero Magnus, tan feroz en la guerra como en la intimidad, está dispuesto a conquistarla en cuerpo y alma.

Mientras la pasión entre ellos se intensifica, los enemigos acechan por todas partes.
El tío de Fianna, sediento de venganza, trama su caída, y la inminente visita del rey amenaza con desbaratar el frágil equilibrio entre sus clanes.

Con el deber, la traición y el deseo enfrentándose en cada mirada, Fianna y Magnus deberán decidir si su unión es una condena, o la única oportunidad de amor que jamás tendrán.

Un romance cargado de tensión, pasión y giros inesperados, donde el amor es la batalla más peligrosa de todas.
